

**CORMAC McCARTHY**

# **HIJO DE DIOS**



**Lectulandia**

Lester Ballard es un joven solitario e inadaptado que, tras ser despojado de la tierra de sus antepasados, merodea por los alrededores de Frog Mountain, donde su sexualidad reprimida y el ejercicio de una imaginación rica y morbosa le conducirán a buscar en los bosques víctimas con las que satisfacer su insaciable lujuria.

Una cruenta historia que recuerda la brutalidad gótica de *Santuario* de William Faulkner, en la que Cormac McCarthy da la vuelta al sentido del título creando una escalofriante trama protagonizada por un hombre cuyas frustraciones se incrementan a medida que trata de relacionarse con un entorno que le repudia sin motivo aparente, a la vez que nos ofrece la recreación literaria de un período de Estados Unidos en el que se anticipa ya la problemática de una sociedad tan poderosa como desorientada.

Lectulandia

Cormac McCarthy

# Hijo de Dios

ePub r1.0

Titivillus 26.01.15

Título original: *Child of God*  
Cormac McCarthy, 1973  
Traducción: Pedro Ferrández Aranda

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

**I**

Llegaron como una caravana de feria ambulante, atravesando los prados de juncias y cruzando la colina a plena luz del día; los camiones se mecían, cabeceaban entre los surcos y los músicos, que estaban sentados en las sillas de la caja del camión, se tambaleaban al tiempo que afinaban sus instrumentos; el gordo de la guitarra sonreía burlonamente, hacía gestos a los que iban en el coche posterior y se inclinaba para darle una nota al violinista, que giró una clavija y escuchó con cara arrugada. Pasaron por debajo de unos manzanos en flor, a continuación por delante de un granero hecho con troncos cuyas ranuras habían sido rellenadas con barro rojizo y después vadearon un ramal y dieron con una casa de madera a la sombra azulada del muro de la montaña. Un poco más allá había un establo. Uno de los hombres del camión golpeó fuertemente con el puño el techo de la cabina y el camión se detuvo. Los coches y los camiones surgieron de entre la maleza del prado; todos bajaron.

En la puerta del establo hay un hombre que, por otra parte, se encarga de observar todo lo que acontece en la bucólica, enmudecida y singular mañana. Es menudo, va sucio y sin rasurar. Camina por la paja seca, entre el polvo y los rayos de luz, con una agresividad obligada. Sangre celta y sajona. Un hijo de Dios más o menos como tú. Las avispas se cuelan por la luz escalonada que procede de las ranuras de las tablillas en una sucesión de momentos refulgentes, doradas mientras se agitan entre penumbra y penumbra, como si fueran luciérnagas en la espesa y profunda oscuridad. El hombre permanece de pie con las piernas separadas, forma en el humus oscuro un charco mucho más oscuro en el que la espuma blanquecina se arremolina con trozos de paja. Camina junto a la pared del establo, abrochándose los pantalones, confuso por la pequeña molestia que le produce la luz en las pupilas.

De pie en el umbral de la puerta parpadea. Tras él hay una cuerda que cuelga del pajar. Su mandíbula, débil e hirsuta, se contrae y se relaja como si estuviera mascando chicle, aunque en realidad no está mascando nada. Tiene los ojos prácticamente cerrados por el sol, pero a través de los finos, nervudos y azulados párpados se puede ver cómo se mueven y observan. Un hombre con traje azul gesticula desde la caja del camión. Un carrito de limonada se acerca cuesta arriba. Los músicos tocan un tema popular y el prado comienza a llenarse de gente, mientras los altavoces lanzan los primeros gruñidos.

Bueno, vayan acercándose hasta aquí e inscribáanse pagando tan sólo unos dólares de plata. Justo aquí. Eso es, muy bien. ¿Cómo dice, señorita? Bien, de acuerdo. Sí, señor. Sí, sí, ahora mismo. ¿Jessie? ¿Lo tienes...? Sí, sí, ahora mismo. Jess y los suyos ponen la casa a disposición de todo aquel que quiera echarle un vistazo. Un detalle muy bonito. A ver si podemos tener rápidamente un poco de música por aquí, pero es imprescindible que todos se inscriban antes de que empiecen los sorteos. ¿Cómo dice, señor? ¿Perdón? Sí señor, así es. Es lo más justo para todos, primero pujaremos por la parte y después tendremos la posibilidad de pujar por el todo. Ahora abarca ambos lados de la carretera, pasa por el arroyo hasta aquellos árboles enormes que se ven al otro lado e incluso va un poco más allá. Sí señor. Ahora mismo

trataremos ese asunto.

Se arqueaba, señalaba, sonreía. Sujetaba el micrófono con una mano. La voz del subastador resonaba apagada, superflua entre los pinos de la cresta de la colina. Un espejismo de voces diversas, un coro fantasmal entre las viejas ruinas.

Ahora sí que hay buenos árboles por esta zona. Árboles buenos de verdad. Los cortan desde hace más de quince o veinte años y por eso todavía no han crecido lo suficiente, pero miren aquí. Mientras ustedes están acostados por la noche, estos árboles no paran de crecer. Sí señor. Palabra de honor. Este terreno tiene grandes expectativas de futuro. En ningún otro lugar del valle encontrarán mejores expectativas de futuro. Este es el sitio idóneo. Amigos, no pueden imaginarse el porvenir que les ofrece un trozo de terreno como éste. Yo mismo lo compraría si me quedara algo de dinero. Imagino que sabrán que todo el dinero que tengo lo invierto en fincas. Todo lo que gano procede de fincas. Si tuviera un millón de dólares invertiría hasta el último centavo en la propiedad en un plazo de noventa días. Y saben de sobra que se obtienen grandes beneficios. De verdad, una parcela de terreno como ésta les proporcionará el diez por ciento del dinero invertido, o tal vez más, puede que hasta el veinte por ciento. El dinero que tienen en el banco ése de ahí abajo no les dará tanto, y eso lo saben. El tipo de inversión más seguro es el de la propiedad, es decir, la tierra. Ustedes saben que un dólar ya no vale lo que solía valer. Puede que un dólar tan sólo valga cincuenta centavos dentro de un año y ustedes lo saben; sin embargo, la propiedad no hace más que revalorizarse, revalorizarse y revalorizarse.

Amigos, hace seis años, cuando mi tío compró los terrenos de Prater, todo el mundo le desaconsejaba. La granja le costó diecinueve mil quinientos, pero solía decir: Sé lo que hago. ¿Y sabéis lo que pasó? Pues sí señor, la vendió por treinta y ocho mil. No me extraña, unos terrenos como éstos... Hay que realizar unos cuantos arreglos porque está todo un poco descuidado, ésa es la verdad. Pero seguro que obtendrán el doble del dinero invertido. La propiedad es la forma más segura de invertir el dinero, sobre todo en este valle. Tan segura como el dólar. Y estoy diciendo la pura verdad.

Entre los pinos las voces salmodiaban una letanía perdida para a continuación cesar. De repente surgió un murmullo entre la multitud. El subastador había entregado el micrófono a otro hombre, que dijo:

Pégale un grito al ayudante del sheriff que hay un poco más allá, C B.

El subastador le hizo una señal con la mano y se acercó con resignación al hombre que se encontraba enfrente de él. Era pequeño, iba rasurado de mala manera y sostenía un rifle.

¿Qué quieres, Lester?

Ya te lo he dicho. Lárgate inmediatamente de mi propiedad, ¡joder! Y llévate a estos idiotas contigo, replicó con su ronca voz.

Cuidado con lo que dices, Lester. Hay mujeres presentes.

Me importa una mierda quién esté presente.

Estos terrenos no son de tu propiedad.

Pues claro que lo son. ¡Maldita sea!

Ya te encerraron una vez por esto. Imagino que no querrás que te encierren otra vez por lo mismo. El sheriff anda por aquí cerca, así que lleva cuidado.

Me importa una mierda dónde esté el sheriff. Y vosotros, ¡cabrones, largaos de mi propiedad, joder! ¿Me habéis oído?

El subastador estaba en cuclillas en la parte trasera del camión mientras se miraba los zapatos y se entretenía quitándose un trozo de barro seco de la vira. Sonrió de nuevo al devolverle la mirada al hombre del rifle y dijo:

Lester, será mejor que te controles un poco si no quieres que te metan en una habitación acolchada.

El hombre dio un paso atrás mientras sostenía el rifle con una mano. Estaba prácticamente en cuclillas y levantó la mano que tenía libre con los dedos extendidos en dirección a la gente, como si pretendiera decirles que se echaran hacia atrás.

¡Bájate del camión!, gruñó.

El hombre del camión escupió y lo miró con los ojos entrecerrados.

¿Qué es lo que pretendes, Lester? ¿Dispararme? Yo no soy el que te ha arrebatado los terrenos. Ha sido el condado. A mí simplemente me contrataron para que realizara la subasta.

¡Bájate del camión!

Detrás de él, los músicos parecían piezas de porcelana de un puesto de feria de tiro al blanco.

Está loco, C B.

C B dijo:

Lester, si quieres dispararme, hazlo aquí mismo, porque no voy a salir corriendo.

Lester Ballard ya no pudo sostener la cabeza recta después de aquello. Le debieron romper el cuello de una forma u otra. Yo no vi que Buster le golpeará, sólo le vi yacer en el suelo. Yo estaba con el sheriff. Lester se encontraba tirado en el suelo al tiempo que miraba a todo el mundo con los ojos bizcos y con una terrible hinchazón en la cabeza; estaba en el suelo y sangraba por los oídos. Buster todavía estaba ahí de pie sujetando el hacha. Se lo llevaron en el coche del condado y C B pudo continuar con la subasta como si no hubiera ocurrido nada, pero lo que sí dijo es que el incidente provocó que algunas personas no pujaran más, y esto fue quizá lo que Lester había planeado en un principio, no lo sé. John Greer era de un poquito más arriba, del condado de Grainger. Dice que no declaró en su contra, aunque en realidad sí lo había hecho.

Fred Kirby estaba sentado en cuclillas en el jardín delantero, justo al lado de la llave del agua donde solía sentarse, mientras esperaba a que llegase Ballard. Éste permanecía en medio de la carretera y lo miraba fijamente. De repente le dijo:

¡Hola, Fred!

Kirby levantó la mano y lo saludó.

Sube, Lester.

Ballard se acercó hasta el borde del repecho y dirigió su mirada hacia donde Kirby se encontraba sentado.

¿Te queda algo de whisky?

Puede que me quede algo.

¿Me pones un trago?

Kirby se levantó.

Te pagaré la próxima semana.

Kirby volvió a ponerse de nuevo en cuclillas.

Te pagaré mañana, dijo Ballard.

Kirby giró la cabeza hacia un lado, se sujetó la nariz entre el pulgar y el índice y se sonó soltando unas gotas de mocos amarillos en el césped, después se limpió los dedos en la rodilla. Su mirada se perdía entre el paisaje.

No puedo, Lester.

Ballard se medio volvió para ver lo que estaba mirando allá a lo lejos, pero no había otra cosa que las mismas montañas de siempre. Movié la pierna y metió la mano en el bolsillo.

¿Quieres que hagamos un trueque?

Vale. ¿Qué tienes?

Tengo esta navaja.

Déjame ver.

Ballard abrió la navaja y la lanzó hacia el repecho donde se encontraba Kirby. Se clavó en el suelo cerca de su zapato. Kirby la observó durante un instante, se agachó y la cogió y limpió la hoja en la rodilla y miró el nombre que tenía inscrito. La cerró, la abrió de nuevo y cortó un pequeño trozo de la suela de su zapato.

Me la quedo, le contestó.

Se levantó y se metió la navaja en el bolsillo y cruzó la carretera en dirección a la cresta de la colina.

Ballard observaba cómo éste buscaba por los límites del terreno, mientras soltaba patadas a los arbustos y a la madreselva. Miró hacia atrás una o dos veces. Ballard contemplaba las colinas azuladas.

Después de un rato Kirby volvió, pero no traía consigo el whisky, por lo que le devolvió a Lester la navaja.

¿No lo has encontrado?

No.

Pues vaya mierda.

Pillaré algo un poco más tarde. Creo que estaba borracho cuando lo escondí.

¿Y dónde lo escondiste?

No lo sé. Pensé que podría encontrarlo sin ningún problema, pero seguramente no lo puse donde creía haberlo puesto.

Maldita sea.

Si no lo encuentro, tendré que ir a por más.

Ballard se guardó la navaja en el bolsillo y se volvió para irse en dirección a la carretera.

Todo lo que quedaba del retrete eran unos cuantos trozos de tablones carcomidos sobre los que crecía el musgo con fuerza y que yacían hundidos en un agujero poco profundo, donde brotaban hierbajos formando enormes mutaciones. Ballard pasó al lado y se fue a la parte trasera del granero, donde encontró un claro entre matas de estramonios y solanos, se agachó y cagó. Un pájaro cantaba entre los cálidos y polvorientos helechos. Después alzó el vuelo. Se limpió con un palo y se levantó y se subió el pantalón que tocaba el suelo. Las moscas verdes no tardaron en encaramarse por su negra y rugosa deposición. Se abrochó los pantalones y se metió de nuevo en la casa.

Tenía dos habitaciones y cada habitación tenía dos ventanas. En la parte trasera había un muro de maleza tan alto como los aleros de la casa. En la parte delantera había un porche y más maleza. Desde la carretera, a unos cuatrocientos metros de distancia, los viajeros podrían divisar el tejado destartado y grisáceo y la chimenea, nada más. Tiró al suelo el avispero que colgaba de una esquina del porche. Las avispas comenzaron a salir de una en una y se fueron volando. Ballard se metió dentro y comenzó a barrer el suelo con un trozo de cartón. Recogió los periódicos viejos y limpió las boñigas de los zorros y de las comadreja, así como los trozos de barro arcilloso que se habían caído del techo con los restos de las cascarillas de crisálidas. Cerró la ventana y el cristal de la izquierda se desprendió del marco seco sin apenas hacer ruido y cayó en sus manos. Lo colocó en el alféizar.

Dentro de la chimenea había un montón de ladrillos y de argamasa y también medio morillo de hierro. Lanzó los ladrillos fuera, se limpió el polvo de las manos y de las espinillas y estiró el cuello para ver el interior de la chimenea. Una araña colgaba en un trozo de luz legañosa. Oía a tierra rancia y a humo viejo. Hizo una bola con los periódicos y los puso en el interior de la chimenea y les prendió fuego. Se quemaron lentamente. Pequeñas llamas chisporroteaban y devoraban los bordes y los extremos de los periódicos. Éstos se ennegrecían y se rizaban a la vez que se estremecían, mientras la araña descendía por un hilo. Finalmente, descansó sobre el suelo ceniciento de la chimenea al que se aferró con firmeza. Pasado el mediodía un colchón de cutí manchado, pequeño y fino, vadeó el estero y se dirigió hacia la cabaña. Descansaba sobre la cabeza y los hombros de Lester Ballard cuyas palabrotas, apagadas por los rosales silvestres y las zarzamoras, nadie oía.

Una vez dentro de la cabaña, tiró de golpe el colchón, lo que provocó una enorme polvareda que se expandió en pequeñas nubes por las tablas huecas del suelo y después se desvaneció en el aire. Ballard se levantó la camisa y con ella se limpió el sudor de la frente y la cabeza. Tenía la pinta de un tarado. En la oscuridad de aquel cuarto vacío solía tener a su alrededor todo aquello que poseía. Encendió una lámpara y la puso en el centro del cuarto y se sentó con las piernas cruzadas ante ella. Ensartó varias rodajas de patatas en una percha y las puso al fuego de la lámpara mientras la sujetaba. Una vez se hubieron ennegrecido las sacó del alambre con la navaja y las puso en un plato, pinchó una, la sopló y la mordió. Estaba sentado con la boca abierta

tomando y tirando aire, la patata se acunaba en los dientes inferiores. Maldijo la patata por estar demasiado caliente mientras se la comía. Sabía a aceite de carbón, estaba podrida en el medio.

Después de comerse la patata se lió un cigarrillo y lo encendió con el tembloroso cono de gas que salía por el borde de la lámpara; estaba allí sentado chupando el humo y tirándolo en círculos a través de los labios, de los orificios nasales, mientras se entretenía en arrojar las cenizas con el dedo meñique sobre el dobladillo de los pantalones. Extendió los periódicos que había amontonado con anterioridad y comenzó a farfullar al tiempo que silabeaba con los labios. Eran crónicas sobre gente que había muerto hacía mucho tiempo, acontecimientos que ya habían sido olvidados, anuncios de especialidad medicinal y de venta de ganado. No paró de fumarse el cigarrillo hasta que éste no era más que una colilla quemada casi convertida en cenizas. Apagó la lámpara y un resplandor rojizo apenas visible tiñó de color la parte inferior del cuenco; se despojó de los zapatos, de los pantalones y de la camisa y se echó desnudo sobre el colchón sin quitarse los calcetines. Los cazadores habían arrancado la mayoría de las tablas de las paredes del interior de la cabaña para hacer leña y del dintel desnudo colgaba parte del vientre y de la cola de una serpiente negra. Ballard se incorporó y volvió a encender la lámpara. Se levantó, alcanzó y espetó la parte inferior de la serpiente con el dedo. Salió disparada hacia delante, cayó al suelo haciendo un ruido seco, se deslizó por las tablas a toda prisa, cruzó la puerta y se fue. Ballard se sentó sobre el colchón de nuevo, volvió a apagar la lámpara y se tumbó. En el caluroso silencio de la noche podía oír cómo los mosquitos pasaban zumbando a su alrededor. Yacía allí, escuchando. Después de un rato se puso boca abajo. Y después de otro rato se levantó y cogió el rifle que se encontraba justo al lado de la chimenea, lo colocó junto al colchón y se estiró de nuevo. Tenía mucha sed. Mientras estaba ahí tumbado boca arriba con la boca abierta como un cadáver soñaba con arroyos de agua de montaña negra y helada.

Recuerdo lo que hizo una vez. Nos criamos juntos cuando teníamos diez años. Yo iba delante de él en la escuela. Un día perdió una pelota blanda de béisbol carretera abajo y se coló en unos terrenos... entre unos rosales silvestres y tal, y le dijo a un chico, a un tal Finney, que fuera a buscar la pelota. El tal Finney era un poco más joven que él. Le mandó: Ve a por la pelota. Finney no quería ir. Lester se acercó hasta él y le repitió: Será mejor que vayas a por la pelota. Finney le contestó que no iba a ir a por la pelota y Ballard le volvió a repetir una vez más: Como no vayas a por la pelota te voy a partir la cara. Finney estaba muy asustado, pero le plantó cara y le respondió que él no la había tirado cuesta abajo. Pues bien, estábamos allí de pie como estás tú ahora, por ejemplo. Ballard podría haber pasado de aquello, ya que el chico no iba a ir a por la pelota. Se quedó allí de pie durante un minuto más o menos y después le soltó un puñetazo en toda la cara. Finney cayó al suelo y no paraba de sangrar por la nariz. Alguien le dio un pañuelo y él mismo se lo puso en la nariz. Tenía la cara totalmente hinchada y llena de sangre. Finney se quedó mirando a Ballard y después se fue andando carretera arriba. Me sentí, me sentí... no sé. Nos sentimos muy mal. Desde entonces Lester Ballard no me cae bien. Tampoco me caía bien antes de aquello, aunque a mí no me había hecho nada.

Ballard se encontraba tumbado en medio de la oscuridad nocturna, mientras su corazón martilleaba la tierra. Estaba observando un coche aparcado entre la escasa penumbra de la maleza lateral que bordeaba Frog Mountain. Dentro del coche un cigarrillo brilló y después perdió intensidad, mientras un locutor de madrugada hablaba sin sentido acerca de la seducción en el asiento de atrás. Se oyó cómo una lata de cerveza caía sobre la gravilla. Un sinsonte que estaba cantando dejó de hacerlo.

Salió, agachado, y serpenteando del borde de la carretera, una sombra que se resguardó en el frío y sucio guardabarros trasero del automóvil. Tenía la respiración entrecortada, los ojos abiertos de par en par al tiempo que agudizaba el oído para diferenciar las voces que procedían de la radio y las que no. Se oyó a una chica que decía: ¡Bobby!, y que al poco volvió a repetir lo mismo.

Ballard pegó la oreja contra el guardabarros. El coche comenzó a mecerse ligeramente. Se levantó y miró con un ojo por la esquina de la ventanilla. Se podía ver un par de piernas blanquecinas que estrechaban a una sombra, a un ícubo negro que se encorbaba en un sueño de lujuria abyecta.

Es un negro, susurró Ballard.

¡Aaah, Bobby, aaah dios!, gimió la chica.

Ballard, con los pantalones desabrochados, permaneció apoyado en el guardabarros.

¡Mierda!, dijo la chica.

De rodillas, el vigilante vigilaba. El sinsonte comenzó a cantar de nuevo.

¡Un negro!, volvió a exclamar Ballard.

Sin embargo, no era un rostro negro lo que surgió en la ventanilla, un rostro que parecía inmenso tras el cristal. Se vieron las caras durante un momento y después Ballard se tiró al suelo mientras su corazón no paraba de latir con fuerza. La música cesó con un silencioso clic y no volvió a encenderse. Se abrió la puerta de atrás del coche.

Ballard representaba la figura de un simio desorientado y despreciado que se escabullía por los alrededores, entre el polvo, la gravilla fina, las latas de cerveza chafadas, los periódicos y los condones rotos, cuando el del coche se le acercó.

¡Corre, cabrón, corre!

La voz chocó contra la montaña y rebotó perdida y carente de agresividad. Después, tan sólo quedaban el silencio y la rica melancolía de la madreselva en medio del aire oscuro de aquella noche de verano. El coche arrancó. Los faros se encendieron, dio media vuelta y se fue carretera abajo.

No lo sé. Dicen que ya no volvió a ser el mismo desde que su padre se suicidó. Era hijo único. Su madre se fue de casa, no sé hacia dónde ni tampoco con quién. Yo y Cecil Edwards fuimos los que lo bajamos. Llegó a la tienda y lo dijo como si nada. Subimos hasta allí y nos metimos en el granero y vi cómo le colgaban los pies. Lo bajamos, lo dejamos caer al suelo. Era como si se cortase un trozo de carne muerta. Él se quedó allí de pie, mirando sin decir nada. Por aquel entonces tenía diez o doce años. A aquel viejo se le salían los ojos de las cuencas como si de una langosta se tratara, tenía la lengua tan negra como la de un perro chow chow. Lo mejor es que si alguien quiere suicidarse que lo haga con veneno o algo parecido para que así no tengamos que ver un espectáculo semejante.

No estaba muy guapo cuando Greer se hizo con él.

No. En realidad prefiero la sangre pura y dura que ver unos ojos colgando y tal.

Os contaré lo que hizo el viejo Gresham cuando murió su mujer. La verdad es que se le fue la cabeza. La enterraron por ahí arriba en Sixmile y el cura dijo unas cuantas palabras, llamó a Gresham y le pidió que dijese unas palabras antes de que le echaran tierra encima; el viejo Gresham se puso de pie, con el sombrero en mano y tal. Se puso de pie y empezó a berrear una gilipollez de canción. Sí, una gilipollez de canción típica de la zona. No, no me acuerdo de la letra pero lo hizo y se la cantó a todo el mundo antes de volver a sentarse. De todas formas, no le llega ni a los talones a Lester Ballard en cuanto a locura.

Si hubiese terrenos nocturnos más oscuros los habría encontrado. Tumbado, con los dedos tapándose los oídos debido al ruido estridente de los miles de grillos negros con los que convivía en la vacía cabaña. Una noche se encontraba medio dormido en el camastro y oyó algo que correteaba por la habitación y que saltaba —lo vio, incorporándose con dificultad— como si fuese un fantasma a través de la ventana abierta. Se quedó allí sentado mirando hasta que se había ido. Oía el griterío ensordecedor de perros raposeros, gemidos de tortura y aullidos nocturnos agonizantes, que trascendían la cresta de la colina y también el valle. Inundaron el jardín como si de un pandemónium de alaridos de soprano y de broza crujiente se tratara. Ballard estaba desnudo y gracias a la luz tan pálida de las estrellas observó cómo el umbral de la puerta delantera se llenaba de perros que no paraban de gruñir. Permanecieron allí durante un rato formando un cuerpo fogoso de piel picaza y entonces se metieron dentro y llenaron la habitación, dieron una vuelta por el interior enfrentándose entre sí y después se llevaron por delante la ventana entre ladridos, arrollando primero los parteluces, a continuación el marco, dejando tras de sí un agujero cuadrado y desnudo y un zumbido en sus oídos. Cuando todavía se encontraba allí de pie maldiciendo, entraron dos perros más por la puerta. Le dio una patada a uno al pasar por su lado y golpeó de lleno con los dedos del pie su huesudo culo. Iba a la pata coja de un lado para otro, gritando, cuando de repente entró un último perro. Se tiró sobre él y logró cogerlo de una pata trasera. Soltó un ladrido lastimero. Ballard le sacudió, a ciegas, enormes puñetazos que sonaban como un tambor y que hacían eco en la cercana y vacía habitación, entre blasfemias y quejidos que denotaban desesperación.

Seguía la pista de un camino a través del bosque de la cantera donde yacían enormes bloques y lápidas de piedra gris y marrón erosionadas por el paso del tiempo y sobre las que crecía una impenetrable capa de musgo, monolitos derribados entre los árboles y las enredaderas como si fuesen los rastros de una antigua carrera humana. Era un día lluvioso de verano. Pasó por un lago oscuro de silencioso color verde jade, donde los muros de musgo se levantaban totalmente verticales, y un pájaro menudo y azul se posó medio inclinado sobre un cable de luz que daba al vacío.

Ballard apuntó con el rifle al pájaro, pero algo parecido a una vieja premonición le hizo echarse atrás. Puede que el pájaro también sintiese lo mismo. Alzó el vuelo. Pequeño. Menudo. Se fue. El silencio inundaba el bosque. Ballard dejó caer el percutor con la base del pulgar mientras se llevaba el rifle al cuello, como si fuese un yugo, con las manos oscilando entre el cañón y la culata, y subió por el camino de la cantera. El barro, que estaba abarrotado de latas, de cristales rotos, se extendía uniforme. Los arbustos se desparramaban con rechazo. Un poco más allá del bosque se podía ver un tejado y el humo de una chimenea. Llegó a un claro en el que había dos coches que se encontraban volcados a ambos lados de la carretera como si fuesen centinelas destrozados y atravesó inmensos diques de basura y desperdicios en dirección a la casucha que había al final del vertedero. Un gran número de gatos que tomaban el débil sol lo vieron pasar. Ballard apuntó con el rifle a un gato macho y exclamó: ¡Pum! El gato lo miró sin prestarle mayor atención. Seguramente pensaría que no estaba bien de la cabeza. Ballard le escupió y rápidamente se limpió las babas de la cabeza con una de las pesadas patas delanteras y comenzó a asearse el escupitajo. Ballard siguió andando camino arriba a través de la basura y de restos de vehículos.

El dueño del vertedero había criado a nueve hijas y les había puesto los nombres a partir de un antiguo diccionario médico extraído de los escombros que recogía. Toda esta camada desgarbada, cuyo pelo negro les colgaba por las axilas, estaba ahí sentada en sillas y en cajones, holgazaneando inocentemente día tras día por el pequeño jardín vacío de restos de basura, mientras su agobiada madre las llamaba una por una para que le ayudasen en las tareas de la casa y una por una se encogían de hombros o parpadeaban de forma cansina. Uretra, Cerebelos, Hernia Sue. Se movían como gatos y como gatos en celo atraían a mozos de los alrededores hacia el estercolero, hasta que el viejo empezó a salir por la noche y a disparar con una escopeta al azar, simplemente para aclarar el aire. No era capaz de diferenciar quién era la mayor o qué edad tenían o si deberían salir con chicos o no. Como gatos también podían percibir su falta de determinación. Iban y venían a cualquier hora en todo tipo de coches viciosos, un carrusel disoluto de sedanes destrozados y de convertibles de color negro, con luces traseras azules, bocinas de cromo y colas de zorro y dados gigantes o demonios de piel falsa para poner en el salpicadero. Todos y cada uno de ellos hechos a partir de piezas de otros coches con los bajos tan cerca del

suelo que chocaban contra los baches. Iban llenos de chicos de campo larguiruchos de polla larga y de pies grandes.

Una por una se fueron quedando embarazadas. El padre solía pegarles. La madre no hacía más que llorar. Hubo tres nacimientos aquel verano. La casa se iba llenando poco a poco, las dos habitaciones, la caravana. Dormían desparramados por todos sitios. Una trajo a casa al que se supone que era su marido, pero sólo se quedó un día o dos y después ya no volvieron a verle nunca más. La de doce años comenzó a hincharse. El aire se espesaba cada vez más. Se espesaba con un olor repugnante y fétido. El padre encontró un montón de trapos en una esquina. Pequeños restos de mierda amarilla envuelta y depositada allí tal cual. Un día que se hallaba en el bosque entre marañas de kudzu al otro lado del vertedero se tropezó con dos figuras que estaban follando. Se quedó observando detrás de un árbol hasta que reconoció a una de sus chicas. Intentó acercarse sigilosamente hasta donde estaban, pero el chico estaba muy atento y brincó y se escapó por el bosque subiéndose los pantalones abombados mientras corría. El viejo empezó a pegarle a la chica con el bastón que llevaba. Ella lo agarró. Él perdió el equilibrio. Ambos cayeron sobre la hojarasca. Sus lozanas entrañas desprendían un hedor caliente a pescado. Las bragas de color melocotón colgaban de un arbusto. El aire que había a su alrededor empezó a cargarse de electricidad. Cuando quiso darse cuenta tenía el mono por las rodillas y la estaba montando.

¡Para, papá!, gritó. ¡Papá! ¡Sal! ¡Aaaah!

¿Se ha corrido dentro?

No.

Se la sacó y se la sujetó y se corrió en la media.

¡Maldita seas!, le dijo.

Se levantó, se subió los pantalones y se arrastró pesadamente hacia el vertedero como si fuese un oso.

Y allí estaba Ballard. Había subido el sendero con los ojos entrecerrados y con pasmosa indiferencia, mientras sujetaba el rifle con una mano o lo llevaba echado al hombro, o se había sentado con el viejo en el sofá abotargado que había en el jardín y bebían whisky casero de una jarra de dos litros, al tiempo que se iban pasando de un lado para otro una patata podrida para atenuar el fuerte sabor del alcohol, mientras las chicas espiaban y se reían tontamente desde la casucha. El viejo sentía predilección por una hija de pelo rubio y espigada que solía sentarse con las piernas entreabiertas para que se le pudiesen ver las bragas. Ésta no paraba de reírse. Nunca la había visto con unos zapatos puestos, pero siempre se las apañaba para llevar cada día de la semana unas bragas diferentes de colores y unas negras los sábados.

Ésta estaba colgando ropa cuando Ballard pasó por delante de la caravana. Había un hombre sentado en un bidón de doscientos litros, giró la cabeza, miró a Ballard entrecerrando los ojos y le habló. La chica le envió un beso con los labios y después le guiñó un ojo, luego volvió la cabeza y se rió bruscamente. Ballard sonrió

burlonamente, mientras se apoyaba el cañón del rifle en la pierna.

¿Qué te cuentas, bomboncito?, preguntó ella.

¿De qué te ríes?, le respondió con su ronca voz.

Y tú, ¿qué estás mirando?

Pues, te está mirando ese par de tetas tan bonitas que tienes y seguro que será por algo, añadió el hombre que había sentado en el bidón.

¿Quieres verlas?

Pues claro, dijo Ballard.

Entonces dame veinticinco centavos.

No los tengo.

Ella se rió.

Él permaneció allí de pie, sonriendo burlonamente.

¿Cuánto tienes?

Tengo diez centavos.

Entonces ve y pide prestados dos centavos y medio y podrás verme una.

¿Puedes fiarme?, le preguntó con voz entrecortada.

¿Cómo? ¿Que si quiero follarte?, preguntó ella.

He dicho fiar, fiarme, respondió Ballard ruborizándose.

El hombre del bidón le dio un manotazo en la rodilla a Ballard.

A ver... ¿Qué puede ver Lester por diez centavos?

Ha estado mirando por valor de cincuenta centavos.

Mentira. No he visto nada.

No hace falta que veas nada, dijo mientras se agachaba para recoger algo de ropa de la palangana y sacudirla posteriormente. Ballard por su parte miró hacia abajo para intentar verle el escote del vestido. De repente se levantó y añadió:

Corre y hazte una paja. Después, se volvió y empezó a reírse como si estuviera loca.

Porque con un tío no te lo harías, ¿verdad, Lester?

Bueno, me voy, que no tengo tiempo para estar tonteando con vosotros. Se volvió sonriendo y recogió la palangana antes de marcharse. Se ladeó, se apoyó la palangana sobre la cadera y los miró. Un poco más allá de la caravana pasó el viejo caminando bajo el cielo mientras iba empujando una rueda; una debilucha columna de humo negro se levantaba de un viejo montón de basura que se estaba quemando.

¡Mierda! Si no tuvierais nada de esto no volveríais a disfrutar nunca más, dijo señalándose a sí misma.

Observaron cómo se fue paseando colina arriba dirección a casa.

Yo me arriesgaría. ¿Tú no, Lester?, preguntó el hombre del bidón.

Ballard dijo que sí.

Los feligreses de la iglesia de Sixmile se daban la vuelta como si fuesen un grupo de marionetas cada vez que la puerta trasera se abría una vez habían empezado los oficios. Cuando Ballard entró, con el sombrero en mano, y cerró la puerta y se sentó solo en el banco del final, todos se volvieron, pero de forma más pausada. Entonces se produjo una oleada de suaves suspiros entre todos ellos. El pastor dejó de sermonear. Para justificar el silencio reinante se puso un vaso de agua de una jarra que había en el púlpito y se lo bebió y volvió a poner el vaso en su sitio y se secó la boca.

Hermanos, continuó, un parloteo bíblico para Ballard que leía los letreros de un tablón que había al fondo de la iglesia. El donativo de esta semana. El donativo de la semana pasada. Seis dólares y setenta y cuatro centavos. Aquí tienen las cifras según la asistencia.

Un pájaro carpintero martilleaba una tubería que había en el exterior y aquella sucesión de cabezas que figuraban en la lista se volvieron pidiendo silencio al pájaro. Ballard estaba resfriado y estornudó muy fuerte durante los oficios, pero nadie esperaba que parara aunque Dios en persona lo mirase con recelo, por lo que nadie lo miró.

Al final del verano había percas en el arroyo. Ballard iba de charca en charca por el lado donde se pone el sol mirando fijamente entre los arbustos. Durante varias semanas sólo se había alimentado de maíz y de lo que robaba de los huertos, además de unas cuantas ranas que había cazado. Estaba arrodillado sobre la hierba alta al tiempo que hablaba a un pez que había en el agua clara y que formaba ondas con las aletas.

Tú sí que eres un cabrón bien gordo, dijo Ballard.

Se fue trotando a casa. A la vuelta llevaba el rifle consigo. Se fue a casa por el arroyo y anduvo con cuidado entre las juncias y las rosas silvestres. Dirigió la mirada al sol para comprobar si no le molestaba mientras andaba a cuatro patas, el rifle montado. Alzó la vista por encima de la orilla. Después se levantó sobre las rodillas. Luego se puso de pie. Corriente arriba se podían ver reses de Waldrop adentradas hasta la barriga en el arroyo.

¡Cabronas!, gritó Ballard con voz ronca.

El arroyo se enrojeció y se espesó por el barro. Cogió el rifle, apuntó y disparó. Las reses corrían espantadas en todas direcciones por el agua enrojecida, los ojos en blanco. Una de las reses se dirigió hacia la orilla con la testa en una posición un tanto extraña. Cuando se hallaba en la orilla resbaló, se cayó y se levantó otra vez. Ballard la observaba con la mandíbula apretada.

¡Mierda!, gritó.

Os contaré lo que hizo en otra ocasión. Ballard tenía una vieja vaca que sólo servía para estorbarle, porque no conseguía sacarle nada. Empujaba, estiraba y le pegaba hasta que el animal lo dejaba hecho polvo. Entonces un día se fue y pidió prestado el tractor de Squire Helton, volvió al mismo sitio y enrolló una cuerda alrededor de la testa a la vaca vieja y salió tan fuerte como pudo. Cuando la cuerda se tensó era como si le hubiese sacado la testa del sitio. Le rompió el cuello y la mató allí mismo. Preguntadle a Floyd si no lo hizo.

No sé qué tenía en contra de Waldrop, pues Waldrop nunca le había robado nada. Incluso después de que le pegase fuego a aquel viejo lugar nunca le dijo nada sobre el asunto, al menos que yo sepa.

Eso me recuerda a un chico llamado Trantham, que tenía unos bueyes vetustos en la feria de aquí, hace un año o dos. Solían ararle la tierra, pero no tiraban, hasta que un día cogió y encendió un fuego debajo de ellos. Los viejos bueyes miraron hacia abajo y vieron el fuego y dieron cinco pasos para luego detenerse de nuevo. El tal Trantham se quedó mirando y prendió fuego justo debajo del carro. Gritó sin parar y se metió a gatas debajo del carro, golpeó el fuego con el sombrero y, justo en ese instante, los cansados bueyes volvieron a iniciar la marcha. Tiraron del carro y le aplastaron, rompiéndole las dos piernas. Jamás se ha visto un par de bestias tan testarudas como aquéllas.

¡Sube, Lester!, gritó el dueño del vertedero.

Ballard ya estaba subiendo, no le hacía falta pedir permiso.

¿Qué tal, Reubel?

Se sentaron en el sofá mirando hacia el suelo, el viejo daba pequeños golpecitos con el bastón arriba y abajo, Ballard tenía el rifle sujeto entre las rodillas.

¿Cuándo vamos a ir otra vez por ahí a disparar a las ratas?, preguntó el viejo.

Ballard soltó un escupitajo.

Cuando quieras, respondió.

Ballard miró ahora hacia la casucha donde había visto a una chica cruzar en la oscuridad medio desnuda. Un bebé estaba llorando.

No creo que hayas visto alguna, ¿no?

¿Qué era eso?

Hernie y la otra por lo menos.

¿Dónde están?

Y yo qué sé, respondió el viejo. Creo que se han peleado. Han estado fuera tres días.

¿Aquella cabezona de allí?

Sí. Ésa y Hernie. Creo que se han ido con alguno de esos bomboncitos.

Ya veo.

No sé qué es lo que hace que estas chicas se comporten de una manera tan salvaje. Nunca habrás oído hablar de una mujer que fuera tanto a la iglesia como su abuela. Pero, ¿adónde vas, Lester?

Me tengo que ir.

Será mejor que no corras, hace mucho calor.

Vale, respondió Ballard. Me iré andando por aquí.

Si ves alguna rata le disparas.

Sólo si me topo con alguna.

Seguro que sí.

Un perro le siguió por la carretera de la cantera. Dio un silbido breve y seco, chasqueó los dedos y el perro olisqueó el dobladillo de sus pantalones. Continuaron subiendo la carretera.

Ballard bajó hasta el suelo seco por las enormes escaleras de piedra de la cantera. Los gigantescos muros de piedra formaban un enorme anfiteatro a su alrededor con sus estriados rostros y agujeros hechos por taladros. Los restos de un viejo camión yacían oxidándose entre la madre selva. Cruzó el ondulado suelo de piedra entre esquiras y chinas de piedra. Parecía como si hubiesen ametrallado el camión. Al final de la cantera había una especie de vertedero de escombros y Ballard se detuvo en busca de artilugios, retirando estufas viejas y calentadores de agua, examinando piezas de bicicleta y cubos corroídos. Rescató un cuchillo de cocina desgastado cuyo mango había sido mordisqueado. Llamó al perro, su voz se repitió una y otra vez roca tras roca y volvió de nuevo.

Se había levantado viento cuando salió de nuevo a la carretera. Una puerta no paraba de dar golpes en algún sitio, un ruido inquietante en el bosque vacío. Ballard caminó carretera arriba. Pasó por delante de una caseta de hojalata oxidada y un poco más allá había una torre de madera. La miró. En lo alto de la torre una puerta chirriaba al abrirse y daba portazos al cerrarse. Ballard miró a su alrededor. Planchas de hojalata para hacer el tejado armaban ruido y daban golpes y se levantó una polvareda blanca en el jardín estéril del cobertizo de la cantera. Ballard, debido al polvo, entrecerró los ojos mientras subía por la carretera. Para cuando llegó a la carretera del condado había comenzado a lloviznar. Llamó al perro una vez más, esperó y continuó caminando.

El tiempo cambió de la noche a la mañana. Con la llegada del otoño, el cielo se tiñó de un azul intenso que nunca jamás había visto antes. Al menos que recordase. Permaneció sentado durante largas horas entre las inquietas juncias, mientras el sol le calentaba la espalda. Era como si intentase guardar el calor para el invierno siguiente. Observó cómo una cosechadora de maíz gruñía por entre los campos y por la noche él y las palomas salieron para aprovechar todo lo que encontrasen entre los tallos rotos y mordisqueados, agrupó varios sacos y los llevó a la cabaña antes de que anocheciese.

Los árboles de hoja caduca que había en la montaña fueron perdiendo vida, amarillos y refulgentes, hasta alcanzar la desnudez última. Llegó un invierno prematuro, un viento frío sopló entre las ramas negras y muertas. Solo, en el caparazón de una casa, el invasor miraba a través del cristal cómo un fragmento del armazón de una luna color hueso se acunaba sobre los bálsamos negros de los árboles teñidos de la cresta de la montaña; una mano con talento había realizado un bosquejo para contrarrestar la oscuridad más pálida de los cielos invernales.

Era un hombre más bien introvertido. Los bebedores que frecuentaban el local de Kirby lo veían caminar por la carretera una vez había anochecido, alicaído y solitario, rifle en mano, como si fuera algo de lo que no pudiera librarse.

Adelgazó y se volvió arisco.

Algunos dicen que se volvió loco.

Un astro maligno velaba por él.

Permaneció de pie en medio de un cruce escuchando los chillidos de otras personas en la montaña. Una figura de arrogancia miserable alumbrada por los faros de los pocos coches que pasaban. Levantaban el polvo en volutas, Ballard maldecía y refunfuñaba y escupía cuando pasaban, hombres apiñados hombro contra hombro en sedanes viejos y largos, compartiendo jarras de whisky y escopetas, sabuesos rastreadores delgaduchos acurrucados en el asiento de atrás.

Una fría mañana encontró por los alrededores de Frog Mountain a una mujer con un camisón blanco que dormía bajo unos árboles. La estuvo mirando durante un buen rato para ver si estaba muerta. Le lanzó una piedra o dos, una le dio en la pierna. Le costó despertarse, tenía todo el pelo cubierto de hojas. Se acercó un poco más. Podía distinguir cómo sus duros pechos se exhibían bajo la fina tela del camisón y podía distinguir la oscura mata de pelo que había debajo del ombligo. Se arrodilló y la tocó. Su flácida boca se torció. Abrió los ojos. Parecían abrirse hacia abajo por los párpados inferiores como si fueran los de un pájaro y estaban repletos de sangre. De repente se incorporó y se quedó sentada, desprendía un dulce fermento a whisky y a putrefacción. Retiró los labios bufando como un gato.

¿Qué quieres, cabrón?

¿No tienes frío?

¿Y a ti qué te importa?, joder.

No me importa una mierda.

Ballard se había levantado y permaneció de pie sosteniendo el rifle.

¿Dónde has metido la ropa?

Se levantó, se tambaleó hacia atrás y se cayó de golpe sobre las hojas, quedándose sentada. Después se volvió a levantar. Permaneció allí, de pie, tambaleándose y mirándolo desafiante con los ojos hinchados y muy pesados.

¡Cabrón!, gritó.

Tanteaba con la vista el terreno. Estaba buscando una piedra, se tiró al suelo, escarbó y encontró una y se puso de pie delante de él. Ballard frunció el ceño.

Será mejor que la sueltes, le advirtió.

Quítamela.

Te digo que la sueltes.

Estiró amenazante el brazo hacia atrás piedra en mano. Él dio un paso hacia adelante. Lanzó la piedra y le acertó de lleno en el pecho y después se tapó la cara con las manos. Le soltó una bofetada tan fuerte que le hizo dar una vuelta completa sobre sí misma.

Sabía que me harías esto.

Ballard se llevó la mano al pecho y dirigió su mirada al suelo en busca de sangre, pero no había nada. Ella se había ocultado la cara con las manos. Ballard cogió la correa del camisón y estiró fuerte. El endeble material se separó de la cintura. Se quitó las manos de la cara y se agarró con fuerza el camisón. Tenía los pezones duros y amoratados por el frío.

¡Déjalo ya!, gritó ella.

Ballard asió un trozo de rayón escuchimizado y lo arrancó. A ella le fallaron los pies y se quedó sentada sobre la maleza. Dobló la prenda y se la puso bajo el brazo y caminó hacia atrás. Después se dio la vuelta y se fue carretera abajo. Ella permaneció sentada en el suelo totalmente desnuda mientras observaba cómo se marchaba; lo llamó por varios nombres pero ninguno era el suyo.

Fate es un tío legal. No habla muy bien, pero me gusta. Hemos conducido juntos muchas veces. Recuerdo una noche que estábamos ahí arriba por los alrededores de Frog Mountain donde había un coche aparcado y Fate lo alumbró con los faros y se acercó hasta allí. El adolescente del coche era un manojito de nervios. Había una chica a su lado. Le pidió el permiso de conducir y el adolescente se puso a rebuscar durante un buen rato, pero no lograba encontrar la cartera ni nada. Al final, Fate le dijo: Sal del coche. A la chica le dijo que estaba más pálida que una sábana. Entonces va el adolescente y abre la puerta y sale del coche. Fate lo miró y me gritó: ¡John! ¡Ven aquí y mira esto!

Me acerqué hasta allí y el chico estaba de pie, pegado a uno de los lados del coche mirando hacia abajo, y el sheriff tres cuartos de lo mismo, alumbrándole con la linterna. Estábamos todos allí de pie mirando hacia el suelo y resulta que el chico tenía los pantalones puestos al revés. Los bolsillos colgándole por todos lados. Parecía un loco de remate. El sheriff le dijo que siguiera. Que le pregunten si podía conducir con esa pinta. Ésa es la clase de tío que es.

Cuando Ballard salió al porche se topó con un hombre delgado que tenía la mandíbula hundida y que le estaba esperando agachado en el jardín.

¿Qué te cuentas, Darfuzzle?, le saludó Ballard.

¿Qué te cuentas, Lester?

Parecía que tuviera la boca llena de canicas, le costaba articular el hueso inferior de la mandíbula, ya que el de verdad se lo habían volado de un tiro.

Ballard se sentó sobre los talones en el jardín, enfrente del visitante. Parecían gárgolas estreñidas.

¿Y dices que has encontrado a la tía ésa por ahí arriba?

Ballard se sorbió la nariz.

¿Qué tía?, preguntó.

Ésa que estaba allí arriba. La del camisón.

Ballard tiró de la suela despegada del zapato.

Sí, la he visto, respondió.

Pues se ha ido a ver al sheriff.

¿En serio?

El otro giró la cabeza y soltó un escupitajo y volvió a mirar a Ballard.

Han arrestado a Pless.

Ése es vuestro problema. Yo no tuve nada que ver con ese asunto.

Ella dice que sí.

Pues la muy zorra está mintiendo.

El visitante se levantó.

Yo sólo quería que lo supieras. Haz lo que te dé la gana.

El sheriff del condado de Sevier salió por las puertas del juzgado y se quedó de pie en el pórtico, contemplando el césped grisáceo, junto a los jueces y la sociedad de navajas del condado de Sevier que habían acordado reunirse allí para tallar y farfullar y verborrear. Se lió un cigarrillo y volvió a poner el envoltorio del tabaco en el bolsillo del pecho de su camisa entallada y encendió el cigarrillo y descendió por las escaleras; una mirada señorial con los ojos semicerrados, mientras examinaba el aspecto matinal de esta pequeña sede del condado de tierras altas.

Un hombre abrió la puerta, lo llamó y el sheriff se volvió.

El señor Gibson anda detrás de usted.

Usted no me ha visto.

Vale.

¿Y dónde coño está Cotton?

Ha ido a por el coche.

Ya tenía que estar aquí, coño.

Por ahí viene, sheriff.

El sheriff se volvió y se fue hacia la calle.

Buenos días, sheriff.

Buenos días.

Buenos días, sheriff.

¿Qué tal?

Tiró el cigarrillo al suelo, se metió en el coche y cerró la puerta.

Buenos días, sheriff, dijo el conductor.

Vayamos a por ese pequeño cabronzuelo, dijo el sheriff.

Yo y Bill Parsons íbamos a ir por ahí a cazar aves esta mañana, pero por el momento no creo que vayamos.

Con Bill Parsons, ¿eh?

Tiene un par de perros muy buenos.

Ah sí, siempre tiene los mejores perros. Me acuerdo de que una vez tuvo una perra que se llamaba Suzie y según él era un perro de caza de tres pares de narices. La dejó salir de la camioneta, la miré y le dije: Creo que Suzie no se encuentra muy bien. Él la miró, le tocó la nariz y tal. Dijo que le parecía que la perra estaba bien. Le repetí: Pues a mí me parece que hoy no se encuentra nada bien. Nos fuimos y estuvimos cazando toda la mañana y matamos sólo un ave. Nos dirigíamos hacia el coche y va Bill y me comenta: Sabes, me hace gracia que te hayas dado cuenta de que Suzie no se encontraba muy bien hoy. Más que nada por la forma en que lo has dicho. Yo le dije de nuevo: Bueno, es que Suzie estaba enferma. Me respondió que sí, que lo estaba. Yo le repetí: Suzie estaba enferma ayer. Suzie siempre ha estado enferma. Siempre estará enferma. Suzie es una perra enferma.

Vio al sheriff detenerse en la carretera a unos cuatrocientos metros de distancia, vadear el muro vertical de rosales silvestres secos y de hierbajos que se levantan en el borde de la carretera y acercarse con los brazos y los codos en alto, pisoteando la maleza. Al llegar a la casa sus pantalones ajustados y entallados estaban sucios y mustios, llevaba ortigas y abrojo por todo y no estaba muy contento.

Ballard permanecía de pie en el porche.

Vámonos, dijo el sheriff.

¿Adónde?

Será mejor que muevas el culo de ese porche.

Ballard soltó un escupitajo y se retiró del poste del porche donde estaba apoyado.

¿Qué queréis?, preguntó Ballard. Bajó los escalones, con las manos metidas en los bolsillos traseros de sus pantalones.

A un hombre tranquilo como usted, dijo el sheriff, no debería importarle echarnos una mano a nosotros los trabajadores para arreglar este malentendido. Por aquí, señor.

Por aquí, dijo Ballard. Hay un sendero por si no lo sabía.

Ballard está sentado en una silla giratoria de roble barnizado. Estaba inclinado hacia atrás. La puerta es de cristal rugoso. Se pueden ver unas sombras detrás de ella. La puerta se abre. Entra un ayudante del sheriff y se vuelve. Hay una mujer detrás de él. Cuando ve a Ballard comienza a reírse. Ballard estira el cuello para poder verla. Atraviesa la puerta y se queda mirándolo. Ballard se mira la rodilla. Empieza a rascarse la rodilla. El sheriff se levanta del escritorio.

Cierra la puerta, Cotton.

¿Dónde han encontrado a este cabrón?, dijo la mujer señalando a Ballard.

¿Qué pasa? ¿No es él?

Bueno. Sí. Es él, es él... Pero son los otros dos cabrones a los que quiero ver en la cárcel... Este cabrón de aquí... Levantó las dos manos muy disgustada.

Ballard dejó una marca en el suelo con el talón.

Yo no he hecho nada.

¿Pero quiere presentar cargos contra este hombre o no?

Sí, lo haré.

¿De qué le quiere acusar?

De violación, por supuesto.

Ballard soltó una carcajada muy sonora.

También de amenazas y agresión, maldito hijo de puta.

Pero si no es más que una vieja puta.

La vieja puta abofeteó a Ballard en la boca. Ballard se levantó de la silla giratoria y comenzó a estrangularla. Ella le soltó un rodillazo en la entrepierna. Forcejearon. Se cayeron de espaldas volcando una papelera de hojalata. Tiraron al suelo un perchero con un montón de abrigos. El ayudante del sheriff cogió a Ballard por el

cuello. Ballard se dio media vuelta. La mujer no paraba de berrear. Los tres se estamparon contra el suelo. El ayudante cogió a Ballard por el brazo y se lo dobló por la espalda. Estaba furioso.

Maldita zorra, dijo Ballard.

¡Cógela!, gritó el sheriff. ¡Coge...!

El ayudante tumbó boca abajo a Ballard y le puso la rodilla en los riñones. La mujer se puso de pie. Levantó los codos, echó el pie hacia atrás y le soltó una patada a Ballard en un lado de la cabeza.

¡Ven aquí!, gritó el ayudante.

Volvió a pegarle otra patada. La cogió del pie y la mujer se cayó quedándose sentada en el suelo.

¡Maldita sea, sheriff! ¿Quiere coger a uno de los dos de una vez?

¡Cabrones!, chilló Ballard. Estaba a punto de llorar. ¡Que os den por el culo a todos!

¡Seguro!, contestó la mujer. ¡Te voy a dar tal patada en los cojones que te los voy a arrancar de cuajo! ¡Serás hijo de puta!

Nueve días y nueve noches en la prisión del condado de Sevier. Alubias blancas con tocino y verdura hervida y bocadillos de pan ligero con salchichas ahumadas. Ballard pensó que la comida no estaba del todo mal. Hasta le gustaba el café.

Había un negro en la celda de enfrente de la suya y éste no paraba de cantar ni un solo momento. Pasaron un día o dos y Ballard habló por fin con él. Le preguntó:

¿Cómo te llamas?

John, le respondió. John el Negro.

¿De dónde eres? No serás un fugitivo, ¿verdad?

Soy de Pine Bluff, Arkansas, y soy un fugitivo de los caminos de este mundo. Sería un fugitivo de mi mente si tuviera algo más de nieve.

¿Por qué te han metido aquí dentro?

Por cortarle el cuello a un gilipollas con una navaja.

Ballard esperó a que le preguntase por qué estaba allí, pero no le preguntó. Después de un rato dijo:

Se supone que estoy aquí dentro por haber violado a una tía. Para empezar no era más que una vieja puta.

Los coños blancos no dan más que problemas.

Ballard estaba de acuerdo. Supuso que alguna vez lo había pensado, pero nunca había oído decir una cosa así.

El negro se sentó en el catre y empezó a balancearse hacia adelante y hacia atrás. Entonces empezó a cantar con voz suave:

*Volando de vuelta a casa,*

*Vuela como un gilipollas,  
Volando de vuelta a casa.*

Siempre que me he metido en algún lío, le explicaba Ballard, ha sido por culpa del whisky o por las mujeres o por las dos cosas. A menudo había oído a los hombres decir eso.

Siempre que me he metido en algún lío ha sido porque me han pillado, contestó el negro.

Pasó una semana y el sheriff bajó un día por el pasillo y se llevó al negro.

Volando de vuelta a casa, cantaba el negro.

Volarás de vuelta a casa sin problemas, le dijo el sheriff. De vuelta a casa del que te creó.

Vuela como un gilipollas, cantaba el negro.

¡Tranquilo!, le animó Ballard.

El negro no le dijo si se tranquilizaría o no.

Al día siguiente volvió de nuevo el sheriff y se detuvo enfrente de la celda de Ballard y lo miró fijamente a los ojos. Ballard también lo miró fijamente. El sheriff tenía una paja entre los dientes y se la sacó para poder hablar. Le preguntó:

¿De dónde era esa mujer?

¿Qué mujer?

La que violaste.

¿Se refiere a esa vieja puta?

Sí. A esa vieja puta.

No lo sé. ¿Cómo coño voy a saber de dónde era?

¿Era del condado de Sevier?

¡Que no lo sé, joder!

El sheriff lo miró y se puso de nuevo la paja entre los dientes y se marchó.

Al día siguiente por la mañana, el carcelero y el alguacil vinieron a por Ballard.

¡Ballard!, gritó el carcelero.

¿Sí?

Siguió al alguacil pasillo abajo. El carcelero iba detrás. Bajaron las escaleras, mientras Ballard se apoyaba en el tubo de la barandilla de hierro para desplazarse mejor. Salieron a la calle y cruzaron un aparcamiento hasta llegar al juzgado.

Le hicieron sentarse en una silla que había dentro de una habitación vacía. Percibió un fino hilo de color y de movimiento a través del hueco de las dos puertas y escuchó vagamente cómo hablaban de procedimientos legales. Una hora más tarde o así entró el alguacil y le hizo señas con el dedo. Ballard se levantó, cruzó las puertas y se sentó en un banco como el de las iglesias que había detrás de una pequeña barandilla.

Oyó cómo le llamaban. Cerró los ojos. Los volvió a abrir. Un hombre con camisa blanca, que había en una mesa, lo miró y ojeó algunos documentos y, a continuación,

miró al sheriff.

¿Desde cuándo?, le preguntó.

Ya hace más o menos una semana.

Entonces dígame que se vaya de aquí.

El alguacil se acercó, abrió la puerta y se inclinó hacia Ballard.

Te puedes ir, le dijo.

Ballard se levantó, atravesó la puerta y cruzó la habitación hacia una puerta donde había luz del día, cruzó la entrada y salió al exterior a través de la puerta principal del juzgado del condado de Sevier. Nadie volvió a llamarle. En la puerta había un hombre lleno de babas que le alargó un sombrero grasiento murmurando algo. Ballard bajó las escaleras y cruzó la calle.

Caminó pueblo arriba por los alrededores de las tiendas. Se metió en la oficina de correos y echó un vistazo a varios carteles. Los buscados le devolvieron una mirada hosca. Hombres de muchos nombres. Sus tatuajes. Leyendas de amores muertos inscritos sobre carne percedera. Predominaban las panteras azules. Se encontraba en la calle con las manos en los bolsillos de atrás cuando se le acercó el sheriff.

¿Qué vas a hacer ahora?, le interrogó.

Irme a casa, le contestó Ballard.

Y ahora, ¿qué? ¿Qué clase de tonterías piensas tramar?

Ninguna.

Creía que nos ibas a dar alguna pista. Ponlo más fácil. A ver: incumplimiento de una orden judicial, alteración del orden público, amenazas y agresión, estado de embriaguez, violación. Supongo que el asesinato será lo próximo que tienes en mente, ¿no? O puede que hayas hecho otras faenas que nosotros no hayamos descubierto todavía.

Yo no he hecho nada, le contestó Ballard, lo que pasa es que vais a por mí.

El sheriff estaba de brazos cruzados y se balanceaba sobre los talones, mientras examinaba al réprobo resabiado que se encontraba delante de él.

Bueno, murmuró. Será mejor que te largues de aquí. No creo que a la gente del pueblo le apetezca aguantar toda tu mierda.

Yo no le he pedido nada a nadie en esta puta mierda de pueblo.

Será mejor que te largues, Ballard.

Cuando cierre la boca de una puta vez, entonces me iré.

El sheriff dio un paso apartándose de Ballard. Éste por su parte se fue calle arriba. Cuando se hallaba a mitad de la manzana miró hacia atrás. El sheriff seguía sin quitarle ojo de encima.

Váyase tranquilamente a su gallinero, sheriff.

Tenía aquel rifle desde que era un crío. Trabajaba para el viejo Whaley poniendo postes a ocho centavos el poste. Me contó que se dejó colgado el trabajo en mitad del campo un día a media mañana, cuando hubo conseguido el dinero necesario.

No recuerdo lo que pagó por el rifle, pero imagino que eran más de setecientos postes.

Diré una cosa. Sabía disparar mejor que nadie. Le daba a todo aquello que se le pusiera a tiro. Una vez vi cómo acertó de lleno a una araña que había en una telaraña en la copa de un enorme roble rojizo y nos encontrábamos tan lejos del árbol como de aquí a la carretera ésa de ahí.

Otra vez no le dejaron seguir jugando en la feria. No le dejaron disparar más.

Recuerdo hace unos años, hablando de ferias, que hicieron venir a un chico para disparar a palomas vivas contigo. Él con un rifle y tú con una escopeta. O algo así. Debía tener un camión repleto de palomas. Tenían al chico en medio del campo con un cajón lleno, él gritaba y el chico lo abría por un lado y él levantaba el rifle y pum, y la hacía polvo. Señores, apenas dejaba que alzaran el vuelo, en serio. Nunca vimos a nadie disparar de esa forma. Un buen puñado de cazadores de aves experimentados como nosotros que perdimos el dinero en un abrir y cerrar de ojos. Lo que hacía el chico éste era llenarles el culo de pequeños petardos a las viejas palomas. Salían volando como si fueran libres y llegaban muy alto y pum, les volaba el culo en mil pedazos. Disparaba en el momento en que veía a las plumas alzar el vuelo. Era algo increíble. Si no recuerdo mal, alguien lo hizo, pero no sé bien quién. Llegó y quitó al chico el rifle de las manos antes de que disparase y la paloma saltase por los aires. Les gustaba emplumarle por este asunto.

Esto me recuerda las fiestas de carnaval que celebraron un año en Newport. Había un tío que tenía un mono o gorila, o lo que sea, y que era así de alto. La verdad es que era tan alto como el Jimmy ése. Lo tenían allí, y si te atrevías a ponerte unos guantes de boxeo y a meterte en el cuadrilátero y aguantabas con él allí dentro tres minutos, te daban cincuenta dólares.

Pues bien, los chicos con los que estaba no hacían más que darme la murga. Yo cogido del brazo con una chica que no paraba de mirarme como si fuera un ternero derribado. Los chicos azuzándome. Creo que también habíamos bebido bastante whisky, no me acuerdo. Así que me quedé examinando al mono ése y pensé: ¡Qué coño! Pero si es igual de grande que yo. Estaba allí subido en una silla. Recuerdo que estaba sentado en un taburete comiéndose la cabeza de una lombarda. Sin pensármelo dos veces exclamé: ¡Mierda! Levanté la mano y le dije a aquel tipo que lo intentaría una vez.

Entonces nos metieron allí, me pusieron los guantes y tal, y el dueño del mono me dijo: No le golpee muy fuerte, porque si no se volverá loco y entonces puede encontrarse con un problema muy gordo. Yo pensé: Lo que intenta es que el mono éste se libere de una buena paliza. Intenta proteger su negocio.

Así que subo y salto al cuadrilátero ése. Me sentía como un verdadero imbécil,

todos mis colegas gritaban, me animaban y bajé la vista para mirar a la pequeña chica con la que estaba y le guiñé el ojo de forma generosa y en ese momento sacaron al mono. Le habían puesto un bozal. Me miró apaciblemente de arriba abajo. Entonces dijeron nuestros nombres y tal, no recuerdo cómo se llamaba ese mono, el chico hizo sonar una campanilla enorme de esas que sirven para llamar a comer, di un paso y di una vuelta alrededor del mono. Le mostré un poco el juego de piernas. No parecía que fuese a hacer algo similar, así que estiré el brazo y le solté un puñetazo. Tan sólo me miró apaciblemente. No hacía otra cosa que ponerme en guardia y volver a golpearle. Le di otro en un lado de la cabeza. Al golpearle, su cabeza se inclinó hacia atrás, movió los ojos de forma tranquila y graciosa y yo dije: Bueno, bueno, pero qué majo es. Ya me he ganado los cincuenta dólares. Me escabullí y me acerqué para golpearle de nuevo, pero en ese momento dio un salto y me metió el pie en la boca como si quisiese sacarme la mandíbula del sitio. Ni siquiera podía gritar para pedir ayuda. Pensé que nunca me quitarían aquel bicho de encima.

Ballard caminaba pausadamente por el barro entre los visitantes de la feria. Bajó por los caminos de serrín entre tiendas de campaña, luces y conos de algodón de azúcar, pasó por delante de tenderetes pintados y con hileras de precios y de muñecas y de animales que pendían de cuerdas. Una noria se alzaba hacia el cielo como una pulsera chillona y pequeños chotacabras con alas de halcón iban y venían volando entre golpes de luz verticales, acompañados de bocas abiertas y gritos misteriosos.

Se inclinó con la red de pescar en el tanque donde los peces de celuloide de colores cabeceaban y observó a los otros pescadores. Un encargado sacaba los peces de las respectivas redes, leía los números que tenían inscritos en la parte inferior y negaba con la cabeza o alcanzaba una figurita pequeña o un gato de escayola. Mientras estaba tan ocupado, un viejo que había al lado de Ballard estaba intentando introducir a dos peces en la red al mismo tiempo. Como no lo conseguía, el hombre se impacientaba y los condujo al borde del tanque y con la red chapoteó en el agua salpicando a una mujer que había a su lado y sacó los dos peces fuera. La mujer miró hacia abajo. Los peces yacían en el césped.

Usted está loco, le dijo. O borracho.

El viejo agarró fuertemente la red. El encargado se inclinó hacia ellos. ¿Qué pasa aquí?, preguntó.

Yo no he hecho nada, contestó el viejo.

Ballard sacaba los peces del agua y les daba la vuelta, mientras examinaba los números de los premios. La mujer del vestido mojado lo señaló con el dedo.

El hombre de allí está haciendo trampa.

Muy bien, tío, dijo el encargado, intentando alcanzar la red, uno por diez centavos, tres por veinticinco.

Todavía no he cogido ninguno, contestó Ballard.

Pero si ya has puesto una docena en su sitio.

Que todavía no he cogido ninguno, insistió Ballard, al tiempo que sujetaba la red.

Pues coge uno y mira al resto.

Ballard se encogió de hombros y le echó un vistazo a los peces. Sacó uno.

El encargado cogió al pez y lo miró.

Siga intentándolo, dijo. Y metió al pez de nuevo en el tanque y le quitó la red.

Puede que no haya acabado, le dijo Ballard.

O puede que sí, le contestó el encargado.

Ballard lo miró frío como un felino y escupió en el agua y se dio media vuelta para marcharse. La mujer a la que había salpicado le observaba con una mirada medio temerosa de justificación. Cuando Ballard pasó por su lado le murmuró entre dientes:

No eres más que una vieja puta metenarices, ¿eh?

Mientras andaba, agitaba las monedas de diez centavos que tenía en el fondo del bolsillo. El disparo de un rifle le orientó, un sonido sordo que podía diferenciar de entre los gritos de los que voceaban y de los hombres de los puestos. Había una

atracción llena de chicos patilargos agachados sobre el mostrador. Por la parte de atrás del puesto de tiro al blanco los patos mecánicos se tambaleaban y chirriaban y los rifles chasqueaban y escupían.

Pasen, pasen, prueben su habilidad y ganen un premio, cantaba el dueño del puesto del tiro al blanco. Y usted, señor, ¿qué me dice?

Me lo estoy pensando. ¿Qué me dan si gano?

El hombre del puesto apuntó con el bastón filas de animales de peluche ordenados de menor a mayor tamaño.

La fila de abajo del todo...

Da igual. ¿Qué hay que hacer para ganar ése tan grande de ahí?, preguntó con voz ronca.

El hombre señaló pequeñas cartas que había colgadas en un alambre.

Acertar de lleno en el puntito rojo, contestó con sonsonete. Tiene cinco disparos y puede elegir el premio de la casa que desee.

Ballard sacó las monedas de diez centavos que tenía.

¿Cuánto cuesta?

Veinticinco centavos.

Puso treinta centavos sobre el mostrador.

El hombre sacó un rifle y encajó en la recámara un tubo de latón que contenía balines. Era un rifle de aire comprimido y estaba atado al mostrador mediante una cadena.

Ballard se metió los cinco centavos en el bolsillo y levantó el rifle.

Pueden apoyar los codos, cantaba el dueño del puesto.

A mí no me hace falta, contestó Ballard.

Disparó cinco veces, bajando el rifle en cada intento. Cuando acabó señaló hacia arriba.

Deme ese oso grande de ahí.

El hombre bajó la pequeña carta que había en el alambre, le quitó las pinzas y se la entregó a Ballard.

Tiene que hacer desaparecer todo lo rojo para ganar.

Miraba hacia otro lado y no parecía que le estuviese hablando. Ballard cogió la carta con la mano y la miró.

¿Se refiere a esto?, preguntó.

Tiene que hacer desaparecer todo lo rojo.

La carta de Ballard tenía un agujero justo en el centro.

En el borde del agujero apenas se podía ver una pequeña marca roja.

¡Qué coño!, exclamó Ballard. Entonces puso de un golpe tres monedas más de diez centavos sobre el mostrador.

Pasen, pasen, cantaba el hombre, mientras cargaba el rifle.

Cuando tuvo la carta en la mano no se podía ver nada rojo ni siquiera con un microscopio. El hombre le entregó un oso de peluche de mohair bastante pesado y

Ballard volvió a poner de un golpe tres monedas de diez centavos sobre el mostrador.

Cuando ya había ganado dos osos, un tigre y un pequeño grupo de mirones, el dueño del puesto le quitó el rifle de las manos.

Ya has tenido bastante, tío, le dijo entre dientes.

No has dicho nada sobre cuántos premios se pueden ganar.

Pasen, pasen, cantaba el voceador. ¿Quién será el próximo? El límite de la casa son tres grandes premios. ¿Quién será nuestro próximo ganador?

Ballard cargó con los osos y el tigre y se abrió camino a través de la multitud.

Mirad todo lo que ha ganado el hombre ése de ahí, exclamó suavemente una mujer. Ballard sonrió tensando los músculos de la cara. Los rostros de chicas jóvenes aparecían ante él mientras iba caminando, insípidos y tersos como la nata. Algunas miraban sus juguetes. La gente se desplazaba hacia los límites de unos terrenos y se reunían allí, Ballard era uno de ellos, un mar de gente de campo que miraba con atención a través de la oscuridad en busca de un concurso de medianoche que estaba a punto de comenzar.

Una luz chisporroteó en el campo y un cohete que dejaba tras de sí una estela azul se dirigía destellando hacia Can Mayor. Se quemó en todo lo alto sobre los rostros que miraban hacia arriba, restos de glicerina prendida llameaban en medio de la noche, descendiendo por el cielo a la vez que caían en forma de jirones de espectro ardiente ya calcinado hasta la nada. Subió otro, un silbido duradero, coleando en el cielo. Al abrirse en forma de flor se podía ver, como si fuera una sombra, la imagen del cohete anterior, la bocanada de humo negro y restos de cenizas arqueándose hacia fuera y hacia dentro, como una medusa negra e inmensa que se contrae en el cielo. Con el brillo de la luz también se podía ver a dos hombres ahí fuera en el campo agazapados cerca del cajón de fuegos artificiales como si fueran asesinos o revientapuentes. Y se podía ver entre la gente a una niña con una manzana acaramelada en los labios y los ojos abiertos de par en par. Su pálido cabello desprendía olor a jabón, una niña que se convertirá en mujer con el paso de los años, embelesada por el resplandor de sulfuro y por las luces del puesto de alguna divertida feria medieval. Una vela larga y enjuta que se alza contra el cielo ensartaba los lagos negros de sus ojos. Se agarraba fuertemente con los dedos. Mientras esta quebradiza galaxia de azufre se desbordaba, vio cómo el hombre de los osos de peluche la observaba y ella se acercó más a la chica que había a su lado y acarició su pelo rápidamente con dos dedos.

Ballard vuelve de entre un montón de oscuros y esparcidos helechos cubiertos de nieve y se pone a triturar a puñados esa planta seca o helada y a meterla en la chimenea. La lámpara que hay en el suelo arde intermitentemente por el viento y el viento ruge por el tiro de la chimenea. Las grietas de la pared permanecen grabadas, un tanto rasgadas sobre los tablones del suelo, como si fueran hileras de nieve errante, mientras el viento corroe las ventanas, hechas de paneles de cartón. Y Ballard llega con el brazo cargado de estacas hurtadas del pajar y de momento las está partiendo y amontonando.

Una vez tiene el fuego encendido se quita los zapatos, los coloca en la chimenea y estira de la punta del pie para quitarse los arrugados calcetines y los pone fuera para que se sequen. Se sienta y seca el rifle, expulsa los cartuchos sobre las rodillas, los seca, limpia el mecanismo, lo engrasa y engrasa el cargador, el cañón, la recámara y la palanca de montar y vuelve a cargar el rifle, coloca un cartucho en la recámara, engatilla el arma y deja el rifle en el suelo junto a él.

El pan de maíz que acaba de cocer al fuego es una pasta cruda, hecha tan sólo de harina y agua. Una corteza fina e insípida que masca deprisa y que traga con agua. Los dos osos y el tigre observan desde la pared, sus ojos de plástico brillan a la luz del fuego y sacan sus lenguas de franela.

Los perros de caza atravesaron la nieve de la cuesta que subía a la cresta de la colina como si fueran una línea delgada y oscura. Mucho más abajo, el jabalí que perseguían ladeaba la cabeza mientras trotaba de forma curiosa con sus cortas patas, jorobado y muy negruzco, en contraste con el paisaje de invierno. Los ladridos de los perros resonaban en el inmenso azul pálido como alaridos de un cantante tirolés poseído.

El jabalí se mostraba reacio a cruzar el río. Cuando lo intentó ya era demasiado tarde. Cuando salió de entre los sauces que había en la orilla más próxima se presentó totalmente acicalado y tirando vaho y comenzó a cruzar la llanura. Tras él los perros se despeñaban histéricos montaña abajo, mientras la nieve explotaba a medida que descendían. Cuando se zambulleron de golpe en el agua humearon como si fueran piedras al rojo vivo y cuando salieron de la maleza a la llanura aparecieron en forma de nubes blanquecinas de vapor.

El jabalí no se volvió hasta que el primer perro lo alcanzó. Se giró sobre sí mismo, mordió al perro y continuó corriendo. Los perros se amontonaron sobre sus cuartos traseros, se volvió, dentelleó con sus afilados colmillos y se sentó sobre las ancas, pero ya no había nada que hacer. Siguió revolviéndose, enredado en una rueda de perros que gruñían hasta que pilló a uno, se tiró encima, lo inmovilizó y lo destripó. Cuando intentó volverse de nuevo para salvar los ijares ya era demasiado tarde.

Ballard observaba cómo este ballet se arqueaba, se arremolinaba y revolvía el barro entre la nieve y cómo la deliciosa sangre manaba a borbotones ahí en su hológrafo de batalla, cómo un pulmón desgarrado reventaba salpicando, la sangre negra del corazón, molinete y pirueta, hasta que sonaron tiros y todo se acabó. Un perro joven jugueteaba con las orejas del jabalí y otro yacía muerto con las tripas deshechas y rojas esparcidas sobre la nieve, otro aullaba y se arrastraba. Ballard se sacó las manos de los bolsillos y cogió el rifle que había apoyado contra un árbol. Dos pequeñas siluetas armadas y erguidas bajaban por la ribera del río, apresuradas, ya que estaba anocheciendo.

El taller del herrero, poco iluminado, casi totalmente a oscuras a no ser por el resplandor diminuto al fondo donde el fuego de la fragua ardía y la silueta del herrero se perfilaba un tanto atareada. Ballard, de pie en la puerta sosteniendo la cabeza oxidada de un hacha que se acababa de encontrar.

Buenos días, dijo el herrero.

Buenos días.

¿Qué puedo hacer por usted?

Quiero que me afile esta cabeza de hacha.

Cruzó el sucio suelo hasta donde se encontraba el herrero con el yunque. Había toda clase de instrumentos que colgaban de las paredes del local. Herramientas de maquinaria de campo y de automóviles yacían desparramadas por todos sitios.

El herrero inclinó la barbilla hacia adelante y observó con detenimiento la cabeza de hacha.

¿Es ésta?, preguntó el herrero.

Esta es.

El herrero le dio la vuelta a la cabeza de hacha en la mano.

No creo que le sirva de mucho afilarla.

¿En serio?

¿Le va a poner mango?

Sí, pero imagino que tendré que comprar uno.

Levantó el hacha.

No se puede afilar un hacha así como así. ¿No ve lo oxidada que está?, le preguntó con voz hosca.

Ballard la observó.

Si espera un minuto le mostraré cómo se monta un hacha que corte de verdad y no como toda la mierda que venden en esa flamante ferretería de ahí abajo.

¿Por cuánto me saldrá?

¿Con mango nuevo y todo?

Sí, con mango nuevo.

Pues, dos dólares.

¿Dos dólares?

Así es. El mango cuesta un dólar y veinticinco centavos.

Pensé que me la podría afilar por unos veinticinco centavos más o menos.

Con eso no arreglaríamos nada, le respondió el herrero. Tengo una nueva por cuatro dólares.

Mejor me quedo con ésta; además, no la cambio ni por dos nuevas.

De acuerdo.

Es que le tengo cariño.

Vale.

El herrero colocó el hacha en el fuego y dio un par de vueltas al torno de trabajo. La hoja escupía llamas de fuego amarillas. Los dos observaban con atención.

Hace falta mantener el fuego alto, dijo el herrero. Unos catorce o quince centímetros por encima de la tobera. Hace falta encender un fuego limpio con carbón bueno que no haya sido expuesto al sol.

Dio la vuelta al hacha con las tenazas.

Hace falta que las primeras llamas de fuego tengan fuerza y luego se debiliten poco a poco. Esas de ahí, por ejemplo, no han alcanzado la intensidad suficiente. Había levantado la voz para realizar estos comentarios a pesar de que la fragua estaba en silencio. A continuación le volvió a dar un par de vueltas a la manivela y observaron cómo el fuego escupía sin cesar.

Hay que ir poco a poco, dijo el herrero. Despacio. Así es como se calienta en realidad. Mire los colores. Si se volviera blanca estaría perdida. Ya está lista.

Sacó el hacha del fuego y la balanceó estremeciéndose ésta por el calor y desprendiendo un amarillo translúcido, y la puso sobre el yunque.

Ahora preste atención sobre cómo se trabajan sólo las caras de la hoja, continuó, al tiempo que levantaba el martillo. Hay que empezar por el filo.

Balanceó el martillo y el hierro ablandado cedió ante el golpe, un ruido seco y extraño. Martilleó el filo por ambos lados y después volvió a poner la hoja en el fuego.

La calentaremos de nuevo, pero con menos intensidad esta vez. Un color rojo fuerte servirá.

Puso las tenazas sobre el yunque y se restregó con fuerza las palmas de las manos en el mandil mientras sus ojos no perdían de vista el fuego.

Observe la hoja con atención, le insistió. El acero no debe permanecer en el fuego más tiempo del que necesita para calentarse. Algunas personas se despistarán y dejarán que la herramienta que están calentando se pierda cuando lo que hay que hacer es retirarla del fuego justo en el momento que muestra el color deseado. Ahora estamos buscando un rojo fuerte. Un rojo fuerte. Ahí lo tenemos.

Volvió a coger el hacha con las tenazas y la colocó sobre el yunque, el filo destellaba un anaranjado intenso con minúsculos puntos brillantes de calor que se abrían.

Ahora mire cómo se martillea hacia atrás la hoja desde el filo cuando se la pone en el fuego por segunda vez.

La golpeó con el martillo produciendo un ruido no demasiado metálico.

Más o menos unos dos o tres centímetros hacia atrás. Mire cómo brilla. Hay que dejar que se ensanche tanto como una pala si lo permite, pero nunca que el martillo alcance los bordes porque echaríamos a perder la consistencia que se acumula en las caras.

Martilleó con perseverancia y sin descanso, el filo se enfriaba hasta que la luz que desprendía se desvaneció en un color sanguíneo, latente, apenas visible. Ballard echó un vistazo por el taller. El herrero puso el filo sobre el bloque de hierro y arrancó con un mazo las partes de los bordes quemados.

Así es como se recorta la anchura, explicó. Y ahora la calentaremos una vez más para endurecerla.

Colocó la hoja en el fuego y le dio un par de vueltas a la manivela del torno.

Ahora la calentaremos mucho menos. Un minuto será más que suficiente. Así podrá ver el brillo que desprende. Ahí está.

Ahora hay que martillar muy bien ambos lados.

Empezó con golpes cortos. Giró el hacha y se puso a trabajar el otro lado. Mire cómo se ennegrece, comentó. Se vuelve lustrosa y negra como el culo de un negro. Así, el acero se concentra y se pone duro. Ahora ya la podemos endurecer.

Esperaron mientras el hacha se calentaba. El herrero sacó una colilla del bolsillo del mandil y la encendió con carbón de la fragua. Ahora sólo calentaremos la parte que hemos trabajado. Cuanto más bajo esté el fuego, mejor. Con un rojo cereza suave bastará. Algunas personas intentan enfriar el acero en aceite, pero el agua templada a temperaturas bajas. Un poco de sal para suavizar el agua. Agua suave, acero duro. Ahí la tiene, hay que llevar cuidado al cogerla y al meterla en el agua. Hay que meterla un poquito, así.

Introdujo la hoja incandescente en el cubo para enfriarla y salió una bola de vapor. El metal silbó durante un instante y se calló. El herrero la metía y la sacaba del agua. Hay que enfriarla poco a poco, de lo contrario se romperá. Ya está. Ahora la puliremos y le quitaremos el temple.

Le dio brillo al filo con un palo envuelto en tela de esmeril. Empezó a mover despacio la cabeza del hacha sobre el fuego de un lado para otro, mientras la sostenía con unas pinzas. Hay que mantenerla lejos del fuego y moverla continuamente. Porque si no, puede que hasta se ablande. Ahora por ejemplo está empezando a calentarse con fuerza. Esto va bien para algunas herramientas, pero necesitamos un temple azul. Ahora está poniéndose marrón. Obsérvela ahora. ¿Lo ve?

Sacó el hacha del fuego y la colocó sobre el yunque.

Hay que estar muy atento y no dejar que el temple abandone los bordes primero. Hay que preparar siempre bien el fuego antes de empezar a trabajar.

¿Está lista?, preguntó Ballard.

Así es. Ahora le pondremos un mango, la afilaremos y se podrá ir a casa.

Ballard asintió con la cabeza.

Esto es como todo, dijo el herrero. En cuanto haces algo mal, entonces te sale todo mal.

Revisaba los mangos que había dentro de un barril.

¿Cree que podría hacer todo esto después de haber visto cómo se hace?

¿Hacer qué?, preguntó Ballard.

Se precipitó cuesta abajo; la nieve le llegaba hasta los muslos y la ventisca le hacía tambalearse mientras sostenía el rifle con una mano por encima de la cabeza. Se agarró a una parra, la rodeó y se detuvo. Una ducha de hojas muertas y de ramas pequeñas cayó sobre el manto liso de nieve. Se quitó del cuello de la camisa los restos que le acababan de caer y miró hacia abajo en busca de otro lugar donde detenerse.

Cuando alcanzó la ladera de la montaña se encontró en medio de cedros y pinos. Siguió el rastro que dejaban los conejos por el bosque. La nieve se había derretido y se había congelado otra vez, en lo alto había una capa de luz y era un día muy frío. Llegó a un claro y un tordo alzó el vuelo. Después otro. Levantaron las alas y volaron a ras de la nieve. Ballard se acercó más para observarlos mejor. Un pequeño grupo se mantenía apiñado bajo un cedro en grupos de dos o de tres. Al acercarse salieron en parejas y se fueron dando saltos por el suelo agitando las alas. Ballard corrió tras ellos. Los tordos lo esquivaron y empezaron a revolotear de un lado a otro. Ballard se cayó, se levantó y echó a correr de nuevo riéndose. Logró capturar a uno que desprendía calor y que tenía un buen plumaje, y lo protegió con la palma de la mano mientras notaba el latir de su corazón.

Subió un camino abrupto y se cruzó con el techo seccionado de un coche, recostado en el suelo sobre bloques de cemento. Un cable de luz se extendía por el barro y debajo del techo del coche había una bombilla encendida y un grupo de pollos con aspecto deprimido que cloqueaban apiñados. Ballard hizo ruido al andar por el porche. Era un día gris y frío. Una cortina gruesa de humo marrón se arremolinaba sobre el techo y los jirones de nieve grises del jardín yacían grises y finos, salpicados de hollín. Echó un vistazo al pájaro que tenía acurrucado contra su pecho. La puerta se abrió.

Entre, dijo una mujer que llevaba una bata de algodón fino.

Subió los escalones del porche y entró en la casa. Hablaba con la mujer, pero en realidad tenía puesta la mirada en la hija. Apenas podía moverse con facilidad por la casa, era todo tetas, caderas anchas y jóvenes y piernas desnudas.

Hace frío, ¿eh?, comentó Ballard.

Ni que lo diga, contestó la mujer.

Traigo un regalito para Billy, dijo Ballard, e hizo un gesto con la cabeza señalando a la criatura que había en el suelo.

La mujer giró su cara redonda y plana hacia Ballard.

¿Cómo dice?

Digo que le traigo un regalito a Billy. Mire.

Sacó de la camisa el tordo medio congelado y se lo enseñó. El tordo giró la cabeza y uno de sus ojos parpadeó.

Mira lo que te han traído, Billy.

Pero no miró. Tenía la cabeza enorme y sin pelo y no era más que un primate baboso que habitaba las zonas bajas de la casa, familiarizado con los tablones hundidos del suelo y con los agujeros fijados con tachuelas hechas de latas de comida aplastadas, familiarizado con un consorte de cucarachas y de arañas en celo, grandes y peludas, oprimido y aquejado de una estupidez indescriptible y perpetua.

Aquí tienes un regalito.

El tordo comenzó a correr por el suelo con las alas desplegadas como si fueran las velas latinas de un barco. Espió a... ¿a qué?, ¿al niño?, al niño, y se dirigió hacia un rincón. Los ojos apagados del niño le siguieron. Se movió con lentitud.

Ballard cogió el pájaro y se lo entregó. El niño lo cogió con sus manos regordetas y grises.

Lo matará, le advirtió la chica.

Ballard le sonrió con sorna.

El pájaro es suyo y hará con él lo que le dé la gana, le contestó Ballard.

La chica le puso mala cara y exclamó:

¡Qué pasa!

Tengo algo que te voy a traer, le replicó Ballard.

No tienes nada que yo pueda querer.

Ballard volvió a sonreír con sorna.

Tengo algo de café caliente puesto al fuego, comentó la mujer desde la cocina, ¿quiere un poco?

Sí, no me importaría tomar un poco, contestó Ballard mientras se frotaba las manos debido al frío que hacía.

En la mesa de la cocina, ante él una inmensa taza blanca de porcelana, el vapor blanco que desprendía penetraba el frío de la habitación junto a la ventana donde estaba sentado; el vaho se condensaba sobre el hule de flores descolorido. Se puso un poco de leche y lo removió.

¿A qué hora cree que volverá Ralph?

No lo sé. No dijo nada.

Ya veo.

Espérelo aquí, si quiere.

De acuerdo. Lo esperaré un poco. Si no viene, me tendré que ir.

Oyó cómo la puerta de atrás se cerraba. Vio cómo la chica se iba por una senda embarrada hacia el retrete. Ballard miró a la mujer. Estaba extendiendo la masa de las galletas sobre el aparador. Volvió a echar un rápido vistazo a través de la ventana. La chica abrió la puerta del retrete y la cerró. Ballard inclinó la cara hacia el vapor que desprendía la taza.

Ralph tardaba demasiado en llegar. Ballard se acabó el café y dijo que estaba bueno y que gracias, pero que no quería más y volvió a insistir y dijo que se tenía que ir.

Mamá, ven aquí un momento, dijo la chica desde la otra habitación.

¿Qué pasa?, preguntó la mujer.

Ballard se había levantado y se estaba desperezando un tanto inquieto.

Será mejor que me vaya.

Espérole un poco más, si quiere.

¡Mamá!

Ballard miró hacia el salón. El pájaro estaba agazapado contra el suelo. La chica salió al umbral de la puerta.

¡Mamá! Me gustaría que vieras esto.

¿Qué pasa?, volvió a preguntar la mujer.

La chica señalaba al niño. Estaba sentado como antes, era como un muñeco de peluche obeso, vestido con una camisa pequeña y gris. Tenía la boca manchada de sangre y estaba masticando algo. Ballard cruzó la puerta, entró en el salón y se agachó para alcanzar el pájaro. Éste revoloteó por el suelo, pero se cayó. Ballard lo recogió. Pequeños bultos rojos sobresalían del suave plumón. Ballard volvió a dejar el pájaro en el suelo rápidamente.

Le dije que no se lo diera, le reprendió la chica.

El pájaro no paraba de tambalearse en el suelo.

La mujer se acercó a la puerta del salón. Se estaba limpiando las manos en el delantal. Todos miraban al pájaro.

¿Qué le ha hecho?, preguntó la mujer.

Le ha arrancado las patas a mordiscos, contestó la chica.

Ballard sonrió con sorna.

A lo mejor es que no quería que se le escapara, comentó Ballard.

Si hubieses pensado mejor las cosas, no habría pasado esto, le recriminó la chica.

Dejémoslo estar, dijo la mujer, y quítale eso de la boca antes de que se ponga malo.

Nunca me dieron otra versión. Recuerdo que su abuelo, llamado Leland, vivía de una pensión de guerra. Murió al final de los años veinte. Se supone que estuvo en el ejército unionista. Era un hecho sabido que no hizo otra cosa durante la guerra que rascarse la nariz. Vinieron a buscarle dos o tres veces. Pero el condenado nunca fue a la guerra. El viejo Cameron lo cuenta y no sé por qué Leland tendría que mentir. Dijo que vinieron a por él y que mientras lo buscaban por el granero y por la caseta de ahumado se escabulló entre los arbustos hasta donde tenían los caballos y cortó el cuero de la silla de montar del sargento para ponerles medias suelas a sus zapatos.

No, no sé cómo consiguió que le dieran la pensión de guerra. Imagino que los engañaría de alguna forma. El condado de Sevier hizo que se alistaran en el ejército unionista más hombres que votantes tenía registrados, pero Leland no era uno de ellos. Fue el único que tuvo la cara dura de pedir la pensión. No era soldado, pero os diré lo que sí era. Os juro por dios que era miembro de los Gorras Blancas, una banda violenta de esas que se dedicaban a pegar palizas a la gente. Sí, señor. Lo era. Tenía un hermano más pequeño que era de los que también se escapó de aquí por aquel entonces. Es un hecho sabido que lo colgaron en Hattiesburg, Mississippi. Eso demuestra que no sólo ocurre en este lugar. Lo hubiesen colgado sin importar el sitio donde viviera.

A pesar de todo, diré algo sobre Lester. Si nos remontásemos al último de sus antepasados, seguramente el muy condenado superaría a todos.

Esa es la verdad de dios.

Hablando sobre Lester...

No paráis de hablar de Lester y la cena me espera en casa.

## II

En una fría mañana de invierno, a principios de diciembre, Ballard bajó de Frog Mountain con un par de ardillas que le colgaban del cinturón y salió a la carretera. Cuando se dio la vuelta para contemplar la escena, vio que había un coche parado con el motor traqueteando suavemente y soltando humo azul que se condensaba en el frío aire de la mañana. Ballard cruzó la carretera, se precipitó cuesta abajo por la maleza y subió por el bosque hasta que fue a parar a un emplazamiento encima de la escena. El coche seguía allí. No vio a nadie dentro.

Comenzó a andar por el borde de la carretera hasta que se encontró a cincuenta metros de distancia del coche y se quedó allí de pie, observando. Oía el ruido constante del motor y oía también a duras penas en aquella tranquila mañana de las laderas de la montaña el sonido de una guitarra y a alguien cantando.

Después de un rato paró y oyó una voz.

Es una radio, dijo.

No había nadie en el coche. Las ventanas estaban totalmente empañadas, pero no parecía que hubiese alguien allí dentro.

Salió de los arbustos y pasó de largo por delante del coche. Él era un simple cazador de ardillas que caminaba carretera abajo sin molestar a nadie. Cuando pasó al lado del automóvil miró dentro. No había nadie en el asiento delantero, pero en el de atrás había una pareja medio desnuda tumbada, uno encima del otro. Un muslo totalmente desnudo. Un brazo levantado. Un par de nalgas peludas. Ballard había seguido caminando. De repente se detuvo. Un par de ojos que miraban fijamente abiertos de par en par.

Se dio la vuelta y se dirigió de nuevo hacia el coche. Sus ojos observaban inquietos a través de la ventanilla. Fuera de tanta confusión de ropa y de las extremidades contraídas, los ojos de una cara insulsa y blanca observaban en completo silencio. Era una chica joven. Ballard se apoyó contra el cristal. El hombre de la radio dijo: Nos gustaría dedicar la próxima canción sobre todo a aquellas personas que están enfermas y a las que no pueden salir de casa. En la montaña, dos cuervos emitían breves aunque escandalosos graznidos en el frío y solitario aire.

Ballard abrió la puerta del coche, con el rifle preparado. El hombre estaba tumbado entre los muslos despatarrados de la chica.

¡Eh, vosotros!, gritó Ballard.

Recogiendo flores para el ramo del maestro.

Flores bonitas que no se marchitarán nunca.

Ballard se sentó en el borde del asiento del volante, se estiró y apagó la radio. El motor seguía traqueteando sin parar. Miró hacia abajo, dio con la llave y apagó el motor. Había un silencio ensordecedor en el coche con ellos tres allí dentro. Se puso de rodillas en el asiento y se apoyó sobre el respaldo para observarlos. Se agachó y lo cogió del hombro. El brazo del hombre cayó del asiento al suelo y Ballard, que no esperaba ese movimiento, se golpeó la cabeza contra el techo al retirarse.

Ni siquiera maldijo. Se quedó arrodillado mirando fijamente a aquellos dos

cuerpos.

¡Me cago en la puta! ¡Pero si están muertos!

Observó uno de los pechos de la chica. Tenía la blusa abierta y el sujetador alrededor del cuello. Ballard se quedó mirando a los dos durante un buen rato. Finalmente, estiró el brazo por encima de la espalda del hombre y le tocó un pecho. Lo tenía blando y frío. Con la punta del pulgar le acarició el pezón completamente marrón.

Todavía sujetaba el rifle. Se levantó del asiento, se puso de pie en la carretera y se quedó mirando y escuchando. No se oía ni tan siquiera el trino de algún pájaro. Se quitó las ardillas del cinturón, las puso sobre el techo del coche, apoyó el rifle contra el guardabarros y entró de nuevo. Al recostarse en el asiento, agarró al hombre e intentó quitárselo de encima a la chica. El cuerpo se incorporó con gran dificultad, mientras la cabeza le colgaba hacia un lado. Ballard lo tenía cogido por un costado, pero el hombre estaba apretujado contra el asiento delantero. Ahora podía ver a la chica mejor. Ballard se estiró y le tocó el otro pecho. Se lo estuvo tocando durante un rato y después le cerró los ojos con el pulgar. Era joven y muy guapa. Ballard cerró la puerta delantera por el frío. Se agachó y agarró al hombre. Parecía como si lo hubieran colgado. Llevaba puesta una camisa y tenía los pantalones totalmente bajados hasta los tobillos. Un tanto fastidiado y aborrecido, Ballard lo cogió de la fría y desnuda cadera y lo echó a un lado. Rodó y se cayó entre los asientos al suelo donde se quedó mirando fijamente hacia arriba con un ojo abierto y el otro medio cerrado.

¡Maldita sea!, exclamó Ballard.

El pene del muerto, embutido en un condón amarillo húmedo, le apuntaba rígidamente.

Salió del coche, cogió el rifle y caminó carretera abajo hasta donde pudiera ver mejor. Volvió, cerró la puerta del coche y se dirigió al otro lado. Hacía mucho frío. Después de un rato se volvió a meter en el coche. La chica estaba tumbada con los ojos cerrados y los pechos se asomaban por entre la blusa abierta; también tenía los muslos entreabiertos. Ballard se subió al asiento.

El muerto lo observaba desde el suelo del coche. Ballard le soltó una patada a uno de sus pies para quitárselo de en medio y recogió del suelo las bragas de la chica, las olió y se las metió en el bolsillo. Miró a través de la luna trasera y se quedó escuchando. Arrodillado entre las piernas de la chica se desabrochó la hebilla y se bajó los pantalones.

Un gimnasta enloquecido entrenando sobre un cadáver frío. Le susurró por aquella oreja blanca como la cera todo lo que le habría dicho a una mujer. ¿Quién diría que ella no le oyó? Cuando acabó, se levantó y miró otra vez por la luna trasera del coche. Los cristales se habían empañado. Cogió el dobladillo de la falda de la chica para secarse el sudor. Estaba encima de las piernas del muerto y éste todavía tenía el miembro en erección. Ballard se subió los pantalones, se subió al asiento,

abrió la puerta y salió fuera a la carretera. Se metió la camisa por dentro y se abrochó los pantalones abombados que llevaba. Luego cogió el rifle y se puso a caminar carretera abajo. No caminó mucho hasta que se paró y volvió de nuevo. Lo primero que vio fueron las ardillas en el techo del coche. Se las metió dentro de la camisa, abrió la puerta, se introdujo en el coche, giró la llave y pisó el acelerador. El motor rugió con fuerza en medio del silencio, resucitando de nuevo. Miró el indicador de la gasolina. La aguja señalaba un cuarto de depósito. Echó un vistazo a los dos cuerpos que había en la parte de detrás, cerró la puerta y empezó a caminar de nuevo carretera abajo.

Apenas había recorrido unos trescientos metros cuando se volvió a detener. Se quedó de pie allí en medio de la carretera mirando de frente.

¡Qué os jodan!, gritó.

Se puso a caminar de vuelta carretera arriba. Luego empezó a correr. Cuando llegó hasta el coche, éste todavía estaba traqueteando; a Ballard le faltaba aliento y absorbía grandes cantidades de aire frío por la garganta que le llegaban a los calcinados pulmones. Abrió la puerta de golpe, se metió dentro y en el asiento trasero tiró de los pantalones del muerto hasta que tuvo a su alcance el bolsillo de detrás, metió la mano y cogió la cartera. La sacó y la abrió. Fotos familiares dentro de pequeñas ventanillas transparentes. Sacó un taco fino de billetes y los contó. Dieciocho dólares. Dobló el dinero, se lo introdujo en el bolsillo, le volvió a poner la cartera en los pantalones, salió del coche y cerró la puerta. Sacó el dinero del bolsillo y lo volvió a contar. Fue a coger el rifle, pero se detuvo y se volvió a meter en el coche.

Miró en el suelo de la parte de atrás y en el asiento y tocó debajo de los cuerpos. Luego miró en la parte de delante. El bolso de la chica estaba en el suelo del asiento delantero. Lo abrió, sacó el monedero, lo abrió y sacó unas cuantas monedas de plata y dos billetes de un dólar doblados. Rebuscó en el bolso, cogió el pintalabios, el colorete, se los metió en el bolsillo, cerró el bolso de un golpe y se quedó allí sentado con él en su regazo durante un minuto. Después vio la guantera en el salpicadero. Estiró el brazo, apretó el botón y se abrió. En su interior había papeles, una linterna y una botella de whisky. Ballard asió la botella y la levantó para mirarla con detenimiento. Estaba casi llena. Cerró la guantera, salió del coche, se metió la botella en el bolsillo y cerró la puerta. Volvió a mirar una vez más a la chica en el interior y a continuación comenzó a caminar carretera abajo. Apenas había dado un par de pasos cuando se paró otra vez y volvió. Abrió la puerta del coche, se metió dentro y encendió la radio.

El martes por la noche estaremos con vosotros en Bulls Gap School, explicó el locutor.

Ballard cerró la puerta y siguió andando carretera abajo. Después de caminar durante un rato se detuvo, sacó la botella, echó un trago y continuó andando.

Había llegado casi hasta el desvío de la carretera en la ladera de la montaña justo

antes de alcanzar su hora final. Se dio la vuelta y miró carretera arriba. Se agachó en medio de la carretera, apoyó en el suelo la culata del rifle y tras agarrar con ambas manos el cañón, se sujetó el mentón con una muñeca. Escupió. Miró al cielo. Más tarde se levantó y volvió a subir por la carretera. Había un halcón de pecho y plumaje blancos que sobrevolaba los alrededores de la montaña y que daba vueltas alrededor del sol. Se encañonó, estalló y dio un culatazo. Ballard se apresuró carretera arriba. Tenía el estomago vacío y tenso.

Era mediodía cuando llegó a casa con la chica muerta. La había llevado subida al hombro durante algo más de un kilómetro y medio antes de detenerse. Los dos yacían sobre la hojarasca del bosque. Ballard respiraba en silencio en medio del aire frío. Escondió el rifle y las ardillas en un montón de hojas negras bajo un saliente de piedra caliza, levantó a la chica con dificultad y echó a andar de nuevo. Bajó a través del bosque por la parte de atrás de la casa, a través de hierbajos y de maleza muerta por delante del granero y con ella al hombro cruzó la puerta, se metió dentro, la dejó encima del colchón y la arropó. Luego se fue con el hacha.

Volvió cargado de leña, encendió fuego en la chimenea y se sentó ante él y descansó. Luego se dio la vuelta y miró a la chica. Le quitó toda la ropa y la observó, inspeccionando su cuerpo con mucho cuidado, como si quisiera ver de qué estaba hecha. Salió fuera, miró al interior a través de la ventana y la vio completamente desnuda allí tumbada junto al fuego. Cuando entró de nuevo se desabrochó los pantalones, se los quitó y se acostó a su lado. Retiró la manta y la puso sobre ambos.

Por la mañana volvió a por el rifle y a por las ardillas. Se las metió dentro de la camisa, comprobó la recámara del rifle para ver si estaba cargado y continuó andando montaña arriba.

Cuando salió de la oscuridad del bosque invernal, allí en lo alto, el coche todavía estaba en el mismo sitio. El motor se había parado. De fondo apenas se podía oír la radio. Se agachó sobre los talones y observó con mucha atención. Había un silencio ensordecedor. Después de un rato se levantó, escupió al suelo, dio una última visión general a la escena y se fue montaña abajo.

Por la mañana, cuando los árboles jóvenes y negros se levantaban como cuchillos en medio de la ladera de la montaña, se acercaron dos chicos hasta su parcela de terreno y entraron en la casa donde Ballard estaba acurrucado en el suelo con la manta al lado del fuego ahogado. La chica muerta estaba en la otra habitación para mantenerla alejada del calor.

Se quedaron de pie en la puerta. Ballard se levantó con los ojos prácticamente cerrados y les berreó echándoles fuera y estuvo a punto de tirarlos al suelo.

¿Qué coño queréis?, les volvió a gritar Ballard.

Se quedaron de pie en el jardín. Uno de ellos tenía un rifle y el otro un arco casero.

Mira, éste es el primo de Charles, le explicó el del rifle. No puedes hacer que se vaya. Nos han dicho que aquí se puede cazar.

Ballard miró al primo de Charles.

Está bien. Podéis cazar por ahí fuera.

Vámonos, Aaron, dijo el del rifle.

Aaron miró a Ballard de muy mala gana y se fueron.

¡Será mejor que os mantengáis alejados de aquí!, gritó Ballard desde el porche, mientras tiritaba del frío que hacía allí fuera. ¡Será mejor que no os acerquéis por aquí!

Cuando ya se habían alejado lo suficiente entre la maleza seca, uno gritó algo, pero Ballard no pudo oírlo bien. Permaneció de pie en la puerta justo donde ellos habían estado y miró dentro de la habitación para ver si podía repetir con sus propios ojos lo que ellos habían visto. Tenía miedo de que la hubiesen descubierto. Unos trapos la tapaban. Entró y encendió un fuego de nuevo y se puso de cuclillas ante él maldiciendo.

Volvió del granero con una escalera rudimentaria y casera a rastras y la llevó a la habitación donde estaba la chica acostada, la levantó por un extremo, la pasó a través de un pequeño agujero cuadrado del techo, se subió y asomó la cabeza al desván. El techo de listones se levantaba contra el cielo invernal como si de un rompecabezas irreconstruible se tratara, y en la accidentada oscuridad pudo ver unas cuantas cajas viejas llenas de polvorientos recipientes de piedra. Subió allí arriba e hizo sitio sobre los tablones sueltos del suelo del desván, les quitó el polvo con unos trapos y bajó de nuevo.

Pesaba demasiado para él. Hizo una pausa en la mitad de la escalera cogido con una mano del último peldaño y con la otra alrededor de la cintura de la chica, donde pendía vestida con un camisón rasgado y rudimentariamente cosido y luego se volvió a bajar. Intentó sujetarla por el cuello, pero no logró avanzar nada. Se quedó sentado en el suelo con ella mientras respiraba deprisa y agotado, soltando nubes blanquecinas de vaho en la fría habitación. Después se fue de nuevo al granero.

Volvió con algunos trozos de cuerda vieja, se sentó ante el fuego y los ató unos con otros. Luego cogió y ajustó la cuerda alrededor de la cintura del cadáver blanquecino y ascendió la escalera con el otro extremo. El cadáver se levantó de lado con todo el pelo cayéndole y comenzó a darse golpes mientras subía la escalera. A mitad de camino se detuvo y se quedó colgando allí. Después empezó a subir de nuevo.

Había hecho una especie de guiso de ardillas con nabos y puso lo que quedaba al fuego para calentarlo. Después de comer subió el rifle al desván, lo dejó allí, sacó la escalera y la colocó en la parte de atrás de la casa. Después salió a la carretera y se fue caminando hasta el pueblo.

Apenas pasaron unos cuantos coches. Ballard caminaba por la hierba gris que crecía a los bordes de la carretera entre latas de cerveza y basura y no se atrevió ni tan siquiera a levantar la vista. Hacía cada vez más frío y cuando llegó a Sevierville tres horas más tarde estaba casi totalmente amoratado.

Ballard de compras. Se paró delante de una tienda de confecciones en cuyo escaparate había un maniquí rudimentario de madera sin cabeza y que estaba puesto sobre un palo y que llevaba un vestido rojo muy corto.

Pasó varias veces por donde estaban los artículos de mercería y de confección, con las manos puestas en el dinero que llevaba en los bolsillos. Una dependienta que estaba de pie con los brazos cruzados y abrazándose los hombros se inclinó hacia él cuando pasó por su lado.

¿Puedo ayudarle en algo?

Solamente estaba mirando, contestó Ballard.

Se dio otra vuelta por los mostradores de lencería, tenía los ojos un tanto alocados, como si estuvieran aterrorizados por las ligerísimas prendas en tono pastel que allí había. Cuando pasó de nuevo por delante de la chica se puso las manos en los bolsillos traseros y giró la cabeza con indiferencia hacia el escaparate.

¿Cuánto vale el vestido ése de ahí delante?

La dependienta miró hacia la parte delantera de la tienda y se puso la mano en la boca intentando recordar el precio.

Vale cinco dólares y noventa y ocho centavos, después asintió con la cabeza. Así es, vale cinco dólares y noventa y ocho centavos.

Me lo llevo, contestó Ballard.

La dependienta se retiró del mostrador. Ella y Ballard medían más o menos lo mismo.

¿Qué talla necesita?

Ballard la miró.

¿Talla?, preguntó Ballard extrañado.

¿Sabe la talla que utiliza?

Ballard se tocó la barbilla con la mano. Nunca había visto a la chica de pie. Miró a la dependienta.

No sé qué talla utiliza.

¿Es muy alta?, preguntó la dependienta.

No creo que sea más alta que usted, contestó Ballard.

¿Sabe cuánto pesa?

Pues, unos cuarenta y cinco kilos o más.

La chica lo miró sonriendo.

Entonces será más bien pequeña, comentó la dependienta.

Pues la verdad es que no es muy alta.

Los vestidos que necesita los tiene por aquí, le explicó la chica mientras le mostraba el camino.

El suelo de madera barnizada crujía bajo sus pies hasta que llegaron al perchero montado con tubería galvanizada, la dependienta empujó las perchas hacia atrás, sacó el vestido rojo y se lo enseñó.

Éste es una talla treinta y seis. Yo creo que le vendrá bien si es una adolescente.

Me lo quedo, dijo Ballard.

Lo puede devolver si no le viene.

De acuerdo.

La chica dobló el vestido sobre el brazo.

¿Desea algo más?

Sí, contestó Ballard. También le hacen falta más cosas.

La dependienta se quedó esperando.

Le hace falta más ropa.

¿Qué le hace falta?, preguntó la dependienta.

Le hacen falta un par de bragas, soltó Ballard de golpe.

La chica tosió en la mano, se volvió y se fue por el pasillo; Ballard tras ella, con la cara encendida.

Se pusieron delante del mostrador que Ballard había estado observando de reojo y la chica daba pequeños golpecitos con los dedos sobre el fino cristal mientras miraba a Ballard. Ballard permanecía de pie con las manos embutidas en los bolsillos traseros y con los codos hacia fuera.

Aquí tiene todas las que hay, dijo la chica, mientras se sacaba un lápiz de detrás de la oreja y lo hacía rodar sobre el mostrador.

¿Tiene algunas de color negro?

La chica rebuscó entre los montones y sacó unas negras con lacitos rosas.

Me las llevo, dijo Ballard, y también una de éstas de ahí.

La chica miró hacia donde Ballard estaba señalando.

¿Una enagua?, preguntó la chica.

Sí.

La chica caminó a lo largo del mostrador.

Aquí tiene una de color rojo muy bonita. Haría una combinación perfecta con el vestido.

¿Rojo?, insinuó Ballard.

Ella se la enseñó.

Me la llevo.

¿Algo más?

No lo sé, respondió Ballard, mientras le echaba un vistazo al mostrador.

¿Le hace falta algún sujetador?, preguntó la dependienta.

No. ¿No tendrá unas bragas rojas, verdad?

Ballard estaba medio congelado cuando llegó a la tienda de Fox. El anochecer azulado envolvió el insulso bosque. Se dirigió sin pensárselo hacia la estufa y se quedó de pie junto a su tubo polvoriento y gris mientras le castañeteaban los dientes.

¿Hace frío?, preguntó el señor Fox.

Ballard asintió con la cabeza.

La radio dice que esta noche hará una temperatura de tres grados bajo cero. A Ballard no le apetecía nada una conversación sobre temas triviales. Se dio una vuelta por la tienda escogiendo latas de alubias y de salchichas, cogió dos barras de pan y señaló la salchicha ahumada que había en el mostrador de la carne y dijo que quería un cuarto, cogió un cuarto de leche condensada y algo de queso y galletas saladas y una caja de pasteles. El señor Fox sacó el total de la compra sobre una hoja en sucio tras mirar por encima de las gafas lo que valían los artículos que había sobre el mostrador. Ballard apretó fuertemente contra su pecho los paquetes de la compra.

¿Qué pasó con el chico ése que encontraron ahí arriba ayer por la noche?, preguntó el señor Fox.

¿Qué pasó con él?, preguntó Ballard también.

Había encendido un fuego en la chimenea y con los dedos acartonados se deshizo los nudos de los cordones de los zapatos y se los quitó golpeando los talones contra el suelo hasta que salieron. Se miró los pies. Tenían un color amarillo pálido con manchas blancas. Cuando se metió en la otra habitación apenas podía sentir el suelo. Parecía como si caminara sobre los tobillos. Salió con los pies desnudos, cogió la escalera y subió y observó a la chica. Bajó con el rifle y lo colocó junto al fuego. Después abrió los paquetes de la compra, sacó las prendas de ropa, las olió y las dobló de nuevo.

Abrió una lata de alubias y otra de salchichas, las colocó en el fuego y puso un cazo de agua para hacer café. Luego guardó el resto en el armario y sentado en el borde del colchón se puso los zapatos otra vez. Con el hacha en la mano cruzó el suelo de la habitación haciendo ruido como si fuera un caballo y salió fuera en plena noche. Había empezado a nevar de nuevo.

Recogió leña hasta que la habitación se convirtió en un montón enorme de broza con trozos viejos de cepas de árboles y pedazos enteros de poste de valla con segmentos de alambre oxidado que colgaban de las abrazaderas. Estuvo ocupado hasta que anocheció del todo y encendió un buen fuego, se sentó ante él y luego cenó. Cuando acabó, encendió la lámpara, fue a la otra habitación y subió por la escalera. Continuaron oyéndose palabrotas entre dientes y ruidos de forcejeo.

Ella bajó por la escalera hasta que tocó el suelo con los pies y allí se detuvo. Soltó más cuerda pero ella permanecía de pie allí en el suelo apoyada contra la pared. Estaba de puntillas, aunque tampoco se caía. Ballard bajó por la escalera y le quitó la cuerda que tenía a la altura de la cadera. Después la arrastró hasta la otra habitación y la dejó junto a la chimenea. La cogió de un brazo e intentó levantarla, pero el cuerpo entero se movía como si fuera de madera.

¡Maldita zorra congelada!, exclamó Ballard cabreado y echó más leña al fuego.

Ya era más de medianoche cuando se ablandó lo suficiente como para poder desvestirla. Yacía desnuda sobre el colchón con los pechos cetrinos envueltos por la luz como si fueran flores de cera. Ballard comenzó a ponerle la ropa nueva.

Se sentó y le cepilló el pelo con el cepillo ése que compró a precio de ganga. Le quitó la parte de arriba a la barra de labios, la sacó y empezó a pintarle los labios.

La puso en diferentes posturas, salió fuera y la observó a través de la ventana. Después se sentó y la sujetó mientras sus manos recorrían su cuerpo por debajo de la ropa nueva. La desvistió muy despacio mientras le hablaba. Luego Ballard se quitó los pantalones y se acostó a su lado. Abrió sus muslos sin vida.

Lo estabas deseando, ¿verdad?, le susurró.

Más tarde la volvió a meter en la otra habitación. Era un cuerpo inerte y de muy difícil manejo. Sus huesos yacían sueltos dentro de la carne. La cubrió con los trapos, se acercó de nuevo al fuego, lo azuzó tanto como pudo y se tumbó en la cama mientras lo miraba fijamente. El tiro de la chimenea aullaba con fuerza debido a la enorme salida de humos y las llamas bailaban en lo alto de la chimenea. Era una

especie de vela hecha de ladrillo en medio de la noche. Ballard metió broza y trozos de madera justo en la garganta de la chimenea. Hizo un poco de café y se recostó en el camastro.

¡Muérete de frío, zorra!, le gritó a la noche a través del cristal de la ventana.

Y lo hizo. Seis grados bajo cero. Cayó un ladrillo sobre las llamas. Ballard alimentó el fuego, se arrojó con las mantas y se acurrucó para dormir. Había tanta luz en la cabaña que parecía de día. Estaba tumbado mirando el techo. Entonces se levantó de nuevo, encendió la lámpara y se fue a la otra habitación. Le dio la vuelta a la chica, le ató la cuerda alrededor del cuerpo y la subió al desván. Se volvió a levantar, pero esta vez desnuda. Ballard bajó por la escalera, la quitó y la apoyó en la pared, volvió otra vez y se fue a la cama. En el exterior la nieve caía suavemente.

Se despertó en mitad de la noche con la premonición de que algo fatídico iba a ocurrir. Se incorporó. El fuego se había reducido a una llama única que se alzaba inmóvil entre las cenizas. Encendió la lámpara y le dio fuerza. Un manto irregular de humo envolvió la habitación.

Gruesas tiras de humo blanco se filtraban entre las tablas del techo y era capaz de percibir encima de su cabeza un débil crepitar, como si algo se estuviera alimentando.

¡Mierda!, exclamó Ballard.

Se levantó con la manta por encima de los huesudos y malhumorados hombros. A través de las ranuras que había entre las tablas del techo veía una especie de resplandor anaranjado brillante. Se estaba poniendo los zapatos y la chaqueta. Salió a la nieve rifle en mano. Allí, en medio de montones de maleza pisoteados se quedó de pie mirando el tejado. Un grupo de llamas enloquecidas se avivó junto a la chimenea y se volvió a apagar. Se pudo oír un virulento crepitar procedente del desván. Nubes de humo salían del tejado húmedo y pequeños trozos de ceniza ardiendo desviados por el viento cayeron sobre la nieve que a su vez se derretía.

¡Que os jodan!, gritó Ballard.

Apoyó el rifle contra un árbol, se apresuró al interior de la cabaña, recogió la ropa de cama, el colchón y lo sacó fuera a la nieve y se metió dentro otra vez. Juntó los utensilios de cocinar, la pequeña despensa y lo sacó todo fuera; cogió el hacha, las pocas herramientas que tenía y otros cachivaches que había guardado en la vacía habitación y los tiró allí fuera; volvió corriendo al interior y cogió la escalera, la levantó y la colocó en el agujero que daba al desván y miró hacia arriba: inmensas bolas de fuego latían con fuerza allí arriba. Subió por la escalera y metió la cabeza por el agujero que había en el techo. De repente sintió cómo se le chamuscaba y le crepitaba el pelo. Se agachó y se dio golpecitos en la cabeza. Se le enrojecieron los ojos y le empezaron a llorar debido a la gran cantidad de humo que había. Se quedó allí agazapado en lo alto de la escalera durante unos instantes mirando el fuego con los ojos entrecerrados y luego volvió a bajar.

Cuando salió fuera por enésima vez, llevaba los osos y el tigre de peluche en brazos. El tejado estaba envuelto en llamas. A pesar del estruendo constante que

producía el fuego, se podían oír las violentas sacudidas de las tablas de roble al convertirse en pasto de las llamas de lado a lado de la casa con una especie de estallidos. El calor que hacía era algo maravilloso.

Ballard se quedó de pie allí en medio de la nieve boquiabierto. Las llamas descendían y subían por las tablas como si fueran ardillas envueltas en llamas. Entre las llamas del tejado se podía ver la estructura de la cabaña cubierta por una hilera de formas ígneas. Transcurridos unos minutos la cabaña era un sólido muro de fuego. Los pocos cristales que quedaban se resquebrajaron y se cayeron de sus respectivos marcos rompiéndose en mil pedazos y el tejado se desplomó de forma estrepitosa. Ballard se tuvo que echar hacia atrás debido al gran calor que hacía. La nieve que rodeaba a la casa había comenzado a retirarse dejando tras de sí un círculo de suelo húmedo. Luego el suelo empezó a despedir humo.

Mucho antes de que llegase la mañana, la casa que había resguardado a Ballard de los elementos de la naturaleza era ahora tan sólo una chimenea ennegrecida con un montón de tablas todavía en llamas a sus pies. Ballard cruzó el suelo empapado, se metió en la garganta de la chimenea y se sentó allí como si fuera un búho. Se estaba muy calentito. Hacía ya mucho tiempo que había empezado a hablar solo, pero no dijo ni una sola palabra.

Todavía era de noche a pesar de que estaba amaneciendo cuando se despertó por el frío. Había amontonado maleza muerta y broza para poner el colchón encima y se acostó con los pies hacia las brasas que quedaban de la casa mientras caían copos de nieve del cielo gris. La nieve se derretía sobre su cuerpo y luego en las horas más frías de la mañana bajó tanto la temperatura que se despertó bajo una manta de hielo que se quebró como si fuera cristal cuando Ballard se estiró. Se acercó renqueante y con la fina chaqueta puesta hasta la chimenea para calentarse. Todavía nevaba un poco, pero no sabía qué hora era más o menos.

Cuando paró de tiritar de frío cogió el cazo y lo llenó con nieve y lo puso sobre las brasas. Mientras se calentaba encontró el hacha y cortó dos palos con los que colgar la manta para que ésta se secase.

Estaba sentado sobre maleza amontonada que había puesto junto a la chimenea cuando amaneció por completo y bebía a sorbos café de una taza grande de porcelana que sostenía con ambas manos. Con la llegada de esta luz triste y grisácea sacudió la taza para quitarle las últimas gotas que quedaban y bajó de su posición privilegiada y comenzó a remover las cenizas con un palo. Se pasó la mayor parte de la mañana rebuscando entre los restos hasta que se manchó de negro por culpa de las cenizas las rodillas, las manos y la cara, sobre todo si se había rascado o si había estado reflexionando. No encontró más que un hueso. Era como si la chica nunca hubiera existido. Al final lo dejó. Quitó la nieve que había sobre lo que le quedaba de comida, se hizo dos bocadillos de salchicha ahumada y se puso en cuclillas en un lugar caliente entre las cenizas mientras se los comía, ensuciando de negro el pan blanquecino con los dedos; los ojos negros, inmensos y vacíos.

Con la manta llena de comida y echada al hombro se parecía a un gnomo loco, invernal, que se encaramaba por el bosque cubierto de nieve en la ladera de la montaña. Llegó, pero entre caídas, resbalones y palabrotas. Tardó una hora en llegar a la cueva. La segunda vez que volvió llevaba el hacha y el rifle y un cubo lleno de brasas al rojo vivo del fuego de la casa.

La entrada de la cueva no era más que un camino por el que había que ir a rastras y Ballard se había manchado por delante de barro rojo de tanto entrar y salir. Era una cueva muy amplia con un agujero de luz que ascendía inclinado desde el suelo de arcilla rojiza hasta una abertura del techo como si fuera el tronco de un árbol. Ballard encendió un fuego con carbón a partir de briznas de paja, montó la lámpara, la encendió y pateó los restos que quedaban de un fuego viejo en el centro de la cueva bajo la abertura del techo. Trajo arrastrando trozos de madera noble procedentes de la corteza de árboles muertos de la montaña y muy pronto tuvo una buena lumbre. Cuando bajaba de nuevo de la montaña para recoger el colchón, una gruesa columna de humo blanco salía del agujero que había en la tierra tras él.

El tiempo no cambió. Ballard se fue a vagar por la montaña atravesando la nieve hasta que llegó a su antiguo hogar y se quedó mirando la casa. La casa tiene un nuevo inquilino. Se acercó por la noche, se ocultó en el banco y lo observó a través de la ventana de la cocina. También lo observó desde la parte más alta de la cabaña donde está el pozo y desde donde pudo divisar la habitación delantera, en la que Greer estaba sentado junto a la estufa misma de Ballard con los pies levantados. Greer llevaba gafas y leía algo parecido a catálogos de semillas. Ballard se apoyó el rifle sobre el pecho prediciendo lo que pasaría. Rozó con el dedo la curvatura del gatillo.

¡Pum!, exclamó.

Ballard se sacudió la nieve de los zapatos, dejó el rifle descansando contra uno de los lados de la casa y llamó a la puerta. Echó una ojeada. Un manto de nieve envolvía el sofá y una fina capa de hollín y huellas de gato cubrían la nieve. Detrás de la casa todavía quedaban en pie los restos de varios coches y desde la luna trasera de uno de ellos le observaba un pavo.

La puerta se abrió de golpe y el dueño del vertedero apareció allí mismo en mangas de camisa y en tirantes.

Entra, Lester, le dijo.

Ballard entró, abarcando todo con la mirada y mostrando en el rostro una sonrisa exagerada. Pero no se veía a nadie. Había una joven sentada en un asiento de coche sujetando en brazos a un bebé cuando Ballard entró. Ella se levantó y se fue a la otra habitación.

Acércate aquí para calentarte, si no quieres morirte de frío, le dijo el dueño del vertedero, señalando la estufa.

¿Dónde está todo el mundo?, preguntó Ballard.

Ya te cuento. Comentó el basurero. Pues resulta que se han largado todas de aquí.

¿Es ella la única que queda de las chicas?

¡Qué va! Ha venido a ver a su hermana y a los chicos. Siempre se ha quedado una de las chicas ahorrando algo de dinero. Todavía tenemos dos bebés con nosotros.

¿Y cómo se largaron así, de repente?

No lo sé, contestó el dueño del vertedero. A los jóvenes de hoy en día no se les puede decir nada. Menos mal que tú no te has casado, Lester. Es una pena y un dolor muy grande y encima te lo agradecen así. Tan sólo consigues crear enemigos en tu propia casa que te maldicen.

Ballard se puso de espaldas a la estufa.

Bueno, a mí por lo menos no me pasará, replicó.

Eso es porque eres inteligente, le respondió el dueño del vertedero.

Ballard dijo que sí en silencio mientras asentía con la cabeza.

Me he enterado de que se te ha quemado la cabaña que tenías, le soltó el dueño del vertedero.

No quedó nada. Tenías que haber visto el fuego que hubo.

¿Cómo ocurrió?

No lo sé. Empezó en el desván. Creo que fueron unas chispas de la chimenea.

¿Estabas dormido?, preguntó con interés el dueño del vertedero.

Sí. Salí de allí como pude.

¿Qué dijo Waldrop?

No lo sé. No le he visto. Tampoco lo he buscado.

Menos mal que no te pasó como al viejo Parton, que se quemó mientras dormía en la cama.

Ballard se dio la vuelta para calentarse las manos en la estufa.

¿Pero encontraron algo de él?

Cuando llegó al centro del valle se tumbó para descansar, mientras observaba tras de sí el momento. Las huellas que había seguido tenían agua dentro y subían la montaña, aunque no volvían a bajar. Las perdió más tarde y encontró varias diferentes y se pasó la mañana por el bosque acechando como cualquier cazador, pero cuando estuvo de vuelta en la cueva justo antes de que anocheciera, sintió los pies entumecidos dentro de los zapatos agujereados, no había encontrado nada de whisky y no había visto a Kirby.

A la mañana siguiente se fue a casa de Greer. Había empezado a llover, era una fría lluvia invernal que Ballard maldecía. Agachó la cabeza y se guardó el rifle bajo el brazo y dio un paso hacia un lado para pasar, pero el otro no hizo lo mismo.

Hola.

Hola, contestó Ballard.

Tú eres Ballard, ¿verdad?

Ballard siguió sin levantar la cabeza. Estaba mirando los zapatos del hombre sobre las hojas empapadas de la descuidada carretera que va al maderero.

No, yo no soy ese tal Ballard, y continuó andando.

Te juro que me cogieron, Lester, aseguró Kirby.

¿Te cogieron?, le preguntó Ballard.

Éste es mi tercer año de libertad condicional.

Ballard se quedó mirando la pequeña habitación, el suelo de linóleo y los muebles baratos.

¡Que les den por el culo!, gritó.

¿No es una putada? Nunca pensé que enviarían negros.

¿Negros?

Sí. Envían negros. Fue a ellos a quienes se lo vendí. Les vendí tres veces. Uno de ellos se sentó ahí en esa silla y se bebió medio litro. Se lo bebió, se levantó, se fue andando hasta el coche y se subió. No sé cómo lo hizo. Puede que condujera sin parar. Cogieron a todo el mundo. Hasta detuvieron a la señora Bright allí arriba en el condado de Cocke y eso que ha estado vendiendo whisky desde antes de que yo naciera.

Ballard se inclinó y escupió a una lata que había en el suelo.

¡A la mierda!, exclamó.

Jamás se me ocurrió pensar que enviarían negros, repitió Kirby.

Ballard estaba delante de la puerta. No había ningún coche en el camino. Un trapezoide de luz amarillo pálido se reflejaba en el barro bajo la ventana. Dentro, el niño retrasado gateaba por el suelo y la chica estaba acurrucada en el sofá. Levantó la mano y llamó a la puerta.

Cuando se abrió la puerta, Ballard estaba allí de pie con la sonrisa enfermiza ya en el rostro, los labios secos y apretados.

Hola, saludó Ballard.

No está en casa, le dijo la chica.

Permaneció de pie en el umbral de la puerta, los brazos en jarra, y se dirigió a Ballard con indiferencia.

¿A qué hora volverá?

No lo sé. Se ha ido con mamá a la iglesia. No volverán hasta las diez y media o las once.

Bien.

La chica no dijo nada.

Hace frío, ¿eh?

Eso es porque estamos aquí fuera con la puerta abierta.

Entonces, ¿no me vas a dejar entrar un ratito?

Se lo pensó antes de cerrar de nuevo la puerta. Se leía en sus ojos. Pero al final, para su desgracia, le dejó entrar.

Ballard entró arrastrando los pies y dando palmas.

¿Cómo está ese grandullón?, preguntó Ballard sonriendo.

Más loco que nunca, contestó la chica, que iba derecha hacia el sofá y hacia la revista.

Ballard se inclinó ante aquel sucio y baboso cretino y le despeinó la cabeza casi calva que tenía.

Pero si este chico es muy sensato, ¿a que sí?

Suéltalo ya, dijo la chica.

Ballard la miró. Llevaba unos pantalones rosa de algodón barato y estaba sentada en el sofá con las piernas cruzadas y con una almohada en su regazo. Se levantó, se fue hasta la estufa y se puso de espaldas a ella. Una alambrada rodeaba la estufa a la altura de la cintura. Los postes estaban clavados al suelo y la alambrada también lo estaba.

Me apuesto lo que quieras a que este renacuajo podría tirar todo esto al suelo, si quisiera, le insinuó Ballard.

Entonces le daría una buena paliza, respondió la chica.

Ballard no dejaba de observarla. Entrecerró los ojos con astucia y sonrió.

Es tuyo, ¿no es cierto?, preguntó Ballard.

La cara de la chica se sonrojó.

¡Eres un loco de mierda!

Ballard le lanzó una mirada lasciva. Sus pantalones oscuros echaban humo.

A mí no me engañas.

Eres un mentiroso, se quejó la chica.

Eso quisieras.

Será mejor que te largues.

Ballard se dio la vuelta para calentarse por delante. Un coche pasó por la carretera. Ambos giraron la cabeza para seguir las luces mientras pasaba. Ella se echó para atrás, lo miró y le hizo una mueca arrugando la cara para hacerle la burla. El niño estaba sentado en el suelo soltando babas y seguía sin moverse.

No habrá sido el viejo ése de Thomas, ¿verdad?, le preguntó con malicia Ballard.

La chica lo miró fijamente. Se ruborizó y los ojos se enrojecieron.

No te habrás ido detrás de los arbustos con ese viejo loco, ¿verdad?

Será mejor que cierres la boca de una vez, Lester Ballard. Si no, se lo contaré a papá.

Yo se lo contaré a papá, lloriqueó Ballard burlándose.

Espera y verás cómo se lo cuento.

Tranquila, sólo te estaba tomando el pelo un poco.

¿Por qué no sigues?

Supongo que eres demasiado joven para saber cuándo un hombre te está tomando el pelo.

Pero si tú ni siquiera eres un hombre. Estás mal de la cabeza.

Puede que esté mucho peor de la cabeza de lo que tú te crees. ¿Cómo puedes llevar pantalones cortos y bombachos?

Y a ti, ¿qué te importa?

Ballard tenía la boca seca.

Es que tú no puedes ver nada, le contestó Ballard.

Ella lo miró sin comprender a qué se refería, luego se sulfuró.

Yo sí que no te voy a dejar que veas nada.

Ballard dio unos cuantos pasos renqueante hacia el sofá y luego se detuvo a medio camino.

¿Por qué no me enseñas tus bonitas tetas?, le preguntó toscamente.

Ella se puso de pie y le señaló la puerta.

¡Sal de aquí ahora mismo!, vociferó furiosa.

Venga... No te pediré nada más.

Lester Ballard, cuando papá vuelva a casa te va a matar. Así que lárgate de aquí ahora mismo y lo digo muy en serio.

Dio una patada en el suelo muy cabreada. Ballard la miró.

Está bien, le respondió Ballard, si es eso lo que quieres.

Fue hasta la puerta, la abrió, salió y la cerró tras él. La oyó echar el pasador. Era una noche clara y fría y la luna estaba sentada en una especie de anillo inmenso en el cielo. El aliento de Ballard se levantaba en forma de nubes blancas hacia el oscuro cielo. Se volvió y miró hacia la casa. Ella lo estaba observando desde la esquina de la

ventana. Siguió caminando por el accidentado camino hasta la carretera, cruzó la cuneta, caminó por el borde del terreno y volvió a cruzar para ir a la casa otra vez. Cogió el rifle del lugar donde lo había dejado descansando, un manzano silvestre, anduvo junto a un lateral de la casa, pasó al lado de un muro de cemento bajo y caminó junto al mismo, por las cuerdas de tender la ropa y por el montón de carbón hasta donde pudiera ver la ventana. Podía ver su cabeza por encima del sofá. La observó durante un rato, después levantó el rifle, lo amartilló y apuntó con la mirilla a su cabeza. Había acabado de hacer esto cuando ella se levantó del sofá y se puso de frente hacia la ventana. Ballard apretó el gatillo.

El disparo se pudo oír con total claridad en el frío silencio. A través del cristal resquebrajado la vio caerse y levantarse otra vez. Introdujo otro cartucho en la recámara, levantó el rifle y entonces ella se cayó. Ballard se agachó y escarbó en el frío barro buscando el cartucho vacío, pero no lo encontró. Se fue corriendo hasta la parte delantera de la casa, subió los carcomidos escalones y empujó la puerta.

¡Serás sordo de mierda! ¡Si la oíste cerrar la puerta con el pasador!

Dio un salto desde la puerta, se fue corriendo hasta la parte trasera de la casa y se metió en un porche bajo aunque protegido; empujó la puerta de la cocina, la cruzó y se metió en la habitación que daba a la parte delantera de la casa. La chica yacía en el suelo, pero no estaba muerta. Todavía se movía. Parecía como si intentase ponerse de pie. Un fino riachuelo de sangre cruzaba la alfombrilla de linóleo y se filtraba oscureciéndose en el suelo de madera. Ballard sujetó el rifle y la observó.

¡Muérete de una puñetera vez!

Y lo hizo. Cuando la chica cesó de moverse, estuvo un rato recogiendo y rasgando periódicos y revistas. El niño retrasado observaba en silencio. Ballard arrancó de un tirón el alambre que rodeaba la estufa y la tiró con el pie. El tubo se estrelló contra el suelo formando una nube de carbón. Abrió la puertecilla de la estufa de golpe y salieron rodando brasas al rojo vivo. Comenzó a amontonar papeles. Ballard levantó a la chica. Estaba cubierta de sangre por todos sitios. Se la cargó al hombro y miró a su alrededor. El rifle. Estaba apoyado contra el sofá. Lo cogió y miró a su alrededor con una furia desenfrenada. El techo de la habitación estaba repleto de hileras hirvientes de humo y pequeños focos de fuego devoraban el suelo de madera desnudo y se iban acercando al linóleo. Antes de atravesar la puerta de la cocina, aún pudo ver al niño retrasado entre la humareda. Estaba sentado en el suelo observándolo, con los ojos negros como el tizón, mugriento y templado entre las espectaculares llamas.

Ballard caminaba por la carretera cerca de la cumbre de la montaña cuando el sheriff detuvo el coche detrás de él. El sheriff le dijo que depositara el rifle en el suelo, pero Ballard ni se inmutó. Ballard estaba a un lado de la carretera mirando al frente, con el rifle en una mano y ni siquiera se volvió para ver quién le hablaba. El sheriff sacó el revólver por la ventanilla del coche y lo amartilló. Se pudo oír de forma muy clara en medio del frío el chasquido del percutor y el roce de la mano al pasar por la muesca del tambor.

Chico, será mejor que lo tires al suelo, le advirtió el sheriff.

Ballard apoyó la culata del rifle en la carretera y lo soltó. Cayó entre los arbustos que había en uno de los lados de la carretera.

Date la vuelta.

Ven hasta aquí.

No te muevas.

Entonces, venga hasta aquí.

Levanta las manos.

Si deja mi rifle ahí, me lo van a quitar.

Ya me encargaré yo de tu puto rifle.

El hombre que había detrás del escritorio se había juntado de manos como si fuera a rezar. Miró a Ballard a través de las yemas de los dedos.

Bueno, si no hizo algo malo, ¿qué estaba haciendo entre los arbustos para que no lo encontrara nadie?, le preguntó a Ballard.

Ya sé lo que te hacen, refunfuñó Ballard entre dientes, te meten en la cárcel y te sacuden el polvo.

¿Han maltratado alguna vez aquí a este hombre, sheriff?

Pregúntele a él.

Me han contado que insultó a Walker.

¿Lo hizo?

¿Qué miras ahí?

Simplemente estaba mirando.

Pues Walker no le va a explicar lo que debe decir.

Puede que me explique lo que no tengo que decir.

¿Es verdad que le pegó fuego a la casa de Waldrop?

No.

Vivía en esa casa cuando se quemó.

Eso... Yo no lo hice. Yo me largué de allí mucho antes de que eso ocurriera.

La habitación permanecía en silencio. Transcurrido un rato, el hombre que había detrás del escritorio bajó las manos y las cruzó sobre su regazo.

Señor Ballard, va a tener que buscarse otra forma de vivir u otro lugar en el mundo en el que cobijarse.

Ballard entró en la tienda y cerró de golpe la puerta de barrotes de hierro tras él. La tienda estaba prácticamente vacía a no ser por el señor Fox que saludó con la cabeza a su cliente, pequeño y con aire presuroso. El cliente no le devolvió el saludo. Caminó junto a los estantes al tiempo que cogía y elegía los productos; las latas estaban todas muy bien dispuestas con las etiquetas a la vista y Ballard hacía agujeros en las ordenadas hileras de productos y los amontonaba en el mostrador delante del dueño de la tienda. Al final fue a parar enfrente del mostrador de la carne. El señor Fox se levantó y se atavió un delantal blanco manchado con viejas motas de sangre blanqueadas con lejía y se lo ató a la espalda, se acercó hasta el mostrador de la carne y encendió una luz que iluminó tiras de salchichas ahumadas, bolas de queso, una bandeja de pequeños taquitos de carne de cerdo entre salchichas y también carne empanada.

Ponme un cuarto de esa salchicha ahumada que tienes ahí.

El señor Fox la alcanzó, la puso sobre el bloque para trocear la carne, sacó un cuchillo y empezó a cortar lonchas muy finas. Las iba poniendo una por una en un papel especial. Cuando acabó, dejó el cuchillo en su sitio y colocó el papel en la balanza. Él y Ballard observaron con atención cómo se balanceaba la aguja.

¿Qué más?, preguntó el dueño de la tienda mientras ataba el paquete de la carne con un cordel.

Ponme un poco de ese queso de ahí.

Compró un paquete de cigarrillos y permaneció allí de pie mientras hacía círculos con el humo y señalaba con la cabeza los comestibles.

Saca la cuenta, le sugirió Ballard.

El dueño de la tienda sumó la compra en su libreta. Separaba los productos de un lado a otro del mostrador mientras iba sumando. Se incorporó y se subió las gafas con el pulgar.

Son cinco dólares y diez centavos.

Apúntamelo, replicó Ballard.

Ballard, ¿cuándo me vas a pagar de una vez?

Bueno, en realidad te puedo pagar una parte hoy.

¿Cuánto tienes?

Pues... digamos que tres dólares.

El señor Fox sacaba cuentas en su libreta.

¿Cuánto te debo en total?, se interesó Ballard.

Treinta y cuatro dólares y diecinueve centavos.

¿Incluido lo de hoy?

Incluido lo de hoy.

Bueno, entonces déjame que te dé cuatro dólares y diecinueve centavos y así se queda el total en casi treinta.

El dueño de la tienda miró a Ballard.

Ballard, ¿cuántos años tienes?

Veintisiete años, por si te interesa.

Veintisiete años. ¿Y en veintisiete sólo has conseguido reunir cuatro dólares y diecinueve centavos?

El señor Fox seguía sacando cuentas en su libreta. Ballard esperó.

¿Qué estás haciendo?, le preguntó Ballard con recelo.

Un momento, respondió el señor Fox.

Después levantó la libreta y la miró entrecerrando los ojos.

Bueno, según mis cuentas, a este ritmo te va a costar ciento noventa y cuatro años pagarme los treinta dólares que me debes. Ballard, ahora tengo sesenta y siete años.

Eso es una locura.

Eso teniendo en cuenta que no te dé por comprar algo más.

Eso sí que es una gilipollez.

Bueno, en realidad puede que me haya equivocado al hacer las cuentas. ¿Quieres echarles un vistazo?

Ballard rechazó la libreta que el dueño de la tienda le ofrecía.

No, no quiero echarles un vistazo, respondió Ballard.

Entonces, lo que voy a hacer es minimizar las pérdidas. Así que, si tienes cuatro dólares y diecinueve centavos, ¿por qué no compras comestibles por valor de cuatro dólares y diecinueve centavos?

Ballard arrugó la cara nervioso.

¿Qué vas a devolver?, le preguntó el señor Fox.

No voy a devolver una puta mierda, contestó Ballard mientras sacaba el billete de cinco dólares y tiraba la moneda de diez centavos.

Ballard cruzó la montaña hasta el condado de Blount un domingo por la mañana a primeros de febrero. Había un manantial en la ladera de la montaña que emergía de la piedra sólida. De rodillas en la nieve entre las huellas de pájaros y de ratones, Ballard acercó la cara al agua verde, bebió y estudió su curtido semblante en la charca. Aproximó la mano hacia el agua como si quisiera tocar la cara que estaba observando y se levantó, se secó la boca con la mano y siguió andando por el bosque.

Era un bosque viejo y de vegetación abundante. Hubo una época en el mundo en la que los bosques no pertenecían a nadie y todos formaban parte de ellos. En la ladera de la montaña pasó junto a un álamo que había sido derribado por el viento como si de un tulipán se tratara y que sostenía con fuerza en lo alto de las raíces dos piedras del tamaño de dos carros; lápidas enormes sobre las que sólo había escrito un cuento de mares desaparecidos, conchas de camafeo y peces grabados en cal. Ballard vagaba entre los troncos de árboles góticos y se le podía ver muy fácilmente por la ropa de talla gigante que llevaba puesta, vadeaba montones de nieve que le llegaban a la altura de la rodilla, al tiempo que se dirigía hacia la cara sur de un acantilado de piedra caliza bajo el que los pájaros arañaban con las uñas cuando se detenían a observar.

No había rastro de huella alguna en la carretera cuando Ballard llegó a la misma. Ballard bajó hasta allí y continuó caminando. Era casi mediodía y el sol producía un reflejo cegador en la nieve y la nieve brillaba como si fuera un cristal miríado e incandescente. Un velo de nieve envolvía la carretera y ésta se disipó ante él, que casi se había perdido entre los árboles; un riachuelo fluía a un lado de la carretera, oscuro entre bloques de hielo; bajo las raíces de los árboles se formaban pequeñas cavernas de las que colgaban colmillos de cristal donde el agua se filtraba de forma invisible. Entre la maleza helada que había a ambos lados de la carretera se podía ver cómo se enroscaban hileras de escarcha, que desbordaban todo lo imaginable. Ballard cogió un trozo y se lo comió mientras andaba con el rifle echado al hombro; la nieve se había pegado con fuerza a sus inmensos pies a pesar de que se los había envuelto con un par de bolsas.

A medida que se iba acercando a la casa y en medio de un gran silencio pudo ver cómo una densa columna de humo ascendía en espiral desde una chimenea. Había huellas de coche en la carretera que no habían sido cubiertas por la nieve durante la noche. Ballard continuó bajando la montaña, pasó junto a más casas y junto a las ruinas de una curtiduría, hasta que llegó a una carretera por la que algún vehículo acababa de pasar; las huellas de ruedas con cadenas describían curvas en el manto blanco que cubría el suelo del bosque y un río verde jade describía curvas en dirección a las montañas del sur.

Cuando llegó a la tienda, se sentó en una caja que había en el porche y con la navaja cortó el cordel que le rodeaba las piernas y los pies, se quitó las bolsas, las agitó, las colocó encima de la caja junto con los trozos de cordel y se puso de pie. Llevaba puestos unos zapatos que le estaban más grandes de lo normal. Había dejado

el rifle bajo el puente al cruzarlo. Golpeó el suelo con los pies, abrió la puerta y entró.

Había un grupo de hombres apiñados junto a la estufa que dejaron de hablar cuando le vieron aparecer. Ballard se fue hacia la parte de atrás de la estufa mientras saludaba ligeramente con la cabeza a los inquilinos de la tienda. Acercó las manos al calor que desprendía la estufa y miró con indiferencia a su alrededor.

Tenéis frío, ¿eh?, soltó Ballard.

Nadie contestó si hacía frío o no. Ballard tosió, se frotó las manos y se dirigió al estante donde estaba la bebida, cogió un refresco de naranja, lo abrió, cogió un trozo de pastel y pagó en el mostrador. El dueño de la tienda metió la moneda de diez centavos en la caja registradora y la cerró. Éste le comentó a Ballard:

No hay paisaje nevado tan bonito en el mundo entero, ¿verdad?

Ballard le dijo que sí, apoyándose en el mostrador mientras se comía el trozo de pastel y daba pequeños sorbos a la bebida. Transcurrido un rato, se inclinó hacia el dueño de la tienda.

¿No querrá un reloj, verdad?

¿Cómo?, preguntó extrañado el dueño de la tienda.

Que si quiere un reloj.

El dueño de la tienda miró a Ballard sin comprenderle.

¿Un reloj? ¿Qué clase de reloj?

Tengo de varias clases. Mire.

Ballard dejó la bebida y el trozo de pastel medio mordisqueado sobre el mostrador y se introdujo las manos en los bolsillos. Sacó tres relojes de muñeca y se los enseñó. El dueño de la tienda les dio un par de golpecitos con el dedo.

No me hace falta ningún reloj. Tengo unos cuantos en aquel estante de más allá que llevan allí un año.

Ballard miró hacia donde estaba señalando. Se refería a unos pocos relojes envueltos en paquetes de celofán llenos de polvo que estaban entre los calcetines y redecillas para la cabeza.

¿Cuánto pides por los tuyos?

Ocho dólares.

Ballard echó un vistazo con ciertas reservas a los relojes del comerciante.

Ya veo, masculló Ballard.

Se terminó el trozo de pastel, recogió sus relojes por las correas, cogió la bebida y cruzó de nuevo la tienda hacia la estufa. Enseñó los relojes mientras se los ofrecía con aire vacilante al hombre más cercano a él.

¿No os hará falta ningún reloj de pulsera, verdad?

El hombre observó con atención los relojes y después desvió la mirada.

Acércate y déjame echarles un vistazo, amigo, le dijo un gordo que había en la estufa.

Ballard dejó que cogieran los relojes.

¿Cuánto pides?

Creo que unos cinco dólares.

¿Cómo? ¿Por los tres?

Ni hablar. Cinco dólares por cada uno.

Y una mierda.

Déjame ver ése, Orvis.

Espera un momento. Le estoy echando una ojeada.

Veamos.

Ése de ahí es un buen reloj.

A ver, déjame verlo. ¿Cuánto pides por éste?

Cinco dólares.

Te doy dos y no te preguntaré de dónde lo has sacado.

No puedo.

Déjame ver ese otro, Fred. ¿Qué les pasa?

No les pasa nada, joder. ¿Es que no ves que funcionan?

Te doy tres por aquel de ahí que parece de oro.

Ballard los miró de uno en uno a todos.

Cuatro dólares por cada uno. Es mi última oferta.

Ballard hizo las cuentas en el aire durante un momento.

Doce dólares.

Joder, entonces no hay trato. ¿Es que no haces descuento por venderlos todos de golpe?

¿No tienes más relojes?

No, sólo tengo estos tres.

Venga, devolvedle los relojes.

¿Es que no te vas a meter en el negocio de los relojes de hoy en día, Orvis?

Mi mayorista no puede venir ahora.

¿Cuánto me das por los tres?

Te doy ocho dólares por los tres.

Ballard miró al grupo de hombres que tenía a su alrededor. Lo estaban mirando atentos para ver qué precios tendrían unos relojes usados un domingo por la mañana. Sopesó los relojes en la mano durante un rato y después se los entregó.

Son tuyos.

El comprador de los relojes se levantó, le entregó el dinero y cogió los relojes.

Te lo vendo por tres dólares, le insinuó al hombre que tenía a su lado.

Vale, pero déjame verlo.

¿Alguien más me compra un reloj por tres dólares?, levantó el reloj que le quedaba.

El otro hombre que había estado echando un vistazo a los relojes estiró la pierna en el suelo y se metió la mano en el bolsillo.

Me lo voy a quedar.

¿Cuánto pides por ése que tienes ahí, Orvis?

Creo que unos cinco.  
Y una mierda. Si sólo vale dos.  
Éste sí que es un buen reloj.

Cuando Ballard llegó al río, le echó una ojeada al campo blanco y vacío, después bajó por la carretera y pasó por debajo del puente. Había huellas río arriba que no eran suyas. Ballard subió agarrándose con fuerza por el montante y llegó hasta la viga de arriba donde había dejado el rifle. Allí se movió desaforado como un loco, buscó con la mano en el cemento mientras tenía un ojo puesto en el río; las huellas todavía estaban allí y le indicaban que se arrastraba ya al final de la vida. Entonces acercó la mano a la culata del rifle. Logró asirlo mientras soltaba palabrotas y el corazón le latía muy fuerte.

Lo intentarías, ¿verdad?, gimió mientras dirigía la mirada a las huellas que había en la nieve. Su voz resonó a través de los arcos del puente y volvió ahogada y extraña; Ballard pudo oír su eco, luego subió la ribera del río y se puso a caminar dejando atrás la carretera.

Ya era de noche cuando llegó a la cueva. Se metió a rastras, encendió una cerilla, alcanzó la lámpara, la encendió y la puso junto al círculo de piedras que delimitaba el hoyo del fuego. Los muros más próximos de la caverna se componían de noche continua, de pliegues de piedra pálida y de una falla que había en la bóveda del techo y que estaba formada por una hilera de dientes de piedra caliza que goteaba agua. Las estrellas lejanas e infinitas de la Pléyade ardían frías y absolutas a través del agujero negro que había en todo lo alto. Ballard le dio una patada al fuego y logró sacar unos cuantos trozos de carbón apagado del tamaño de una cereza de entre las cenizas y los huesos. Cogió un poco de hierba seca y de ramitas, encendió el fuego, volvió a salir fuera con el cazo, lo trajo lleno de nieve y lo colocó en el fuego. El colchón estaba sobre un montón de broza con los animales disecados encima y las pocas cosas que le quedaban yacían esparcidas al azar por la gruta.

Una vez hubo encendido el fuego, cogió la linterna, cruzó aquel lugar y desapareció por un pasadizo estrecho. Ballard se abrió paso a través de pasadizos de piedra húmeda que descendían al interior de la montaña hasta otra parte de la cueva. Aquí, enfocó con la linterna un levantamiento de columnas de piedra caliza y una especie de urnas inmensas de piedra, húmedas y deformes. Un riachuelo subterráneo manaba del suelo de la caverna. Brotaba negruzco de una cuenca de calcita y discurría por un acueducto estrecho, allí donde la caverna se iba haciendo más pequeña hasta terminar en un agujero negro. La linterna de Ballard proyectaba una luz fija desde la superficie de la charca inerte, como si se tratara de una fuerza extraña procedente del subsuelo. Goteaba agua por todos sitios salpicando los rincones de aquel lugar y a la luz de la linterna las paredes parecían enceradas o lacadas.

Cruzó aquel sitio y siguió el chorro a través del desfiladero por el que fluía; el agua se adentraba a toda prisa en la oscuridad que había ante él y descendía de charca en charca por cuencas de piedra nacidas de la nada; mientras tanto, Ballard se movía con agilidad entre las rocas y recorría un saliente, sin mojarse los pies, evitando el curso del agua en determinados puntos; la linterna le mostraba en el suelo pétreo y pálido cangrejos de río blancos que igual iban para atrás que se daban la vuelta.

Siguió el curso del agua hacia abajo durante un kilómetro y medio más o menos, recorriendo todos sus recodos y atravesando encogimientos que le atraparon de costado intentando avanzar como si fuera un esgrimidor y cruzó una especie de túnel donde la barriga le rozaba; podía oler el agua tras él en el abrevadero rico en minerales y pasó junto a unas boñigas llenas de cal de vete tú a saber qué animal hasta que subió por una chimenea que le llevó a un pasadizo que había encima del riachuelo y se metió en una caverna alta y con forma de campana. Las paredes eran un tanto enrevesadas, estaban embadurnadas de barro húmedo color sangre y tenían un aspecto orgánico como si fueran las vísceras de alguna bestia gigante. Aquí, en las entrañas de la montaña, Ballard enfocó con la linterna salientes y camastros de piedra sobre los que yacían personas muertas a modo de santos.

Fue un invierno terriblemente frío. Antes de que se acabara, pensó que llegaría a parecerse a uno de esos abetos implacables que crecen inclinados por el azote del viento en lomas de pizarra y liquen. No le extrañó tal levantamiento mientras subía la montaña a través del ocaso invernal azul entre las enormes rocas y los restos inmensos de árboles caídos en el bosque. Desorden, árboles derribados, hacían falta nuevos senderos. De haber sido el responsable, Ballard habría ordenado todo de una forma más metódica en el bosque y en las almas de los hombres.

Volvió a nevar. Nevó durante cuatro días y cuando Ballard bajó de nuevo de la montaña, le llevó la mayor parte de la mañana cruzar hasta la cresta que hay encima de la casa de Greer. Allí logró escuchar el sonido de un hacha al cortar, enmudecido por la distancia y la nieve que caía. No veía nada. Mullidos copos de nieve azotaban y tornaban gris el cielo. Caían sin hacer el menor ruido. Ballard cogió el rifle con una mano y se dirigió pendiente abajo hasta la casa.

Pasó agachado detrás del granero por si oía a Greer. El lodo y el estiércol helados estaban repletos de profundas huellas. El granero estaba vacío cuando lo atravesó. El pajar estaba lleno de heno. Ballard se quedó de pie en el escalón de la puerta mientras miraba cómo caía la nieve sobre la gris silueta de la casa. Cruzó hasta el gallinero, deshizo el alambre que sujetaba el picaporte y entró. Unas pocas gallinas blancas lo miraron nerviosas desde los cuchitriles que tenían por nido en la lejana pared. Ballard pasó junto a una hilera de posaderos y atravesó una puerta alambrada hasta los comederos. Allí se llenó los bolsillos de maíz pelado y volvió. Contempló las gallinas, chasqueó la lengua e intentó coger una. Se arrojó del nido con un graznido prolongado, batió las alas, dio con el suelo y comenzó a correr. Ballard maldijo. Durante el tumulto, las demás gallinas se seguían de una en una y en parejas. Arremetió y cogió a una por la cola cuando se estaba elevando. Dio un graznido atroz hasta que Ballard logró cogerla por el cuello. Mientras sujetaba al ave rebelde con ambas manos y el rifle entre las rodillas, dio un pequeño salto hasta la polvorienta ventana llena de telarañas y miró hacia fuera. No se movía ni un alma.

Me cago en la puta, le dijo Ballard a la gallina, a Greer o a ambos. Le retorció el cuello y pasó rápidamente por los ponederos recogiendo unos cuantos huevos y metiéndoselos en los bolsillos para luego volver a salir.

Durante la primavera o el buen tiempo, cuando la nieve se deshace en el bosque, las huellas del invierno vuelven a aparecer en esbeltos pedestales y la nieve revela en palimpsesto viejas correrías enterradas, luchas, escenas de muerte. Cuentos de invierno sacados a la luz de nuevo como si el tiempo hubiera vuelto atrás siguiendo sus pasos. Ballard atravesó el bosque pateando sus viejas huellas que cambiaban de dirección sobre la colina hacia la que un día había sido su casa. Viejas idas y venidas. Las huellas de un zorro alzadas a partir de la entalladura de la nieve a modo de pequeñas setas y bayas donde los pájaros habían descargado cagarrutas carmesíes sobre la nieve como si de sangre se tratara.

Cuando alcanzó la vista apoyó el rifle sobre las rocas y observó la casa que había abajo. No salía humo de la chimenea. Ballard se quedó mirando con los brazos cruzados. Un día gris y gélido junto con toda la nieve derritiéndose cesó de brotar y de manar. Ballard vio los primeros copos caer a modo de cenizas sobre el valle.

¿Dónde estás, so cabrón?, gritó.

Dos copos diminutos de nieve se posaron y perecieron sobre los brazos cruzados de su abrigo. Se quedó observando hasta que la silenciosa casa se tornó borrosa debajo de él mientras caía la nieve gris. Poco después volvió a recoger el rifle y cruzó la cresta hacia donde pudiera ver la carretera. Nadie subía o bajaba. La nieve caía ya de tal manera que no era posible ver el valle para nada. Una bandada de pequeños pájaros salió de la nieve y atravesó de nuevo el silencio como si fueran hojas conducidas por el viento. Ballard se agachó sobre los talones con el rifle entre las rodillas. Le dijo a la nieve que cayera más rápido y lo hizo.

Después de que la nieve dejara de caer fue todos los días. Miraba desde su promontorio situado a unos ochocientos metros, veía a Greer salir por leña o ir al establo o al gallinero. Una vez éste estaba dentro de la casa, Ballard vagaba sin rumbo por el bosque hablando consigo mismo. Guardaba planes siniestros. Las huellas de sus botas arrastradas apisonaban las pisadas de la vida menor. Donde los ratones habían pasado o los zorros habían estado cazando durante la noche. El imprimátur, como las palomas, de un búho agazapado.

Durante mucho tiempo había llevado consigo la ropa interior de sus víctimas femeninas, pero ahora también le había cogido gusto a eso de ponerse su vestimenta. Una muñeca gótica con ropa mal puesta, la boca de carmín vagando indiferente y brillante en el paisaje blanco. Unos cuantos tejados teñidos de óxido y volutas de humo apenas visibles allí abajo en el valle.

El corte de barro a franjas que formaba la carretera del valle blanco y más allá pliegue sobre pliegue de montañas con entramados negros de ramas invernales y cedros de color verde apagado.

Sus propias huellas venían de la cueva roja sanguínea y del barro de la misma y cruzaban pálidas la pendiente como si la nieve hubiese cauterizado sus pies hasta que dejaran pisadas blancas secas sobre la nieve. La falsa primavera volvió a aparecer con un viento caliente. La nieve se derretía en pequeños trozos de hielo gris entre las hojas húmedas. Con el advenimiento de este tiempo, los murciélagos comenzaron a inquietarse desde algún lugar profundo en la cueva. Una noche en que se encontraba tumbado en el camastro, Ballard los vio salir de la oscuridad del túnel y ascender a través del agujero que hay en lo alto, revoloteando de un modo salvaje en la ceniza y el humo como si fueran almas que subían del Hades. Cuando se fueron, observó hordas de estrellas frías esparcidas por el agujero del humo y se preguntó de qué material estarían hechas, o de qué estaba hecho él.

# III

Es allí, sheriff, le indicó el ayudante del sheriff.

De acuerdo. Subid allí y dad la vuelta.

Atravesaron la carretera profundamente embarrada dando pequeños coletazos y dejando largos surcos de barro húmedo debajo de las ruedas hasta que llegaron a la curva que había al final de la carretera. Mientras bajaban, se podían ver los surcos por donde habían entrado en la maleza, se podían ver los árboles jóvenes aplastados y las huellas de ruedas que bajaban la ladera de la montaña.

Está allí, dijo el ayudante.

El coche estaba volcado en un profundo barranco unos treinta metros debajo de ellos. El sheriff no lo estaba mirando. Se había dado la vuelta y estaba observando, carretera arriba, el recodo donde se podía girar.

Ojalá hubiéramos estado aquí hace tres días cuando todavía había nieve en el suelo, comentó.

Será mejor que bajemos y le echemos un vistazo.

Se quedaron de pie a un lado del coche, abrieron la puerta y el ayudante se introdujo en el interior. Al rato dijo:

Maldita sea, aquí dentro no hay nada, sheriff.

¿Y en la guantera?

Nada de nada.

Mira debajo de los asientos.

Ya he mirado.

Pues mira otra vez.

Cuando salió del coche, tenía el tapón de una botella. Se la entregó al sheriff.

¿Qué es?

Es lo que es.

El sheriff miró el tapón de la botella.

Abramos el caparazón de la tortuga, manifestó.

En el maletero había una rueda de repuesto, un gato, una llave inglesa, unos trapos y dos botellas vacías. El sheriff estaba de pie con las manos en los bolsillos y se había vuelto para mirar hacia arriba la parte del barranco que daba a la carretera.

Si quisieras llegar desde aquí a la carretera, ¿qué camino cogerías?, ¿cómo subirías?

El ayudante señaló algo.

Subiría por aquel barranco, le respondió.

Yo también, replicó el sheriff.

¿Dónde crees que fue?

No lo sé.

¿Cuánto tiempo dice su anciana mujer que lleva desaparecido?

Desde el domingo por la noche.

¿Están seguros de que la chica estaba con él?

Eso es lo que dicen. Eran novios.

Puede que se metieran en el bosque o algo parecido.

En el coche no estaban, dijo el sheriff.

¿No estaban?

Pues no.

¿Y cómo llegó hasta aquí?

Creo que alguien lo empujó hasta aquí.

Bueno, puede que se escaparan los dos juntos. Será mejor que investigues cuánto dinero debía por el coche. Eso podría ser lo que...

Ya lo he hecho. No debía nada.

El ayudante empujó suavemente varias piedras con la punta de la bota. Al rato, levantó la vista.

Bueno, ¿dónde crees que habrán ido?, preguntó.

Creo que habrán ido donde haya dicho la chica, que se suponía que tenía que estar con el chico que encontramos aquí arriba.

Se suponía que tenía que estar saliendo con el chico de Blalock con el que hablamos.

Así es. Lo que pasa es que algunos de estos jóvenes se mantienen bastante activos. Subamos por aquí.

Subieron la carretera a pie hasta el sitio en cuestión. En el otro lado descubrieron a lo lejos huellas de zapatos en el barro a lo largo del borde de la carretera. Pasada la rotonda descubrieron más. El sheriff les hizo un gesto con la cabeza.

¿Qué te parece, sheriff?, preguntó el ayudante.

Pues nada. Puede que alguien se detuviera para echar una meada.

Se quedó echando un vistazo carretera abajo.

¿Tú crees que si tuvieras que empujar el coche hasta aquí llegaría hasta donde aparcamos allí abajo sin salirse de la carretera?, le preguntó.

El ayudante se quedó un momento mirando con él.

Bueno, contestó, es posible. Podría ser.

Yo pienso lo mismo, dijo el sheriff.

Los zapatos nuevos de Ballard se hundían en el barro mientras se acercaba a la camioneta. Llevaba el rifle debajo del brazo y la linterna en la mano. Cuando llegó a la camioneta abrió la puerta, encendió la linterna y atrapó con el haz de luz amarillo las caras blancas de un chico y una chica abrazados. La chica fue la primera en hablar. Dijo:

Tiene un arma.

Ballard tenía la cabeza entumecida. Parecía como si los tres se hubieran reunido allí por alguna otra razón aparte de la suya.

Dejadme ver vuestro permiso de conducir.

Tú no eres ningún policía, dijo el chico.

Yo seré quien decida eso, le replicó Ballard. ¿Qué estáis haciendo aquí?

Simplemente nos metimos aquí, respondió la chica.

Llevaba un ramito de helechos con dos rosas de crepé burdeos en el hombro.

Estabais a punto de follar, ¿no?

Miró sus caras.

Cuidado con lo que dices, replicó el chico.

¿Me vas a pegar?

Deja la escopeta en el suelo y verás.

Si tienes miedo, salta, dijo Ballard.

El chico alcanzó el salpicadero, giró la llave e intentó arrancar el motor.

Para, le ordenó Ballard.

El motor no arrancaba. El chico había levantado la mano como si quisiera darle un golpe al cañón del rifle cuando Ballard le disparó en el cuello. Cayó de lado en el regazo de la chica. Cruzó las manos y las puso debajo de la barbilla.

¡Oh, no!, exclamó.

Ballard introdujo otro cartucho en la recámara.

Se lo dije a ese imbécil. ¿Se lo dije o no? No entiendo por qué la gente no quiere escuchar.

La chica observó al chico y luego levantó la mirada hacia Ballard. Mantenía las manos en el aire como si no supiera dónde ponerlas. Le preguntó:

¿Por qué has tenido que hacer una cosa así?

Fue culpa suya, contestó Ballard. Se lo advertí a ese idiota.

¡Oh, dios mío!, exclamó la chica.

Será mejor que salgas de aquí.

¿Qué?

Fuera. Sal de aquí.

¿Qué vas a hacer?

Eso sólo lo sé yo y tú tendrás que averiguarlo.

La chica se quitó al chico de encima, se deslizó por el asiento y salió al barro de la carretera.

¡Date la vuelta, le dijo Ballard.

¿Qué vas a hacer?

Nada. Date la vuelta.

Tengo que ir al baño, respondió la chica.

No tienes que preocuparte por eso, le explicó Ballard.

Dándole la vuelta por el hombro, apoyó la boca del rifle en la base del cráneo y disparó.

Cayó como si los huesos de su cuerpo se hubiesen licuado. Ballard intentó cogerla, pero se desplomó en el barro. Logró asirla por el cuello del vestido, pero la tela se rasgó en su puño y al final tuvo que dejar apoyado el rifle contra el guardabarros de la camioneta y cogerla en brazos.

La arrastró entre la maleza, caminando de espaldas y mirando por encima del hombro. Le colgaba la cabeza hacia un lado y la sangre le manaba por el cuello. Ballard había tenido que quitarle los zapatos. Tenía la respiración entrecortada y sus ojos habían enloquecido y se habían vuelto blancos. La tumbó en el bosque a unos quince metros de la carretera, se tiró encima de ella y empezó a besar su todavía caliente boca y a tocarla por debajo de la ropa. De repente paró y se levantó. Le levantó la falda y la miró. Se había meado encima. Maldijo, le quitó las bragas y le dio golpecitos en los pálidos muslos con el dobladillo de la falda. Tenía los pantalones por las rodillas cuando oyó cómo la camioneta se ponía en marcha.

El sonido que profería no era diferente al de la chica. Inspiración seca de aire, enmudecido por el pavor. Se puso de pie de un salto mientras se ponía los bombachos y se lanzó a través de la maleza hacia la carretera.

Un gnomo montañero enloquecido que se agarraba fuertemente con una mano los bombachos y que profería agudas farfullas delirantes emergía del bosque y se precipitaba por la carretera de gravilla hacia abajo. Bajó la montaña dando pesadas zancadas hasta que no pudo correr más ni tuvo aliento para gritar. Mucho antes de que se detuviese para abrocharse el cinturón, continuó dando bandazos intentando mantenerse de pie hasta que se desplomó con la respiración entrecortada mientras se decía a sí mismo:

No llegarás lejos. Estás muerto, hijo de puta.

Se encontraba a medio camino montaña abajo cuando se dio cuenta de que no llevaba consigo el rifle. Se detuvo. Después continuó sin importarle.

Cuando salió a la carretera del valle miró abajo hacia la carretera principal. La carretera a la luz de la luna yacía bajo una estela de polvo ligeramente prolongada como un río bajo un manto de lodo, y eso era todo lo que alcanzaba a ver. El corazón de Ballard llenaba su pecho como una piedra. Se puso en cuclillas en el polvo de la carretera hasta que la respiración se le calmó. Luego se levantó y comenzó a subir la montaña de nuevo. Al principio intentó correr, pero no pudo. Le llevó casi una hora recorrer los cinco kilómetros que hay hasta la cima.

Encontró el rifle donde se había caído del guardabarros de la camioneta, le echó un vistazo y luego se metió en el bosque. Estaba tumbada justo como la había dejado

y estaba fría y acartonada por la muerte. Ballard soltó palabrotas hasta quedarse sin aliento, se la echó a los hombros y comenzó a caminar como pudo. Mientras se escabullía montaña abajo con esa cosa sobre la espalda, parecía un hombre acosado por un súcubo espectral; la chica muerta lo montaba rodeándole con las piernas, a horcajadas, como si fuera una rana espantosa.

Ballard los observaba desde la ensillada de la montaña, una pequeña cosa inquieta allí, agachado con el rifle en brazos. Había estado lloviendo durante tres días. El arroyo debajo de él a lo lejos se había desbordado, los campos se habían inundado, cántaros de agua permanente se precipitaban sobre la maleza invernal y el forraje. El pelo de Ballard colgaba de su enjuto cráneo en húmedos y lacios mechones; del pelo y de la punta de la nariz le goteaba agua turbia.

Durante la noche, lámparas y linternas parpadeaban en la ladera de la montaña. Tardíos jueguistas de invierno entre los árboles o puede que cazadores se llamaban los unos a los otros en medio de la oscuridad. Ballard pasó debajo de ellos en medio del cerrazón, escabulléndose con sus harapientas pertenencias por túneles de roca dentro de la montaña.

Hacia el amanecer, salió por el agujero de una roca en la otra parte de la ladera de la montaña y se quedó observando con detenimiento como si fuese una marmota antes de adentrarse en la gris y triste luz del día. Con el rifle en la mano y los bártulos liados en una manta se internó en el despoblado bosque hacia un claro que había más allá.

Atravesó una valla de un campo medio inundado y se dirigió hacia el arroyo. Tenía más del doble de anchura justo en el vado. Ballard estudió el agua y continuó andando arroyo abajo. Al rato volvió. El arroyo era totalmente opaco, un medio denso de color ladrillo que resonaba en los juncos. Mientras observaba una cerda ahogada, disparó al vado y ésta giró sobre sí misma mostrando las ubres rosadas y abotargadas; Ballard continuó caminando. Escondió la manta en la base de unas juncias y regresó a la cueva.

Cuando volvió de nuevo al arroyo parecía que hubiese crecido todavía más. Transportó una caja de extrañas misceláneas, ropa de hombre y de mujer y los tres enormes peluches cubiertos de barro. Llevaba, además, el rifle y la manta repleta de bártulos que había traído antes y se metió en el agua.

El arroyo se encaramaba con fuerza por sus piernas como si tuviera alas. Ballard se tambaleó, mantuvo el equilibrio, agarró por segunda vez con fuerza la carga y continuó su camino. Antes de que llegara al lecho del río, el agua ya le llegaba a la altura de las rodillas. Cuando le llegó a la altura de la cintura, comenzó a soltar palabrotas. Una invocación virulenta para retirar las aguas. Cualquiera que lo viese se habría dado cuenta de que no retrocedería ni aunque el arroyo lo engullera. Y lo hizo. Las rápidas aguas le llegaban a la altura del pecho; luchaba de puntillas con cautela, empujaba con fuerza arroyo arriba cuando se acercó un tronco a gran velocidad. Lo vio venir y comenzó a maldecir. Éste le apuntó de costado y avanzó como si hubiera cobrado vida y deseara aniquilarlo.

¡Largo de aquí!, le gritó, un granzido ronco en medio del rugido del agua.

Llegó cabeceando y manteniendo en el perímetro un menisco de espuma marrón blanquecina, donde flotaban nueces, ramitas y el cuello delgado y erguido de una botella que basculaba como un metrónomo.

¡Largo de aquí, maldita sea!

Ballard empujó el tronco con el cañón del rifle. Bajó balanceándose junto a él y con un movimiento rápido lo rodeó con el brazo del rifle. El cachivache giró sobre sí mismo y salió despedido. Ballard y el tronco irrumpieron en los rápidos debajo del vado y Ballard se perdió en un pandemónium de ruidos; el rifle levantado con el brazo justo como si fuese algún héroe demente o la parodia desaliñada de un cartel patriótico que llega anegado; la boca abierta de oreja a oreja por los alaridos y palabrotas hasta que el tronco entró majestuosamente en una charca más profunda, rodó y las aguas se tragaron a Ballard.

Salió sacudiéndose, farfullando, y comenzó a caminar con violencia en dirección a la línea de sauces que marcaban la orilla sumergida del arroyo. No sabía nadar, pero ¿acaso resultaba fácil ahogarlo? Todo su ser se sustentaba en la ira. Una parada en el proceso de las cosas parece funcionar aquí. Miradle. Se podría decir que colegas como vosotros le mantienen. Ha llenado la orilla de gente que grita su nombre. Una carrera que amamanta al lisiado loco que quiere su sangre maligna en el historial y que tendrá. Pero ellos quieren la vida de este hombre. Ha oído cómo le buscaban por la noche con lámparas y gritos de execración. ¿Cómo es que ha podido sobrellevarlo? O mejor, ¿por qué no se lo llevaron las aguas? Cuando llegó hasta los sauces se levantó y se dio cuenta de que apenas había unos treinta centímetros de agua. Allí se volvió y sacudió sucesivamente el rifle al arroyo desbordado y al cielo gris desde donde todavía llovía tristemente y sin amainar; las palabrotas arremetían encima del estruendo del agua llevada hasta la montaña y volvían como ecos provenientes de las grietas del manicomio.

Se dirigió chapoteando a un terreno elevado; comenzó a descargar y a desarmar el rifle, mientras se metía los cartuchos en el bolsillo de la camisa, sacaba el agua del arma con el índice, soplaba a través del cañón y farfullaba consigo mismo. Sacó los cartuchos, los secó, cargó de nuevo el rifle e introdujo otro cartucho en la recámara. Después comenzó a trotar arroyo abajo.

La única cosa que recuperó fue la caja y estaba vacía. Una vez hubo recorrido un buen trecho arroyo abajo creyó haber visto osos de peluche cabeceando en el arroyo crecido, pero los había perdido de vista más allá de una hilera de árboles; cada vez estaba más cerca de la carretera principal de lo que en realidad deseaba y decidió dar media vuelta.

Al final subió y subió, entre montañas. Un precipicio negro y empinado donde cantaba un torrente salvaje. Ballard sobre la base de un tronco cubierto de musgo, curvado bajo el colchón empapado y manchado de barro se acercó con cuidado mientras sujetaba el rifle delante de sí. Qué blanca era el agua, qué constante era su forma en el veloz discurrir de las aguas abajo. Qué negras las rocas.

Cuando llegó al agujero de la pileta de la montaña, el pesadísimo colchón se había empapado de tal cantidad de agua que le hacía tambalearse. Se arrastró a través de un agujero que había en la pared de piedra de la pileta y tiró del colchón tras de sí.

Durante toda la noche estuvo recogiendo sus pertenencias y durante toda la noche estuvo lloviendo. Cuando llevó a rastras el último cadáver rancio y repulsivo a través de la pared del agujero de la pileta y lo bajó por el pasillo oscuro y húmedo, el amanecer ya había abierto una franja de color gris pálido sobre el lloroso cielo hacia el este.

Por las huellas de tacones que había dejado sobre las hojas negras del bosque parecía como si un carromato hubiese pasado por allí. Durante la noche se habían congelado; subió por un campo de hierba cubierto por finas hojas de hielo, se adentró en el bosque donde los árboles se encontraban atrapados por el hielo; cada ramita como pequeños huesos negros de vidrio que chillaban y se hacían añicos por el viento. Los dobladillos de los pantalones de Ballard se habían helado y parecían dos tambores que repicaban sobre sus tobillos; los dedos de los pies yacían fríos y amoratados en los zapatos que llevaba. Salió a través del agujero de la pileta para ver el día, casi sollozando por el agotamiento. Ni un movimiento en ese desierto muerto y legendario; el bosque engalanado con flores heladas; la maleza brotaba de las blancas fantasías de cristal como la veta de piedra en el suelo de una cueva. No había dejado de maldecir. Cualquier voz que le hablase no era la de un demonio sino la de algún viejo granjero que todavía venía de vez en cuando en el nombre de la cordura, una mano que le liberase del armazón de su catastrófica ira.

Encendió un fuego en el suelo de la cueva junto a un riachuelo que pasaba. El fuego se arremolinó en la cúpula, se filtró lentamente a través de los miles de fisuras y poros y se levantó como una neblina estigia entre el bosque húmedo. Cuando intentó accionar el mecanismo del rifle, éste se había casi congelado. Se arrodilló sobre el cañón y forcejeó con él mientras tiraba de la palanca con las manos. Como no cedía, la tiró al fuego. Sin embargo, la volvió a coger y la puso de pie contra la pared antes de que sufriera más que un chamuscado. Aplastó achicoria silvestre dentro de la cafetera ennegrecida y la llenó hasta arriba de agua. Hirvió a fuego lento, silbó y cantó en las llamas. La sombra de Ballard cambiaba de dirección oscura y mutante sobre las paredes de roca con forma de copa. Sacó una sartén con pan de maíz parcialmente mordisqueado y la colocó en el fuego, donde las cortezas yacían enroscadas como si fueran fragmentos de arcilla en un cauce de verano.

El mediodía se presentó triste cuando se despertó medio helado y arregló el fuego. Dolores ardientes le recorrían los pies. Se volvió a tumbar. El agua del colchón le había empapado la espalda, estaba acostado temblando con los brazos cruzados sobre el pecho y un rato más tarde se volvió a dormir.

Cuando se despertó era agonizante. Se incorporó y se agarró los pies. Aulló con todas sus fuerzas. Cruzó el suelo de roca con pasos suaves hasta el agua, se sentó y metió los pies dentro. El arroyo estaba caliente. Estaba sentado con los pies en remojo y farfullando, un sonido no muy lastimoso que resonaba en las paredes de la gruta como si fueran los balbuceos de una banda de monos expectantes.

El sheriff jefe del condado de Sevier bajó los escalones del juzgado hasta el último encima del césped inundado y se quedó observando el agua que yacía tranquila, gris e invadida de desechos; se extendía en canales serenos hacia arriba por calles y callejones; las partes superiores de los parquímetros apenas se veían, y hacia la izquierda el mínimo indicio de movimiento, una arruga opaca y mansa donde la corriente del río Little Pigeon tiraba del agua estancada en la superficie. Cuando el ayudante llegó remando a través del césped en el esquife, el sheriff lo miró moviendo la cabeza lentamente. El ayudante viró la parte trasera del esquife y dio marcha atrás hasta que la popa golpeó el desembarque de roca.

Cotton, eres un burro remando.

Tiene razón, maldita sea.

¿Dónde demonios has estado?

El remero sostuvo los remos, la barca se hundió profundamente.

¿Va a ir así, de pie como Napoleón? He llegado tarde porque le he tenido que poner una multa a Bill Scruggs.

¿Una multa?

Sí. Es que le he pillado a toda velocidad subiendo por Bruce Street en una lancha motora.

Vaya mierda.

El ayudante sonrió de forma burlona y comenzó a remar.

¿No es esto la peor maldición que jamás haya visto?, preguntó.

Lloviznaba ligeramente. El sheriff le echó un vistazo al pueblo inundado desde debajo del ala de su sombrero empapado.

¿No habrás visto por ninguna parte a un viejo de larga barba construyendo una barca enormemente grande, verdad?, preguntó.

Subieron por la calle principal del pueblo y pasaron por las tiendas y pequeñas cafeterías inundadas. Salieron dos hombres de un almacén con un bote de remos cargado hasta los topes de cajas manchadas y montones sueltos de ropa. Uno remaba, el otro caminaba detrás en el agua.

Buenos días, sheriff, gritó el hombre que caminaba en el agua levantando la mano.

Buenos días, Ed, dijo el sheriff.

El hombre que había en el bote le saludó levantando el mentón.

¿Ha ido a verle el señor Parker?, preguntó el hombre que estaba en el agua.

Vamos hacia allí ahora.

Creo que los problemas deberían unir a la gente en vez de que unos intenten robar a otros.

Hay gente que no tiene solución, agregó el sheriff.

Esa es la pura verdad.

Siguieron adelante.

Lleva cuidado, le indicó el sheriff.

De acuerdo, contestó el hombre que estaba en el agua.

Se dirigieron a la entrada de la ferretería y el ayudante levantó los remos. En el interior, la gente se movía de un lado a otro chapoteando con fuerza en el agua a la luz de la lámpara. Un hombre se subió a la ventana del escaparate y miró detenidamente al sheriff a través del cristal roto.

¿Qué tal, Fate?

¿Qué tal, Eustis?

Lo más importante que se han llevado han sido pistolas.

Así es. Eso es lo que se llevaron.

Ni siquiera sé cuántas. Imagino que nos habremos quedado sin existencias durante un año.

¿No puedes hacer un recuento?

No hasta que el agua se retire, si es que alguna vez lo hace. Las hojas del inventario están en el sótano.

Entiendo.

Se supone que mañana estará despejado, aunque llegados a este punto ya no me importa una puta mierda, ¿no?

Es la peor que nunca jamás he visto, dijo el sheriff.

Dicen que en las inundaciones de 1885 el pueblo entero quedó sepultado bajo el agua.

¿Estás seguro?

Es lo que he oído, respondió el ayudante.

Yo sé que se ha incendiado media docena de veces, dijo el tendero. Estaréis de acuerdo conmigo en que hay algunos lugares en los que el Señor no quería que nadie viviera, ¿no?

Podría ser, respondió el sheriff. Pues tiene un montón de cabezotas con los que apañárselas, aunque así sea, ¿no?

Pobre de él si no lo hace.

¿Hay algo en lo que os pueda ayudar?

Ni de coña. Estamos intentando salvar parte del material. No lo sé. Lo que sí es seguro es que es un desastre de tres pares de cojones.

Ya. Cuando hayas hecho el recuento me lo das. Seguramente aparecerán por Knoxville.

Preferiría coger a esos hijos de puta a que me devuelvan las pistolas que me robaron.

Sé lo que quieres decir. Haremos lo que podamos.

Vale.

Bueno, levamos anclas y nos vamos a recoger el correo.

El ayudante sonrió burlonamente e introdujo los remos en el agua gris entre botellas, tablones y frutas flotantes.

Fate, hablaré contigo más tarde, le espetó el tendero.

De acuerdo, Eustis. Siento mucho lo del robo.

Ya.

Siguieron remando calle arriba y amarró el esquife frente a la escalera de la parte delantera de la oficina de correos y entró.

Buenos días, sheriff Turner, dijo una simpática mujer desde detrás de las barras de la ventanilla.

Buenos días, señora Walker. ¿Cómo está?

Mojada. ¿Y usted?

¿No tiene nada para mí?

La mujer deslizó un paquete de correo por debajo de las barras.

Eso es todo.

Sí, esto es todo.

Hojeó el correo.

¿Pero cuándo vais a encontrar a alguno de los desaparecidos del coche?

Cuando encontremos a uno, encontraremos a todos.

Sí, pero ¿cuándo vais a encontrar a ese uno?

Los encontraremos.

Nunca conocí un lugar tan dado a la maldad, comentó la mujer.

El sheriff sonrió. Antes era peor, replicó.

Cuando volvían remando calle abajo por Bruce Street, alguien les gritó desde una ventana. El sheriff se reclinó para ver quién era, con los ojos entrecerrados por la fina lluvia.

Fate, ¿vas al juzgado?

Desde luego.

¿Te llevamos?

Vente.

Me pongo el abrigo y bajo en seguida.

Apareció un viejo en el extremo del tramo de unas escaleras que subían por la parte lateral de un almacén de ladrillos. Cerró la puerta tras de sí, se ajustó el sombrero y bajó los escalones con cuidado. El ayudante hizo marcha atrás hasta que la parte trasera del esquife chocó contra las escaleras y el viejo hombre, asiéndose con fuerza y malicia al hombro del sheriff, subió a bordo y se sentó.

Mi mujer me ha dicho hoy: Es un castigo de Dios. El pago por los pecados y todo ese rollo. Yo le contesté que todos los habitantes del condado de Sevier tendrían que estar corrompidos hasta la médula para garantizar eso. Ella puede que piense que lo están, no lo sé. ¿Qué tal, joven?

Bien, contestó el ayudante.

Aquí hay un hombre que te puede informar sobre los Gorras Blancas, dijo el sheriff.

La gente no quiere escuchar algo así, dijo el viejo.

Cotton dijo hace un momento que le parecía una buena idea, dijo el sheriff.

Mantener a la gente a raya.

El viejo examinó al ayudante en pie de guerra.

Hijo, no hagas caso, dijo él. No eran más que un hatajo de ladrones, cobardes y asesinos miserables. Lo único que han hecho en su vida es fustigar a las mujeres y robarles los ahorros a los viejos. A los pensionistas y a las viudas. Y matar a las personas mientras duermen.

¿Qué hay de los Viseras Azules?

Se organizaron para enfrentarse a los Gorras Blancas pero resultaron igual de cobardes. Oyeron que los Gorras Blancas se dirigían hacia algún lugar, como por ejemplo Pigeon Forge, se bajaron allí, arrancaron los tablones del puente, se ocultaron entre la maleza para así oírlos caer. Se anduvieron persiguiendo por todo el condado durante dos años y nunca se encontraron excepto una vez y por accidente, en un estrecho lugar donde ninguna de las dos bandas pudo escapar. No, tanto unos como otros daban pena, todo hijo de vecino era un hijo de puta por los cuatro costados, según mi padre, eran unos hijos de puta los mirases por donde los mirases.

¿Qué pasó al final?

Al final resultó que un hombre con lo que hay que tener les plantó cara; ése fue Tom Davis.

Era un hombre con todas las de ley, ¿verdad, señor Wade?

Así es. Era un simple ayudante a las órdenes del sheriff Millard Maples cuando aplastó a los Gorras Blancas. Fue tres o cuatro veces a Nashville, pagando todo de su bolsillo. Hizo que el poder legislativo aprobara una ley por la que el Tribunal de Distrito se adscribía al Tribunal de lo Penal allí arriba en Knoxville a fin de que se nombrara un nuevo juez en Sevierville y después comenzó a perseguir a los Gorras Blancas. Intentaron acabar con él de todas las formas posibles. Hasta le enviaron a un negro enorme una noche mientras volvía de Knoxville. Por aquel entonces se podía ir en barco de vapor, y el negro éste salió de otro barco que había en medio del río y sacó una pistola para dispararle. Tom Davis le quitó la pistola y lo metió en los calabozos. Por aquel entonces, los Gorras Blancas se estaban yendo del condado en manadas. No le importaba a dónde fueran. Los traía de vuelta de Kentucky, Carolina del Norte, Texas. Se iba solo, desaparecía durante semanas y volvía con ellos atados a una cuerda como si fueran una manada de caballos. Era el hombre más grande del que jamás haya oído hablar, maldita sea. Era un hombre culto. Había sido profesor de escuela. No se eligió ningún demócrata en el condado de Sevier desde la Guerra Civil, pero cuando Tom Davis se presentó a sheriff, lo eligieron.

No se acuerda de las inundaciones de 1885, ¿verdad?, preguntó el ayudante.

Pues resulta que nací aquel año, así que apenas recuerdo nada.

¿En qué año colgaron a aquellos dos, señor Wade?

Fue en 1899. Colgaron a Pleas Wynn y a Catlett Tipton tras asesinar a los Whaley. Los sacaron de la cama y les volaron la tapa de los sesos delante de su hija pequeña. Estuvieron dos años en la cárcel apelando y demás. También hubo un tal

Bob Wade implicado en el asunto, con el que, gracias a Dios, no me une parentesco alguno. Creo que lo enviaron a un centro penitenciario. Tipton y Wynn fueron colgados en el prado del juzgado que hay por allí. Era aproximadamente el uno de enero. Todavía estaban puestas las ramitas sagradas y las velas navideñas. Colocaron un andamio enorme con una trampilla para que cayeran los dos a la vez. La gente comenzó a dirigirse hacia el pueblo la noche anterior. Muchos de ellos durmieron en sus carros. Extendieron mantas sobre el césped del juzgado. Por todas partes. No había ni un alfiler en el pueblo, la gente se alineaba en columnas de a tres. Había mujeres vendiendo bocadillos por la calle. Tom Davis era el sheriff por aquel entonces. Los trajo de los calabozos, les proporcionó dos predicadores y dejó que fueran cogidos del brazo con sus mujeres y todo. Igual que si estuvieran yendo a la iglesia. Subieron todos al andamio, cantaron y todo el mundo comenzó a cantar con ellos. Los hombres, sombrero en mano. Yo tenía trece años, pero lo recuerdo como si fuera ayer. El pueblo entero y medio condado de Sevier cantando el *I Need Thee Every Hour*. Después, uno de los predicadores dijo una oración; las mujeres besaron a sus maridos para despedirse, se bajaron del andamio, se dieron la vuelta para observar; el predicador descendió y entonces se produjo un silencio ensordecedor. Luego se abrió de golpe la trampilla que había debajo de ellos, cayeron y quedaron colgados retorciéndose y pataleando durante diez, quince minutos. No os creáis que morir ahorcado es rápido y misericordioso. Y así se acabó la existencia de los Gorras Blancas en el condado de Sevier. A la gente no le gusta hablar de esto hoy en día.

¿Cree que la gente de entonces era más miserable que la de hoy?, preguntó el ayudante.

El viejo estaba mirando con detenimiento el pueblo inundado.

No, contestó. No lo creo. Creo que el hombre sigue siendo el mismo desde el día en que Dios hizo al primero.

Mientras subían las escaleras del juzgado, les iba contando la historia de un viejo ermitaño que vivía en House Mountain, un gnomo harapiento, cuyo pelo le llegaba a la altura de las rodillas, que iba vestido con hojas y cómo la gente solía meterse por el agujero que tenía entre unas rocas y lo desafiaban lanzándole piedras para hacerlo salir.

Era primavera cuando Ballard observó a dos halcones apareándose con las alas desplegadas, silenciosas, a espaldas del sol, para estallar y resurgir sobre los árboles y volver a buscarse con delicados cantos. No les quitó ojo de encima, observando si alguno resultaba herido. No tenía ni idea de cómo se apareaban los halcones, pero sabía que todo acto acarreaba una lucha. Abandonó la vieja carretera de los carromatos justo por el claro en el que se había internado, siguió por el camino que él mismo iba trazando y cruzó la falda de la montaña para escrutar de nuevo el lugar en el que había vivido un tiempo. Se sentó con la espalda apoyada en una roca y se empapó del calor que ésta desprendía; el todavía viento frío azotaba los escasos helechos de la alta montaña, helechos grisáceos y quebradizos. Vio cómo un carromato vacío subía por el valle que había a sus pies, traqueteo distante; cómo la mula se detenía en el vado y el inmóvil carromato continuaba rodando produciendo un traqueteo constante, como si el sonido creara la sustancia, hasta que ésta alcanzaba por completo sus oídos. Vio beber a la mula y, a continuación, el hombre sentado en el carromato levantó el brazo y retomaron la marcha carretera arriba, mudos ahora, dejando atrás el riachuelo, hasta que el ruido sordo de madera, lejano y silencioso, podía percibirse de nuevo.

Observó el diminuto progreso de todos los elementos del valle, el oscurecimiento y los surcos de los campos grises después de haber sido arados; la lenta y verde oclusión que los árboles expandían. Mientras estaba allí en cuclillas, dejó caer la cabeza entre las rodillas y empezó a llorar.

Mientras yacía despierto en medio de la oscuridad de la cueva le pareció oír un silbido como cuando era niño y estaba en la cama a oscuras y oía a su padre volver por la carretera silbando, un gaitero solitario; pero el único sonido era el del riachuelo que fluía a través de la cueva para ir a desembocar, quizá, a mares desconocidos del centro de la tierra.

Aquella noche soñó que cabalgaba por el bosque de una pequeña colina. Debajo de él vio una manada de ciervos en una pradera donde el sol descansaba sobre la hierba. La hierba todavía estaba húmeda y los ciervos permanecían apoyados sobre sus codillos en ella. Sentía cómo la espina dorsal de la mula se movía debajo de él y se asió fuertemente con las piernas a la panza de la mula. Cada hoja que le rozaba la cara ahondaba su tristeza y pánico. Cada hoja que sobrepasaba ya no la volvería a sobrepasar. Le acariciaban la cara como si de velos se tratara, algunas ya amarillas, cuyas venas se asemejaban a finos huesos que los rayos del sol atravesaban. Decidió continuar cabalgando, pues no podía volver atrás, y aquel día el mundo era tan maravilloso como el mejor de los días y cabalgaba hacia su propia muerte.

Una buena mañana de mayo, Greer se puso a cavar un pozo ciego en la parte trasera de su casa. Mientras cavaba, Ballard, que llevaba una peluca horrorosa y falda, salió de detrás del cuarto de la bomba, levantó el rifle, amartilló el percutor en silencio, apretando poco a poco el gatillo y apuntando al objetivo como un cazador.

Cuando disparó, la pala ya había rebasado el hombro de Greer con un montón de suciedad. Un buen rato después de que el estruendo del rifle muriera en el abrigo de la montaña percibió el gong de la fatalidad repelida que sonaba encima de la cabeza del hombre, mientras éste permanecía allí congelado con la pala en alto, sobre la que había salpicado, formando una especie de medallón brillante, un pequeño trozo de plomo; el hombre se quedó mirando a lo que quiera que estuviese allí de pie maldiciéndose a sí mismo, mientras accionaba la palanca de montar del rifle; una aparición creada a partir de la nada y enviada a él con intenciones tan nefastas. Lanzó la pala por los aires y salió corriendo. Ballard le disparó atravesándole el cuerpo; éste se tambaleaba mientras intentaba caminar. Le volvió a disparar una vez más antes de que rodeara la esquina de la casa, pero no pudo precisar dónde le alcanzó. El que corría ahora era él; entretanto, maldecía sin parar y accionaba la palanca de montar del rifle, tomó la esquina de la casa, apenas a un paso detrás de él mientras daba la vuelta trazando surcos violentos en el barro; ahora llevaba el rifle en una mano con el pulgar doblado sobre el percutor y subía los escalones a saltos, como un desquiciado, en dirección a la puerta, a toda prisa.

Parecía algo en eclosión contra un muelle desatado o alguna charlotada desechada por cualquier montador de películas, se lo tragaba la puerta y lo volvía a repeler casi de forma simultánea, expulsado de espaldas por medio de una sacudida enorme y dando vueltas; un brazo salió volando en un gesto flexible peculiar mientras estallaba una diminuta nube de sangre; la ropa se rompió a jirones y el rifle repicaba mudo en los tablones del porche en medio del tumulto y Ballard, en el suelo, intentando incorporarse por todos los medios durante unos instantes antes de caer al jardín.

A pesar de que a Greer le habían atravesado el pecho, salió tambaleándose de la entrada con la pistola y bajó a examinar la cosa a la que había disparado. Al final de los escalones recogió lo que pareció ser una peluca y vio que toda ella estaba hecha a partir de la cabellera seca de un ser humano.

Ballard se despertó en una habitación oscura como la noche.

Se despertó en una habitación clara y luminosa como el día.

Se despertó en una habitación al amanecer o al anochecer que no conocía, donde las motas de polvo atravesaban un haz de luz incandescente de forma breve y aleatoria y se dispersaban sin rumbo a modo de diminutas luciérnagas. Permaneció observándolas durante un rato y luego levantó la mano. No se levantó ninguna mano. Levantó la otra y un fino rayo dorado del sol descansó sobre su antebrazo. Echó un vistazo a la habitación. Algunos botes de acero inoxidable en una mesa de acero. Una jarra de agua y un vaso. Ballard llevaba puesta una delgada bata blanca en una delgada habitación blanca, de acólito falso o criminal antiséptico, un practicante de lo cadavérico, un morbosos de media jornada.

Permaneció despierto durante unos minutos antes de que empezara a preocuparse por el brazo perdido.

En la cama no estaba, desde luego. Retiró la sábana que le llegaba hasta el cuello y observó las enormes tiras de vendaje que llevaba en el hombro sin ninguna sorpresa aparente. Miró a su alrededor. Una habitación apenas más ancha que la cama. Había una pequeña ventana detrás de él, pero no podía mirar al exterior sin estirar el cuello y le dolía si lo hacía.

Nadie le hablaba. Llegó una enfermera con una bandeja de hojalata y le ayudó a incorporarse mientras Ballard intentaba todavía utilizar el brazo que le faltaba para mantener el equilibrio. Un tazón de sopa, un tazón de crema y un cuarto de leche condensada en una caja de cartón parafinado. Ballard hincó la cuchara en la comida y se acostó.

Yacía soñando despierto. Las grietas que había en la escayola amarillenta del techo y en las partes superiores de las paredes parecían causar efecto en su cerebro. Delgadas fisuras que penetraban, cómo no, en el espacio en blanco de su corrupta mente. Miró el nudo envuelto que asomaba de la manga corta de la bata del hospital del condado. Parecía un pulgar con un vendaje enorme. Se preguntaba qué habían hecho con su brazo y decidió preguntar.

Cuando la enfermera llegó con la cena, le preguntó:

¿Qué han hecho con mi brazo?

Colocó el tablero y puso la bandeja encima.

Te lo han cortado, respondió la enfermera.

Ya lo sé. Sólo quería saber qué han hecho con él.

No lo sé.

No le importa una mierda, ¿verdad?

No.

Ya me enteraré. Puedo hacerlo. ¿Quién es el tipo que está en la puerta todo el rato?

Es un ayudante del sheriff.

Un ayudante del sheriff.

Sí, contestó. ¿Qué pasa con el hombre al que disparaste?

¿Qué pasa con él?

¿Ni siquiera quieres saber si está vivo o muerto?

Bueno.

Ballard estaba desenrollando de su pañuelo de hilo las monedas de plata.

Bueno, ¿qué?, preguntó ella.

Bueno, si está vivo o muerto.

Está vivo.

Se quedó observándola. Cogió una cucharada de crema de manzana, la miró y la volvió a dejar donde estaba. Abrió el cartón de leche y bebió de él.

De ninguna manera te importa, ¿verdad?, preguntó la enfermera.

Sí que me importa, contestó Ballard. Desearía que el muy hijo de puta estuviera muerto.

Comió y se quedó mirando las paredes. Utilizó la cuña u orinal. De cuando en cuando oía una radio en otra habitación. Una tarde de ésas unos cazadores vinieron a verle. Hablaron un instante tras la puerta. Luego se abrió la puerta y la habitación se llenó de hombres. Se reunieron en torno a la cama de Ballard. Estaba despierto. Se despertó en la cama y los miró. A algunos los conocía, a otros no. Se le encogió el corazón.

Lester, dijo un hombre corpulento, ¿dónde están los cuerpos?

Yo no sé nada de ningún cuerpo.

No es cierto. ¿A cuánta gente has matado?

Yo no he matado a nadie.

Y una mierda que no. Tú mataste a aquella chica de Lane y la quemaste y a aquel bebé en la casa y mataste a la gente en sus coches aparcados en Frog Mountain.

Nunca he hecho algo así.

Estaban en silencio, observándolo. Hasta que el hombre dijo: Levántate, Lester.

Ballard se tapó con las mantas. No me dejan levantarme, replicó él.

Un hombre cogió las mantas y lo destapó. Las piernas larguiruchas de Ballard yacían pálidas y amarillentas en contraste con la sábana.

Levántate.

Ballard tiró del dobladillo de su bata para ocultarse. Recostó las piernas sobre un lado de la cama y se quedó sentado un minuto. Luego se puso en pie. Se volvió a sentar y se asió a la mesa.

¿Adónde vamos?, preguntó.

Alguno de los del fondo dijo algo, pero Ballard no lo captó.

¿Así vas a ir?

Ni idea.

Abrieron un armario y buscaron algo dentro, pero sólo había fregonas y un cubo. Se quedaron mirando fijamente a Ballard. No parecía gran cosa.

Si nos tenemos que ir a algún sitio, será mejor que nos larguemos ahora mismo. Seguramente Earl ya ha ido a avisar al sheriff.

Vámonos, Ballard.

Lo levantaron y lo empujaron hacia la puerta y se agruparon detrás de él. Echó un vistazo rápido a la cama. A continuación recorrían el amplio pasillo del hospital. Dejaron atrás puertas abiertas por las que los pacientes lo vieron marcharse, el frío linóleo bajo sus pies y sus piernas un tanto renqueantes mientras caminaba.

Era una noche clara y fresca. Ballard alzó la vista hacia el frío brillo de las estrellas que se veían más allá de las farolas del aparcamiento. Cruzaron el negro asfalto, húmedo por la lluvia reciente, y los hombres abrieron la puerta de una camioneta e introdujeron a Ballard. A duras penas subió hasta la cabina y se sentó con las piernas desnudas y juntas por delante de él. Los hombres se subieron a cada lado, el motor arrancó y las luces se encendieron como las del resto de coches y camionetas que había abajo en el aparcamiento. Ballard tuvo que encoger las piernas

como si de un niño se tratara para que el hombre pudiera llegar bien a la palanca de cambios. Salieron del aparcamiento y se dirigieron calle abajo.

¿Adónde vamos?, preguntó Ballard.

Lo sabremos cuando llegemos, contestó el conductor.

Salieron de la carretera principal en dirección a la montaña; había una caravana de camionetas y coches. Se detuvieron en una casa. Uno de los hombres salió del coche detrás de Ballard y fue hasta la puerta. Una mujer le dejó pasar. En el interior, y bajo el brillo de una bombilla desnuda, pudo ver a la mujer y a algunos niños. Al rato volvió a salir el hombre, bajó hasta la camioneta y metió un fardo por la ventanilla. Dile que se ponga esto, dijo.

El conductor le entregó el fardo a Ballard. Ponte esto, le espetó. Era un par de monos y una camiseta del ejército.

Se sentó en la camioneta con la ropa en su regazo y emprendieron de nuevo la marcha carretera arriba. Fueron a parar a una carretera sucia, serpenteaban a través de lomas de pinos negros que dentelleaban la luz de los faros en las curvas, y luego siguieron otra carretera, forrada de hierba, para al final llegar a un prado alto donde las ruinas de un aserradero yacían a la luz de las estrellas. Una cabaña oscura con las ventanas tapiadas. Haces de leña gris, un montón de serrín donde vivían los zorros.

El conductor de la camioneta abrió la puerta y bajó. El resto de los vehículos aparcó a ambos lados y una multitud de hombres comenzó a descender. Un tenue sonido de voces y de puertas de coche que se cerraban. Ballard, solo, con su ropa de noche y las espinillas al desnudo, en el asiento de la camioneta.

Que se quede Otis vigilándole.

¿Por qué no lo sacamos aquí fuera?

Déjalo donde está.

¿Cómo es que no se ha puesto todavía la ropa?

La puerta de la camioneta se abrió. ¿No tienes frío?, le preguntó el hombre.

Ballard lo miró tontamente. Le dolía el brazo.

Dile que se ponga la ropa.

Quiere que te pongas la ropa, le dijo el hombre.

Ballard examinó el fardo en busca de aberturas para brazos o piernas.

Otis, quédate tú ahora vigilándole.

Creo que deberíamos atarle las manos.

Podrías atarle las manos a una de las piernas como si fuera una mula.

Jerry, vuelve a poner ese tarro donde lo cogiste. Esto es algo serio.

Ballard se había puesto la camisa y estaba intentando abrocharse los botones. Nunca se había abrochado una camisa con una mano y no se le daba bien. Se puso el mono y se abrochó los tirantes. Era suave, olía a jabón y era suficientemente grande como para que cupiera otro Ballard entero. Se introdujo la manga suelta de la camisa por dentro del mono y miró a su alrededor. Un hombre en cuclillas le vigilaba a través del cristal trasero, pistola en mano, desde la caja de la camioneta. En lo alto de la

colina, junto al aserradero, un fuego estallaba en el viento y los hombres se encontraban reunidos a su alrededor. Ballard apretó el botón de la guantera que había delante de él y se abrió de golpe. Buscó entre papeles, no encontró nada. Volvió a cerrarla. Después de un rato bajó la ventanilla.

No tendréis un cigarrillo por ahí detrás, ¿verdad?, preguntó.

El hombre se reclinó hacia delante y le acercó un paquete de cigarrillos a través de la ventanilla abierta. Ballard cogió uno y se lo puso en la boca. ¿Tienes una cerilla?

El hombre le entregó una cerilla. ¿Cómo organizaste todo esto?

Yo nunca les pedí que me trajeran aquí, contestó Ballard.

Raspó la cerilla sobre el salpicadero, se encendió el cigarrillo y permaneció sentado en la oscuridad fumando, al tiempo que observaba el fuego de la colina. Al poco tiempo, llegó un hombre, abrió la puerta y le dijo a Ballard que saliera. Descendió no sin mucho esfuerzo y se quedó allí de pie vestido con el mono.

Llévalo allí arriba, Otis.

Ballard subía la colina a punta de pistola y arrastrando los pies. Tenía que detenerse para meterse los dobladillos del mono. Se quedó de pie delante del fuego y observó sus pies descalzos.

Ballard.

Ballard permaneció en silencio.

Ballard, vamos a pegarte fuego.

Ballard se quedó esperando.

Enséñanos dónde metiste a toda esa gente para que les puedan dar un funeral digno y te llevaremos a ese hospital de nuevo y que la justicia se haga cargo de ti.

Lo que tú digas, replicó Ballard.

¿Dónde están los cuerpos, Ballard?

Yo no sé nada de ningún cuerpo.

¿Es tu última palabra?

Ballard dijo que sí lo era.

¿Tienes el cable, Fred?

Claro.

Un hombre salió del círculo y se acercó con un cable de acero a trenzas, grasiento y enrollado.

Vas a tener que atarle el brazo que le queda. ¿Alguien tiene una cuerda en la camioneta?

Yo tengo una.

Pregúntale eso, Ernest.

Eso, Ernest.

El hombre se dio la vuelta hacia Ballard. ¿Qué hacías con las muertas?, preguntó. ¿Te las follabas?

El rostro de Ballard se estremeció levemente y con cierta gracia a la luz del fuego,

pero no dijo nada. Examinó a sus torturadores. El hombre del cable había desenrollado una parte por el suelo. Un anillo había sido empalmado en uno de los cabos y el cable sobresalía formando un lazo como un enorme cepo de conejos.

Sabes que fue él, dijo el hombre. Prepáralo de una vez.

Alguien se encargaría de anudar una cuerda alrededor del brazo de Ballard. El cable de acero le rodeaba el cuello y descansaba sobre los hombros. Estaba frío, olía a aceite.

Luego subiría la colina en dirección al aserradero. Le ayudaron a caminar por grandes desniveles, midiendo los pasos; las llamas de la hoguera los enristraba creando un espectáculo de sombras desaliñadas, un poco más arriba, sobre la ladera. Ballard se resbaló una vez, lo sujetaron y le ayudaron a recobrar el paso. Descansaron en dos grupos de a ocho sobre la fosa de serrín. Impulsaron a uno de los hombres hasta las vigas superiores y le dieron la punta suelta del cable.

No lo habrán drogado, ¿verdad, Ernest? Me sabría muy mal que no supiera lo que le va a ocurrir.

Creo que está suficientemente despierto.

Ballard le dirigió un gesto al hombre que había hablado. Os lo diré, dijo.

¿Decirnos qué?

Dónde están. Sus cuerpos. Dijisteis que si os lo decía me soltaríais.

Ya estás largando.

Están en las cuevas.

En cuevas.

Los metí en las cuevas.

¿Puedes encontrarlos?

Sí, sé dónde están.

Ballard entró en la roca hueca que fuera su casa, seguido de ocho o diez hombres con linternas y lámparas. Los demás encendieron un fuego en la boca de la cueva y se sentaron a esperar.

Le dieron una linterna y se alinearon tras él.

Bajaron por pasillos angostos y húmedos, atravesando salas de piedra con los suelos poblados de frágiles agujas, y un arroyo fluía por su lecho de piedra en la oscuridad ciega.

Prosiguieron a gatas entre planos de lechos inclinados y subieron por una garganta estrecha; Ballard paraba de vez en cuando para arreglarse los puños del mono. Su séquito, de algún modo, asombrado.

¿Alguna vez has visto algo que supere esto?

De niño solíamos jugar por estas cuevas.

Nosotros también; pero no tenía ni idea de que ésta existiera.

Ballard se detuvo repentinamente. Mantenía el equilibrio con su solo brazo, la

linterna entre los dientes, escaló por un saliente y prosiguió de cara al muro, siguió escalando, con los dedos desnudos del pie agarrándose a la roca como los monos y pasó agachado por una fisura estrecha en la roca.

Lo vieron marcharse.

Que me encierren si aquello no es un agujero pequeño como una hostia.

Lo que estoy pensando ahora es cómo vamos a sacar los cuerpos de aquí si los acabamos encontrando.

Bueno, que alguien enfoque allá arriba y vayamos a ver.

Aquí, Ed. Aguanta la lámpara.

El primer hombre siguió el saliente y escaló hasta el agujero. Se intentó dar la vuelta. Se inclinó.

Pásame la lámpara aquí arriba.

¿Qué problema tienes?

Mierda.

¿Qué pasa?

¡Ballard!

El nombre de Ballard se desvaneció en una serie de ecos repetidos y decrecientes a través del agujero por el que se había ido.

¿Qué pasa, Tommy?

Será hijo de perra.

¿Dónde está?

Por Dios que se ha largado.

Pues sigámosle.

No puedo pasar por el agujero.

Anda y que te jodan.

¿Quién abulta menos?

Ed, me parece.

Sube aquí, Ed.

Entre todos alzaron al hombre, que trató de incrustarse por el agujero pero no cabía.

¿Puedes ver la luz de su linterna o algo?

Joder, no veo una mierda.

Que alguien vaya a buscar a Jimmy. Él puede pasar por aquí. Se quedaron mirándose, todos reunidos ante la tenue y difusa luz de sus antorchas.

Es una mierda.

¿Estáis pensando lo mismo que yo?

Tan cierto como que hay un infierno. ¿Alguien recuerda cómo llegamos hasta aquí?

Joder.

Más vale que no nos separemos.

¿Crees que existe otra entrada al agujero en el que se ha metido?

Ni idea. ¿Crees que deberíamos dejar a alguien para que vigilara?

Puede que nunca volviéramos a verlo.

Eso es muy posible.

Podríamos dejar una linterna aquí al lado para que pareciera como si alguien le esperara.

Vale.

¡Ballard!

Será hijo de perra.

A la mierda. Vámonos.

¿Quién quiere ir delante?

Yo creo que puedo encontrar la salida.

Pues adelante.

Maldita sea, este cabrón nos ha tomado por un hatajo de payasos.

Creo que nos ha tomado por lo que nos considera. Estoy como loco por contarle a los chicos de ahí fuera lo que ha pasado.

Tal vez debiéramos echarlo a suertes para ver a quién le toca la gracia de contarlo.

Cuidado con vuestras cabezas.

¿Sois conscientes de lo que hemos hecho? ¿No?

Sí. Sé lo que hemos hecho. Hemos rescatado al cabrón de la cárcel y lo hemos dejado suelto para que pueda volver a matar gente. Eso es lo que hemos hecho.

Es exactamente lo que hemos hecho.

Lo cogemos.

A lo mejor nos ha cogido a nosotros. ¿Recuerdas dónde estamos?

No recuerdo nada de eso. Me limito a seguir al hombre que hay delante de mí.

Ballard estuvo tres días explorando la cueva por la que se había metido en un intento por hallar otra salida. Pensaba que llevaba una semana y se sorprendía de lo mucho que duraban las pilas de la linterna. Cayó en la dinámica de dormitar y levantarse y continuar. No pudo hallar nada más que roca sobre la que dormir y sus sueños eran breves.

Hacia el final apretaba la linterna contra la pierna para calentarse con su pálido brillo naranja. Sacó las pilas y las volvió a meter una detrás de la otra. Una vez oyó voces en algún lugar tras él y otra vez pensó haber visto una luz. Se abrió camino hacia aquello en la oscuridad a sabiendas de que pudiera provenir de sus enemigos pero no encontró nada. Se arrodilló y bebió de un charco al que caían gotas. Descansó, volvió a beber. Observó en el túnel que formaba el haz de luz pececillos translúcidos cuyos huesos ensombrecidos a través de su frágil funda de mica atravesaban la poca profundidad pétreo del charco. Cuando se levantó, el agua se estremecía en su vientre desnutrido.

Escarbó como una rata una gran superficie de barro y se adentró en una sala amplia y repleta de huesos. Ballard rodeó este antiguo osario repartiendo patadas por sus ruinas. Los armazones marrones y deshuesados de bisonte, alce. Una calavera de jaguar, cuyo último colmillo arrancó y guardó en el bolsillo babero de su mono. El mismo día llegó hasta una caída escarpada y cuando utilizó su luz moribunda resultó una pared húmeda que acababa en la nada, la noche. Encontró una piedra y la tiró por el filo. Cayó en silencio. Cayó. En silencio. Ballard acababa de darse la vuelta para alcanzar otra y lanzarla cuando oyó a lo lejos el tenue chapoteo de la piedra en el agua como un guijarro en un pozo.

Al final entró en una sala pequeña con un rayo escueto de luz natural que se colaba por el techo. Sólo en ese momento se dio cuenta de que podía haberse pasado otras aperturas al mundo superior sin percatarse. Hendió la mano arriba en la grieta. Arañó la suciedad.

Cuando se despertó estaba oscuro. Buscó a tientas y alcanzó la linterna y pulsó el botón. Un cable de rojo apagado se iluminó dentro de la bombilla y lentamente feneció. Ballard estaba tendido, intentando oír en la oscuridad, pero sólo escuchaba el sonido de su corazón.

Por la mañana, cuando la luz de la grieta le ofrecía una visión tenue, este somnoliento cautivo parecía tan incriminado en el refugio de su piedra honda que se diría que tenía razón a medias al creerse en una desigual contienda contra los dioses.

Trabajó durante todo el día, rascando en el agujero con una piedra o con la mano desnuda. Dormía, trabajaba y volvía a dormir. O escudriñaba entre las polvorientas reliquias de una guarida, una nuez entera entre cáscaras duras como huesos con sus canales en espiral roídos limpiamente por ratones de bosque, con sus dientes precisos y combados como las agujas del artesano que teje las velas. No encontró nada ni tenía hambre. Volvió a dormir.

Por la noche oyó perros salvajes y los llamó pero el enorme eco de su voz en la

caverna le llenaba de terror y no volvió a llamarlos. Oyó a los ratones correteando en la oscuridad. Tal vez habían anidado en su cráneo, habiendo parido sus diminutos, pelados y quejosos cachorros en las cavernas venosas en las que se habían hallado sus sesos. Los huesos pulidos y limpios como cáscaras de huevo, centípodos durmiendo en sus flautas de tuétano, las costillas se encrespaban y estrechaban blancas como una flor de hueso en el oscuro cuenco de piedra. Esto despertaba sus deseos y lo que sí pedía era alguna comadrona bruta que lo extrajera de su rocosa torre del homenaje.

Por la mañana se encontró con una telaraña que lo separaba del cielo. Tomó un puñado de escombros y lo arrojó contra el halo de luz. Y otra vez, hasta que la tela hubo desaparecido del todo. Tiró de sí y se puso a excavar.

Se despertaba con la cabeza contra el muro y la herramienta de piedra en la mano y volvía a excavar. A punto de finalizar el día perdió un pedazo de piedra y lo dejó traquetear por el agujero. Al desprenderse el trozo se había herido un dedo y se sentó con él en la boca, el sabor a tierra mohosa mezclado con el tinte sangriento y mineral. La seca suciedad caía en forma de polvo por el agujero. Veía ramas de árbol contra el cielo.

Otra vez arriba se puso a trabajar, golpeando ahora piedra pura, capas de estratos que se desprendían, Ballard usaba trozos grandes para hacer palanca y excavar. Antes de que anocheciera asomó la cabeza por la tierra y miró alrededor.

Lo primero que vio fue una vaca. Estaba a unos treinta metros en un campo separado del bosque en el que él se había asomado y más allá de la vaca había un granero y más allá de aquél una casa. Intentó ver algún signo de vida en la casa pero no vio ninguno. Se volvió a deslizar por el agujero y descansó.

Ya hacía horas que había anochecido, en una noche negra, cuando finalmente emergió de la tierra. Allí en la casa había luces. Buscó en las estrellas alguna señal que le guiara, pero el cielo le mostraba una guisa diferente en la que Ballard no confió. Atravesó el bosque y saltó una valla y cruzó un campo hasta que llegó a una carretera. Era un lugar donde nunca había estado antes. Al ver la cuesta arriba que conducía hasta las montañas, escogió la otra ruta y pronto se encontró renqueando, débil pero capaz, con una noche tan buena como la que más y un leve aroma a madreSelva que coronaba el aire. En aquel momento llevaba cinco días sin comer.

No había recorrido gran parte cuando tras de sí avistó un autobús renqueante de la iglesia. Ballard se escabulló entre los hierbajos de la cuneta y observó en cuclillas. Se oyó el traqueteo del autobús al pasar. Tenía las luces encendidas y todas las caras contra el vidrio de su ventanilla, todas de perfil. En el último asiento junto al cristal trasero un niño miraba por la ventana, con la nariz pegada al cristal. No había nada ahí fuera que ver pero, sin embargo, miraba. Mientras pasaba por delante miró a Ballard y éste le devolvió la mirada. Luego el autobús giró la curva y desapareció estrepitosamente. Ballard se incorporó a la carretera y prosiguió su camino. Trataba de hacer memoria sobre dónde había visto al niño cuando le sobrevino que aquel niño se parecía a él. Esto le inquietaba y aunque trató de borrar la imagen de la cara contra

el cristal, no lo conseguiría.

Cuando llegó a la carretera principal se dirigió hacia la campiña que se extendía a lo lejos. Tropezó con unos terrones, en lo que parecía ser un trozo de tierra recientemente arado, hasta que finalmente llegó al río. En la maleza de la orilla se acumulaban basura y papeles que venían de río arriba; los árboles embadurnados de cieno y enormes nidos de desechos en las ramas más altas, hacia el cielo.

A medida que se acercaba a la ciudad podía oír el canto de los gallos. Quizá sentían alivio en la oscuridad de la noche que el viajero no podía percibir, aunque permaneciera vigilante al este. Quizá un frescor en el aire. A lo largo y ancho de toda esta tierra dormida cantaban y se respondían los unos a los otros. Como en los viejos tiempos, así ocurría ahora. Como en otros lugares, lo mismo ocurría aquí.

Amanecía cuando se presentó en el mostrador del hospital del condado. La enfermera del turno de noche acababa de llegar a la recepción con una taza de café cuando encontró a Ballard apoyado en el mostrador. Un alfeñique con un solo brazo, envuelto en un mono gigantesco y cubierto completamente de fango rojizo. Tenía los ojos hundidos y llorosos.

Se supone que tenía que estar aquí, dijo.

Nunca le procesaron por ningún crimen. Lo enviaron al hospital del estado en Knoxville y allí se le asignó una celda al lado de la de un caballero un tanto demente que solía abrir el cráneo de la gente y comerse los sesos con una cuchara. Ballard apenas lo veía, sólo cuando salían a tomar el aire, pero no tenía nada que decirle a un loco, y, además, hacía mucho tiempo que el loco se había quedado mudo debido a la atrocidad de sus crímenes. El picaporte de su puerta metálica estaba asegurado con una cuchara doblada. Una vez, Ballard preguntó si era la misma cuchara que el loco había utilizado para comerse los sesos, pero no recibió respuesta alguna.

Contrajo una neumonía en abril de 1965 y lo trasladaron al hospital universitario, donde lo sometieron a un tratamiento que aparentemente le hizo recuperarse. Lo devolvieron al hospital estatal de Lyons View y dos mañanas más tarde se lo encontraron muerto sobre el piso de su celda.

Su cuerpo fue enviado a la escuela estatal de medicina de Memphis. Allí, en una habitación del sótano, lo preservaron en formol y lo llevaron hasta el lugar que debía ocupar junto a los otros difuntos que acababan de llegar. Fue colocado sobre una mesa y allí lo desollaron, lo evisceraron y lo diseccionaron. Le abrieron la cabeza con una sierra y le extrajeron los sesos. Le arrancaron los músculos de los huesos. Le extirparon el corazón. Le sacaron las entrañas y las seccionaron, y los cuatro estudiantes que estaban inclinados sobre él cual arúspices de la Antigüedad quizá vieron monstruos peores en sus configuraciones.

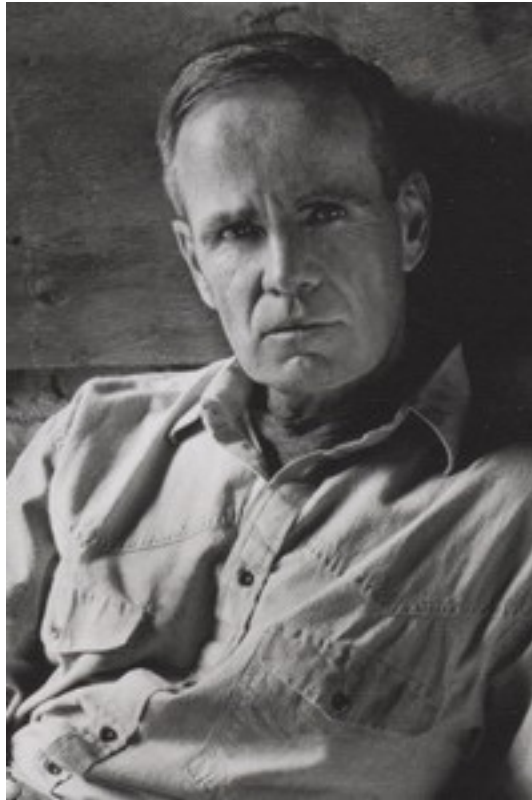
Después de tres meses, cuando terminaron las clases, Ballard fue barrido de la mesa, introducido en una bolsa de plástico y llevado junto a otros de su misma condición a un cementerio de las afueras de la ciudad, donde fue enterrado. Un sacerdote de la escuela ofició una ceremonia sencilla.

En abril de aquel mismo año un hombre llamado Arthur Ogle estaba arando una tarde un bancal en las tierras altas cuando el arado le fue arrebatado de las manos. Tuvo tiempo de ver cómo la tierra se engullía su yunta de mulas junto al arado. Temeroso, se acercó gateando al lugar donde el suelo se los había tragado, pero sólo encontró oscuridad. Un viento frío provenía del interior de la tierra y muy al fondo se oía el fluir del agua.

Al día siguiente dos chicos de la zona descendieron por la sima con cuerdas. No llegaron a encontrar las mulas. Lo que sí encontraron fue una cámara en la que había cuerpos de varias personas dispuestos sobre losas de piedra en posición de reposo.

Bien entrada la tarde, el sheriff jefe del condado de Sevier con dos ayudantes y otros dos hombres cruzaron el campo desde la vieja armería de Willy Gibson donde habían aparcado el coche y cruzaron el riachuelo para subir por el viejo camino de los troncos. Portaban faroles y rollos de cuerda y varias mortajas de muselina en las que se podía leer la inscripción Propiedad del Estado de Tennessee. El sheriff jefe del condado de Sevier descendió por la sima e inspeccionó el mausoleo in situ. Los cuerpos estaban cubiertos de adipocira, una sustancia grisácea y jabonosa común en los cadáveres expuestos a la humedad, y de finos festones de hongos que crecen sobre ellos como ocurre con los troncos que se pudren en el bosque. Un olor agrio impregnaba la cámara, un ligero hedor a amoníaco. El sheriff y el ayudante hicieron un lazo con una cuerda con el que rodearon la parte superior del primer cadáver y lo estrecharon. Apartaron a la mujer de la losa y la arrastraron por el suelo pétreo de la cueva por un pasillo hasta la pared de la sima que reflejaba la luz del día. Bajo este rayo de luz oblicuo, de pie entre las motas oscilantes, pidieron una cuerda. Cuando se la lanzaron, en seguida la anudaron al cadáver y volvieron a dirigirse a los de arriba. La cuerda se tensó y el primero de los cadáveres se sentó sobre el piso de la cueva, las manos que tiraban de la cuerda formaban sombras chinescas. De la barbilla del cadáver se desprendían coágulos de materia gris y jabonosa. Ella ascendió balanceándose. Ella se deshizo con la fricción del nudo de la soga. Una mucosidad gris goteaba.

Al atardecer, un jeep bajó por la carretera de los troncos con un remolque en cuya caja yacían siete cuerpos cubiertos de hongo como jamones enormes. Cuando ya bajaban por el valle, de nuevo frente al ocaso, un grupo de aves nocturnas se elevó desde el polvo de la carretera ante ellos con aleteos salvajes y miradas rojas como joyas en los faros.



CORMAC MCCARTHY (Providence, Rhode Island, 1933). Es un escritor estadounidense ganador del Premio Pulitzer de ficción por *La carretera* (2006) y del National Book Award por *Todos los hermosos caballos* (1992).

En Knoxville acudió al instituto católico de la ciudad antes de ingresar en la Universidad de Tennessee, también ubicada en Knoxville, y pasar varios años en el ejército del aire de su país. Sin terminar sus estudios, Cormac publicó con influencias de William Faulkner su primera novela, *El Guardián Del Vergel* (1965), libro ambientado en una localidad rural de Tennessee que liga a dos personajes, John Wesley Rattner y Marion Slyder, vinculados por un hecho criminal.

Otras de sus obras son *La oscuridad exterior* (1968), *Hijo de Dios* (1973), *Suttree* (1979) y *Meridiano de sangre* (1985).

Cambió radicalmente de tono su obra con *Todos los hermosos caballos* (1992), novela en tono romántico centrada en dos texanos que viajan a México que es conocida también como *Unos Caballos Muy Lindos*, primer libro de la *Trilogía de La Frontera*. Posteriormente se publicaron, dentro de esta trilogía, los libros *La Frontera* (1994) y *Ciudades de la llanura* (1998).

Al margen de novelas, ha escrito también varias obras de teatro, *The Stonemason* (1994), donde narra las vivencias de varias generaciones de canteros negros, y *The Sunset Limited* (2006), reflexiones de dos personajes con pensamientos muy diferentes.